

# EL ESPÍRITU DE BLANCA

ABRIL 1997

Escrito por:

CLARA EISMAN PATÓN

Después de una jornada de intenso trabajo y finalizada la semana, Alejandro se despedía de sus compañeros en la puerta del taller de reparaciones de coches de su trabajo. Esa semana la habían pasado todos con mucho estrés. Y ansiaban llegar lo más pronto posible a sus casas, para cenar y descansar. Mientras se despedían, se gastaban bromas, aludidas a la soltería de Alejandro. Vivía con sus padres y no tenía novia. No la precisaba en ese momento de su vida, quizá, más tarde, cuando cumpliera los treinta. Decía que a esta edad, el hombre estaba más maduro, y hecho para llevar una relación estable. Candidatas no le faltaban, puesto que su físico era el perfecto para enamorar a la mujer más exigente. Alto, de cabellos casi tirando a rubios, ojos azules. En la frente, un mechón ondulado tapándole la ceja izquierda. Nariz recta, y labios marcados, y voz seductora. Lo tenía todo para gustar a una mujer, pero el exigente era él. Buscaba la mujer perfecta, la esposa ideal, puesto que el casarse para él, era para toda la vida, y sólo se casaría una vez. Con veintisiete años podía todavía esperar, en los tres años que le faltaba para llegar a los treinta, aparecería la mujer de sus sueños.

Había sido una semana agotadora, de mucho trabajo. Era posible que después de llegar a su casa, tomara una ducha, y cenara, saliera con sus amigos a la discoteca que siempre frecuentaban. La música que ponían, era bonita, movida como a él le gustaba. De las chicas que iban a bailar no quería hablar, porque nunca llevaba una intención con alguna de ellas. Sólo le gustaban para bailar.

Alejandro y sus compañeros, permanecían en la acera de la calle despidiéndose. Se había hecho de noche, y en la época de

invierno, la neblina hacía su aparición a las afueras de Barcelona. La humedad invadía la ciudad y sus alrededores.

- Me marchó tengo ganas de llegar a mi casa, y darme una ducha con agua bien caliente - Dijo Alejandro despidiéndose de sus compañeros.

- ¿Nos veremos este sábado en la discoteca? - Le preguntó, uno de sus compañeros.

- ¿Te dejará tu mujer salir sólo?- Le preguntó Alejandro.

- ¡Voy con ella! Ya la conoces, no me deja ni a sol, ni a sombra. Cuando te cases, sabrás lo que es una mujer.

Alejandro lanzó al aire una carcajada.

- ¿Por qué crees que sigo soltero? - Alegó Alejandro - ¿Estás arrepentido de haberte casado?

- Ni mucho menos. Ahora me espera mi mujercita en casa, con la cena caliente, y dispuesta, a hacerme mil caricias ¿No te gustaría tener una mujer así?

- ¡Hombre, si me lo pones así, puede! Pero de todas maneras, no creo en el matrimonio. La mujer y el hombre, no están hechos para vivir juntos.

- Dices eso porque todavía no has encontrado la mujer ideal. Pero el día que la conozcas, hablarás de otra manera.

- ¡Bueno Jose, tengo que marcharme!

- ¡Adiós hombre!

Alejandro se dirigió a la fila de coches que había aparcados, y se acercó al suyo, un Seat rojo. Introdujo la llave y abrió la puerta. Se instaló dentro, y puso el coche en marcha. Cogió como cada día la misma carretera. La noche era oscura, los focos grandes del coche era lo que llevaba encendidos. Faltaba como cien metros para que llegara al cementerio de Collcerola. Todos los días tenía el mismo recorrido, haciéndolo dos veces, una de ida y otra de vuelta. Este trayecto no le gustaba, siempre que pasaba por delante del cementerio, trataba de no mirar, siempre había mucha oscuridad dentro, y esto le causaba escalofríos.

Los focos alumbraban lo máximo. Se iba acercando al cementerio, la idea que llevaba era de pasar lo más rápidamente posible, pero la luz de los focos hizo que mirara a su izquierda, exactamente en la puerta del cementerio, Delante, había una joven que vestía de blanco, de cabellos dorados, reposándoles por encima de los hombros. Calzaba zapatos blancos y planos.

En ese instante, Alejandro, se olvidó de sus fobias, y paró el automóvil delante de la joven. Su intención era preguntarle, si estaba esperando que pasara el autobús. La joven se iba acercando al coche con pasos lentos. Al llegar a la ventanilla, Alejandro bajó los cristales. Aunque era de noche, pudo verle el rostro a la joven que esperaba a que le abriera la puerta. Alejandro recreaba su vista en la belleza exquisita de la joven, y le pregunto.

- ¿Esperas el autobús?

La joven negó.

- ¿No esperas el autobús? - replicó Alejandro.

La joven siguió negando.

- ¿Esperas a alguien?

La joven seguía negando.

- ¿No esperas a nadie?

La joven volvió a negar.

- ¿Te has perdido?

La joven decidió hablar.

- ¿Puedes llevarme a Barcelona?

- ¡Por fin hablas! ¿Te ocurre algo?

- ¿Puedo subir en tu coche? - Preguntó la joven, sin responder a la pregunta de Alejandro.

A través de la ventana del automóvil, Alejandro se fijó en los ojos azules de la joven. Tenían un color bonito pero les faltaba vida, miraba sin expresión, sin fijarse en Alejandro. Su semblante demasiado blanco daba a entender que había elegido

un maquillaje demasiado claro para la ocasión. Alejandro le preguntó.

- ¿A dónde vas?

- A Barcelona ¿No es ahí donde te diriges?

- Sí ¿Lo sabías?

- ¿Me dejas que suba? - Dijo la joven terminando con su paciencia - ¿A qué vienen tantas preguntas?

- ¡Mujer perdona! Es que me choca el modo en que me dices las cosas. Sube y ponte a mi lado.

La joven pasó por delante del coche. Alejandro había abierto la puerta, y observaba como ella se colocaba junto a él. La joven miraba por el parabrisas, no se había molestado en dar las gracias, ni siquiera mirar al conductor.

Había algo que a Alejandro no le gustaba, pero no sabía el qué. Arrancó el coche bajo una neblina algo espesa. Miró a su derecha, observando a la joven y como iba vestida. Con un vestido blanco tapándole las rodillas, cuello redondo, y manga larga. Alejandro pensó - ¡Estará helada vestida de ese modo! - En ese preciso instante, la joven miró de perfil a Alejandro, diciéndole.

- Tenía frío de estar esperando.

- ¿A quien esperabas?

- A mi novio, tenía que haber venido a recogerme.

- ¿A la puerta del cementerio? ¿Habías venido a visitar a algún familiar tuyo?

- No ¿Por qué me haces tantas preguntas?

Alejandro apretó los labios para sellarlos. Algo había que no iba bien. Había conocido chicas raras, pero como ésta, ninguna, no quería seguir hablando con ella, no la conocía de nada, y podría llevarse una gran sorpresa. Había querido hacerle un favor subiéndola en el coche, y el comportamiento de ella no le gustaba. Estaba a la defensiva en lo más mínimo que él dijera. Quiso calmar las aguas respondiéndole a su pregunta.

- ¿Quieres que dé la vuelta y vayamos al cementerio? puede que esté tu novio esperándote.

- ¡Hoy ya no vendrá! - Respondió la joven convencida.

Alejandro no cesaba de mirarla, con la boca abierta, y sin saber qué decir. Era un caso único lo que tenía a su lado ¿Quizá estaría soñando? ¡Lo más seguro era eso, no podía ser realidad! Se dio dos palmadas en la mejilla derecha para comprobar, si estaba despierto o dormido. Se dio tan fuerte, que contrajo la mejilla haciendo un guiño.

La joven lo miró de reojo, y con la voz pausada, le preguntó.

- ¿Por qué te pegas? ¿Crees que no soy real? ¿Estás verificando que no sea un sueño?

Alejandro no podía más, y dijo casi gritando.

- ¡Y tú! ¿Por qué sabes tanto? ¡Antes que abra la boca, me estás mencionando mis pensamientos! ¡Lo tuyo no es normal! ¡Tú no eres normal!

- ¿Estás casado? - Volvió de nuevo a preguntarle la joven.

- ¡No lo estoy! ¿Necesitas saberlo? - Preguntó Alejandro algo picado.

- ¿Vives solo? - Seguía preguntándole la joven.

- Alejandro meneó la cabeza algo molesto.

- ¡Con mis padres y un perro! ¡Ahora eres tú quién no paras de hacerme preguntas, sobre mi vida privada! ¿Vives tú sola? ¿Me puedes responder? ¡Ahora responderás que a mí no me importa!

- Vivo con mucha gente - Dijo la joven.

- ¿Vives en un hotel? En los hoteles siempre hay gente que van y que vienen ¿Es ahí donde vives?

- Me llamo Blanca ¿Te gusta?

- ¡No has respondido a mi pregunta! ¿Dónde vives?

- ¿Verdad que Blanca es un nombre bonito?

- ¡Yo que sé! Me estoy haciendo un lío ¡Ya no sé cómo me llamo yo! ¿Lo sabes tú?

- Alejandro, te llamas Alejandro.

Alejandro dio un frenazo y paró en seco. Se colocó en forma defensiva, con las palmas de las manos levantadas a la altura de sus hombros, y con la voz medio asustada preguntó a la joven.

- ¿Qué quieres de mí? ¿Por qué me has elegido?

- Alejandro, tranquilízate - Dijo Blanca, cogiéndole el mechón de pelo que le caía por la frente.

- ¡Déjame, no me toques, no me gustan las mujeres atrevidas! ¡Parecías una mosquita muerta, y ahora resulta, que estás muy viva!

- No tengo por qué gustarte, no estoy aquí para eso. Tú me resultas atractivo, pero, para mí, no me gustas, no eres mi tipo de hombre ¡Además eres muy joven para mí!

- ¡Qué dices!- Exclamó Alejandro - Yo tengo veintisiete años, y tú, debes de estar en los veinte ¿Me equivoco?

- Te equivocas en quince años. Tengo más edad que tú ¿Cómo es que no estás casado a tú edad?

- ¿Por qué cuestionas tanto sobre mi vida?

- Eres atractivo y me gustas.

- Antes has mencionado que no soy tu tipo de hombre ¿Lo decías en serio?

- Sí.

Alejandro había aparcado el coche a un lado de la carretera. Necesitaba hablar seriamente con Blanca. Toda la conversación, que habían mantenido en el trayecto recorrido, habían sido evasivas, tanto de él, como de ella, quería acabar lo más pronto posible con esa situación, y pasó a decirle.

- Mira, no sé quién eres. Dices que tienes novio, y no quiero que me parta la cara. Así es que, es mejor que bajes del coche, y lo esperes aquí sentada en el bordillo. Estoy seguro que pronto aparecerá.

Blanca se mostró más juguetona, y cogiendo una mano de Alejandro, le dijo.

- No te enfades, pues, me da igual. Yo contra ti, no tengo nada.

La vista de Alejandro fue hasta su mano, observando la de Blanca larga y fina. Hizo una exclamación.

- ¡Estás helada!

- ¿No te has dado cuenta que soy un espíritu?

- ¿Qué dices? - Exclamó Alejandro pegando un estirón de su mano y guardándola debajo de la otra. ¡Fuera de mi coche! - Decía gritando - No quiero espíritus que me hagan compañía.

- ¿Vas a dejarme fuera, y lloviznando como está? Eres un chico bueno, es por esa razón que te he elegido.

- ¡Eres un espíritu, y podrás arreglártelas sola muy bien!

Alejandro abrió la puerta del coche, del lado donde iba sentada Blanca. Ella la cerró de un portazo, negándose a bajar. Blanca le dijo.

- No hace falta que me abras la puerta para que me vaya. Si lo quiero hacer, puedo desaparecer por entre las chatarras de este coche.

- ¡Pues qué bien, te invito a que lo hagas! ¡Esfúmate al instante!

- No vayas tan aprisa, pues, vas a ver cosas que jamás podrías imaginar.

- ¿Hay más? - Preguntó Alejandro sorprendido.

- ¿Sabes que es un espíritu burlón?

- Lo he oído, pero no tengo ni idea ¿Quieres decir con eso que tú eres uno?

- Sí jovencito, y te aconsejo que te abroches bien el cinturón, porque podrías salir volando.

Alejandro se echó hacia atrás del asiento, con las manos colocadas en la cabeza. No podía ser posible la pesadilla que estaba viviendo. Cuando se la contara el lunes a sus compañeros de trabajo no se lo iban a creer. Le dirían, qué era lo que había fumado.

- El novio que dices que tienes, nada es cierto, todo es invención tuya ¿Por qué mientes?



- No te estoy mintiendo. Tengo novio, pero él se ha olvidado de mí. Y he venido para hacerle recordar que sigue teniendo novia.

- ¿Él es también un espíritu burlón? - Preguntó Alejandro con sarcasmo.

- Todos somos espíritus ¿Crees que tú no lo eres?

- Yo de estas cosas no entiendo mucho ¿Eso pertenece al más allá?

- A los dos lados. Allá y acá - Dijo afirmando Blanca.

- ¿Sabes lo que creo? - Dijo Alejandro.

- Me lo puedes decir, pero no es por eso que te voy a creer.

- Pienso, que eres una lianta, y que te estás inventando una historia de fantasmas, porque dentro de ocho días es la fiesta de Halloween.

Las carcajadas que salían de la garganta de Blanca, asustó a Alejandro. Trató con la mano izquierda abrir la puerta del coche, para salir corriendo. En ese instante, Blanca se colocó a ese lado. Fue todo como un abrir y cerrar de ojos. Y con su cara muy pegada a la de Alejandro, le dijo.

- ¡Ni se te ocurra abrir la puerta! Hay una fila de espíritus burlones, que están esperando para entrar ¿Quieres que te enreden peor que lo estoy haciendo yo?

Alejandro se quedó helado, se cruzó de brazos, y no se movió de su asiento, ni siquiera se limitó, a mirar por el cristal trasero del coche, ni por las ventanas, ni el retrovisor.

- Te has cagado ¿Eh tío? - Dijo Blanca soltando otra carcajada.

- No lo creas, lo que pasa, es que no quiero moverme de mi asiento, la prudencia es lo mejor.

-¿No te gustaría mirar a los cristales de la ventana de tu izquierda? En estos momentos, hay dos rostros pálidos que te observan.

- No sé cuando estás hablando en serio o en broma ¿Lo que dices es cierto?

- Atrévete a mirar y saldrás de dudas.

- ¿Pueden ellos hacer algo contra mí?
- ¿Lo estoy haciendo yo? - Preguntó Blanca.
- Pues, si quieres que te sea sincero, me has machacado, burlado, mentido, enredado. Y todavía, no ha terminado la noche ¿Esos que hay fuera son peores que tú?
- Sobretudo un anciano que se apoya en su bastón para andar. Es terrible. Si te da una orden, la tienes que ejecutar. Él no se anda con chiquitas.
- ¿Qué órdenes pude dar?
- Por ejemplo, te dice que bailes una jota para él. Es que nació en Zaragoza.
- Yo no sé bailar jotas, no podría complacerlo.
- Pues entonces, prepara las espaldas para recibir garrotazos ¿Le hago entrar en el coche?
- ¿Tienes algo en contra de mí? ¿Te gustaría ver a ese espíritu o lo que sea cómo me apalea?
- Sería divertido ¿No crees?
- Para mi, no ¡De hecho te quiero hacer una pregunta! ¿Los espíritus burlones suelen pegar a los vivos?
- Muchas veces. Sobretudo cuando no nos prestan atención. Lo que más damos son bofetadas, y algún que otro empujón ¿Quieres recibir una bofetada mía?
- ¿Por qué quieres pegarme?
- Para que te des cuenta, que no hace falta que me mueva de donde estoy para pegarte.
- ¡Uff! - Exclamó Alejandro, llevándose la mano derecha a su mejilla ¿Por qué me has pegado? ¡Debes estar loca!
- Blanca mantenía una sonrisa sarcástica.
- ¿Te has fijado si he movido la mano?
- No me he dado cuenta, todo ha sido muy rápido ¡Pero no vuelvas a hacerlo más!
- ¡Tranquilo hombre! ¿Te ha dolido?

- Es una buena bofetada la que me has pegado.

Alejandro estaba más preocupado por los espíritus que Blanca le había anunciado, y que miraban por los cristales de la ventanilla del coche.

- ¿Siguen ahí los espíritus? - Le preguntó.

- Se han ido. Pero no les tengas miedo, sólo buscamos protección en los vivos.

- ¿Protección dices?

- Sí.

- De mi ¿Qué esperas?

- Mucho, te necesito bastante.

- ¿Para qué? ¿Qué quieres de mí? ¡No le encuentro lógica a lo que dices!

- Cuando te lo explique, lo comprenderás.

- ¡Comprender el qué! ¡Además, no creo que seas un espíritu! ¡Estás hablando y riendo conmigo! ¿Por qué no bajas del coche y coges a otro que sea más tonto?

- Así es que ¿Sigues sin creer que soy un espíritu?

- ¡Exacto, no lo eres! ¡Y lo que creo más de ti, es que eres una buscona! ¡Hay muchas en las carreteras! ¡Buf! ¡Qué bofetón me has arreado, este me ha dolido más que el primero!

- ¿Sabías que eres vulgar y tonto? - Dijo Blanca enfurecida.

Alejandro se había protegido la cara, colocando sus dos brazos uno encima del otro.

- ¿Puedo descubrirme? - Dijo Alejandro - ¿Me vas a pegar más?

- Eso depende de lo estúpido que seas ¿Te vas a portar bien?

- Sí, lo prometo, pero no me peques más. Si te digo que me hables de tu novio ¿Te vas a enfadar?

- Es lo que quería hacer desde un principio. De todo lo que te he dicho, no te he mentado en nada. Y ahora te lo voy a contar.

- ¿Pero es verdad, que estás muerta? - Preguntó Alejandro todavía con dudas.

- Ocurrió hace quince años - Empezó diciendo Blanca - Entonces, yo tenía veinte. Un accidente de coche terminó con mi vida.

El que era mi novio quedó totalmente destrozado. Pues, habíamos fijado la fecha de nuestra boda, para un año después. El primer año de mi muerte, iba cada domingo al cementerio, y depositaba en la tumba un ramo de rosas blancas. Se quedaba un rato hablando conmigo, y luego se iba llorando, y desconsolado. Después del año, dejó de venir a verme. Yo lo esperaba cada domingo, sentada en el borde de la tumba, y así he estado catorce años.

Hoy he decidido salir fuera del cementerio para seguir sus pasos, y saber donde está. Estoy segura que lo voy a encontrar, con la ayuda tuya.

Cada tarde, miro cómo vuelves del trabajo a tu casa. Eres un hombre leal y sincero. Esa es la razón, por la que me he fijado en ti.

Alejandro había clavado sus ojos en los de Blanca. La seguía con un movimiento de cabeza Algo extraño y temeroso. Quería creer que todo ese relato era cierto, pero seguía teniendo dudas. Si Blanca era realmente un espíritu ¿Por qué su voz la oía tan bien, y su silueta perfecta? Había oído decir a gente que veían a alguien que había muerto. Que sólo se veía al trasluz, y que la voz, si es que la oían, sonaba a eco.

Blanca era una mujer entera. Con un cuerpo perfecto, una voz bonita ¿Por qué tenía que ser un espíritu? Y le dijo

- Todo esto que me has contado está muy bien, pero ¿Por qué quieres encontrar al que fue tu novio? El hombre debe de estar casado, y con hijos, yo lo veo una tontería.

Por el espejo del retrovisor, Alejandro vio los focos de un coche que se iba aproximando. Quería acabar con esa pesadilla, y lo mejor era, salir de su coche, y hacerle señas para que parara,

al vehículo que se estaba acercando. Blanca intuye lo que quiere hacer, y le aconseja.

- No lo hagas. Ese hombre que se acerca, no me puede ver, ni oír. Solo tú y quedarás en ridículo.

- No creo lo que me estás diciendo. Por lógica si yo te veo y te oigo, también los demás.

- Sólo tú, me puedes ver y oír ¿Me oyes?

Alejandro no hace caso a lo que dice Blanca. Y sin pensárselo dos veces, abre la puerta del coche, y pone los pies en el suelo de la carretera. Agitó las manos con los brazos levantados, haciendo señales para que el coche que ya estaba encima, parase. El coche gris se paró delante de Alejandro. Un hombre de cuarenta años aproximadamente, bajó de su vehículo, y acercándose a Alejandro, le preguntó.

- ¿Tienes averías?

- No.

- ¿Te encuentras bien? - Siguió preguntando el hombre, con la intención de ayudarlo.

- No estoy seguro de que me encuentre bien.

- ¿Quieres que llame a una ambulancia?

- Quiero pedirte un favor - Dijo Alejandro.

- Si está en mis manos, cuenta con ello.

Alejandro se acercó a su coche, y miró dentro para comprobar que Blanca seguía sentada.

El hombre se aproximó hasta Alejandro, y le preguntó.

- ¿Hay dentro alguien que necesite ayuda?

- ¡Mira dentro del coche, y dime quien hay! - Dijo Alejandro - Te estaré agradecido.

El hombre metió la cabeza dentro del coche de Alejandro, y estuvo unos instantes mirando. Cuando la sacó, le dijo.

- No he visto a nadie ¿Se ha metido alguien a esconderse?

Alejandro agarró al hombre por la manga de su americana, y con fuerza lo puso a un lado. Este hombre exclamó quejándose.

- ¡No seas tan bruto! ¿Te estoy haciendo un favor y me lo agradeces con esto?

Alejandro no respondió, y se introdujo en el coche. Blanca reía mirándolo desafiante. Le dijo.

- Te he prevenido antes de que ibas a quedar en ridículo ante este pobre hombre ¿Sabes que pensará de ti?

Alejandro no la dejó acabar, respondiéndole con enfado.

- ¡Me da igual lo que piense de mi! ¿Por qué yo te puedo ver y él no?

- ¿Quieres que te lo vuelva a repetir?

- Sí, ¡venga habla!

El hombre que se hallaba delante de la puerta del coche, alargó su mano y tocó el hombro de Alejandro, y tímidamente le preguntó.

- ¿Con quién estás hablando? Me gustaría ayudarte, pero no sé cómo hacerlo.

Alejandro se dio la vuelta respondiéndole algo más tranquilo.

- Gracias por todo, me las arreglaré sólo, puedes marcharte.

- Es que en estas condiciones no quiero dejarte solo ¡De verdad, chico, me das lástima!

Alejandro descendió del coche. Tenía los ojos húmedos, necesitaba desahogarse. Se abrazó al hombre, y en el hombro de este, posó su frente y se echó a llorar.

- ¡Hombre, no te preocupes, un mal día lo tiene cualquiera! - Dijo el hombre dándole una palmaditas en la espalda.

- Es... que... no se trata de eso. He tenido un día estupendo, pero al pasar por delante de la puerta del cementerio. Me ha ocurrido algo terrible - Decía, sin parar de llorar.

- ¡Ah! Ya entiendo ¿Has recordado a algún familiar que está enterrado aquí?

Alejandro negaba.

- ¡No! Es muy fuerte lo que me ha sucedido.

En ese preciso instante, Blanca descendió del coche, y se acercó a Alejandro. Le tocó el hombro diciéndole.

- ¡Tengo prisa! ¡A ver cuando vas a dejar de llorar!

- ¡Vete de una vez, y desaparece de mi vista! - Respondió Alejandro muy enojado.

- ¡Bueno hombre! Si quieres me voy ahora mismo, yo sólo trataba de ayudarte - Dijo el hombre.

Alejandro se despojó del hombro de este buen hombre, y mirándolo de frente le dijo.

- No hablaba contigo ¿Ves a una chica joven detrás de mi?

- No hay nadie, sólo estamos tú y yo. También ésta aguja que está cayendo, y que empieza a calarme la ropa ¿A dónde vives?

- En Barcelona. Estoy a un cuarto de hora de mi casa y me es, imposible llegar.

- ¿Quieres que yo te lleve en mi coche?

- Alejandro, déjate de tonterías y vámonos - Dijo Blanca.

- ¡No quiero! - Respondió Alejandro.

- ¡No te enfades! Si no quieres que te lleve, pues, no lo hago - Respondió el hombre dándole una palmadita en la mejilla.

- ¡Hablabas con ella! - Dijo Alejandro.

- ¿Dónde está ella? ¡Señálame el lugar!

- ¡Qué importa! Sólo la puedo ver yo.

- ¡Tu historia es muy rara! ¿Has ido al médico?

- Déjalo, no te preocupes por mi ¡Seguro que te estarán esperando!

- Sí, mi mujer. Hemos quedado en salir a cenar fuera, y luego al cine.

- Pues, vete, no te demores.

- ¿Tienes esposa?

Al instante Blanca lanzó una carcajada.

- ¡De qué te ríes! - Dijo Alejandro furioso.

- De nada. Sólo te he preguntado, si estabas casado.

- Se lo decía a esta que está detrás de mí.

El hombre miraba por encima de los hombros de Alejandro, tratando de encontrar alguna pesquisa.

- Bueno yo tengo que marcharme, mi mujer me está esperando.

- ¡Gracias por todo, pero como ve, nada puedes hacer por mi!

El hombre se dirigió a su coche, entró, y se marchó.

Alejandro se quedó mirando de frente a Blanca. Él le dijo dándole un consejo.

- Yo que tú, me iría rápidamente de aquí. Conmigo, no tienes nada que hacer. Los espíritus desaparecen cuando quieren ¿No es cierto?

- Sí, pero, quiero quedarme, te he elegido a ti, y estaré contigo hasta que cumpla mi promesa.

- ¿Cuál es tu promesa?

- Vengarme de mi novio, y hacerle pagar los años que no ha venido al cementerio a traerme flores.

- Entonces ¿Él también te podrá ver?

- No es necesario. Sólo quiero que lo pase muy mal.

Alejandro aún tenía dudas de que Blanca fuera un espíritu. El hombre que se había parado, pudo haberle hecho trampa, y decir no haber visto a Blanca. Ella estaba detrás, y la oía perfectamente cuando hablaba, diciéndole, que se fueran.

- ¿Sabes donde encontrar a tu novio? - Preguntó Alejandro.

- Volaré por los aires hasta encontrarlo.

Alejandro estaba empapado de agua. Era menuda la que caía, pero hacía un rato que había salido del coche. Él entró, y se instaló en su asiento. Seguidamente lo hizo Blanca.

- Me gustaría tener más pruebas de que eres un espíritu - Dijo Alejandro, incrédulo.

- ¿No has tenido bastantes, con todo lo que te ha ocurrido esta tarde?

- Es que todo puede que sea casual, y nada verdad.

- ¿Quieres aventurarte más? ¿Lo probamos?



- ¡Probar! ¿El qué? ¿Qué intentas hacer conmigo? El rato que hace que nos conocemos, estás riéndote de mí. ¡Demuéstrame de una vez que eres un espíritu! Pero haz algo nuevo para que me lo crea.

- ¿De verdad quieres verlo? - Preguntó Blanca, con ironía y sarcasmo.

Alejandro dice levantando la voz.

- ¡Sí, claro que quiero verlo, si crees que te tengo miedo, te equivocas!

- ¡De acuerdo, prepárate!

Alejandro empezó hacer una burla diciendo.

- ¡Mira como tiemblo! ¡Demuestra tus dotes de magia!

- ¿Crees que lo mío es magia?

- ¡Seguro! ¡Haz algo que me sorprenda!

- ¡Muy bien tú lo has querido! - Dijo Blanca enfadada.

Pon tu mano encima de mi cabeza.

- ¿Para qué? - Preguntó Alejandro riéndose.

- ¿No quieres que te lo demuestre?

- Si ¿Pero para que quieres que ponga mi mano en tu cabeza?

- ¡Haz lo que te digo, y lo comprenderás!

Alejandro levanta los hombros, casi sin gana, posa su mano encima de la cabeza de Blanca. Al instante de tocar el cuello cabelludo, la mano de Alejandro, se quedó rígida, y como si de un cuchillo se tratara, su mano atravesó la cabeza y el cuerpo de Blanca. Quedando la mano reposando en el asiento donde estaba Blanca sentada.

Alejandro no se esperaba encontrarse con esa sorpresa desagradable. Quedó asustado y salió rápidamente del coche. Se había quedado como a tres metros. Y dirigiendo su vista a Blanca que permanecía dentro del coche, exclamó.

- ¡Joper! ¡Qué tía, qué truco raro ha utilizado! ¡Pero no creas que me has asustado, aquí donde me ves, soy un hombre de pies a cabeza!

- Ja, ja, ja... ¡Estás acobardado, no lo puedes negar, tu semblante se ha vuelto blanco como el papel!

Alejandro estaba enfurecido, y con rabia le dijo.

- ¡Sal de mi coche, y vete lejos de aquí!

Blanca salió lentamente del coche y se fue acercando a Alejandro. Sus deseos son, calmarlo, y trata de cogerle una mano.

Alejandro se enfureció aún más. Pega un salto mientras se desliza de la mano de Blanca.

- ¡No se te ocurra tocarme! ¡Fuera! ¡Vete lejos!

Por la carretera se está acercando otro coche. Enfoca al de Alejandro. Se trata de un compañero de trabajo. Está confuso al comprobar que Alejandro se encuentra fuera de su coche, pegándose manotazos mientras da saltos. Para su automóvil, detrás del de Alejandro y sale al encuentro de su compañero, quiere ayudarlo. Alejandro no ha advertido la presencia de su compañero, está demasiado liado con separarse de Blanca.

El compañero está junto a Alejandro, lo observa con asombro, no puede creer lo que está viendo. Alejandro quiere despojarse de algo que tiene en las manos.

El compañero le tocó el hombro. La reacción de Alejandro fue brusca. No sabía a donde mirar, y de súbito se dio la vuelta, con las manos en posición de kárate. Su compañero al instante, cubrió con sus brazos el rostro, y angustiado le preguntó.

- ¿Qué te sucede? ¿Te has vuelto loco?

En el rostro de Alejandro se reflejó una luz de esperanza, al comprobar que se trataba de su compañero. Y con desespero le dijo.

- ¡Por fin veo a alguien que es normal!

- ¿Por qué lo dices? ¿Y por qué estás pegándote y dando saltos como un chiflado?

- ¡Gracias a Dios que has llegado! - Dijo Alejandro bastante apenado.

- ¿De qué estás hablando? ¿Te encuentras bien?

Alejandro clavó sus ojos en los de su compañero y aproximándose lentamente a él, le dijo señalando a su espalda.

- ¡Mira esta loca que tengo a mi espalda, me tiene aquí toda la tarde diciéndome que es un espíritu!

Su compañero no entiende, qué le quiere decir, y hace que se lo repita.

- ¿Qué dices?

- ¡Que te fijas bien, en está pirá! Dice que está muerta ¡Vamos, que es un espíritu!

- ¿Te encuentras bien? - Preguntó su compañero.

Nadie lo comprende, ni siquiera Juan, su mejor amigo. Su desesperación se hace más grande. Se da la vuelta, y ve que Blanca está riéndose, ella le dice.

- ¿Te das cuenta que no te miento? Soy realmente un espíritu ¿Me crees ahora? Nadie me puede ver nada más que tú ¡Porqué eres tan terco!

Alejandro se giró hacia su amigo Juan, y con algarabía le pregunto.

- ¿La has oído? ¡Me ha hablado tú eres testigo!

- ¡Testigo yo! ¿De qué? Sólo estamos aquí tú y yo.

Alejandro se llevó las manos a la cabeza, y dijo casi llorando.

- Nadie me comprende. Qué tengo yo de especial, para que me ocurra esto.

Juan estaba hecho un lío, y aún más, sentía por su amigo Alejandro mucha pena. Esta vez no estaba bromeando cómo hacía otras veces, lo tenía delante, y sabía que no mentía. Lo que estaba viviendo sepa dios que era, debía de ser tremendo. Necesitaba ayudarlo, y se dirigió a él preguntándole.

- ¿Cuánto tiempo llevas aquí esperando delante de la puerta del cementerio?

- Una hora y lo peor de todo, es que no me puedo ir a casa.

- Alejandro, eres mi amigo ¿Dime que es lo que te ocurre?

Alejandro sacudía las manos al aire, con ademán de ser un incomprendido.

- Se trata de esta que tengo aquí a mi lado, no sé cómo quitármela de encima. Si entro en el coche, ella me sigue, Si salgo, ella también ¡Es lo más parecido a tener un grano en el culo!

Juan empezaba a perder la paciencia.

- ¡Alejandro por favor! - Dijo Juan, dando un grito - ¡Déjate de tonterías y dime que te ocurre!

Alejandro también perdió los estribos.

- ¡No te necesito, me las arreglaré sólo con esta, o este espíritu!

- ¡Nos has gastado siempre muchas bromas, pero esta sale fuera de lo normal! ¿Estabas esperándome para contarme esta charlotada?

Alejandro no quiso oír más, y entró en su coche. Blanca lo siguió, y se sentó a su lado.

Juan para no quedarse con remordimiento, se acercó a la ventanilla del coche de Alejandro, y le dijo.

- ¿Nos vemos mañana noche en la discoteca?

- Procuraré estar - Respondió Alejandro con gesto triste.

- ¡También yo estaré! - Dijo Blanca.

Alejandro se alteró, y respondió.

- ¡Tú no vendrás conmigo! ¡Y quiero que te olvides de mí!

- Alejandro, que soy tu amigo, no me hables así. Tengo sentimientos.

- ¡No te lo he dicho a ti! ¡Hablabas con Blanca!

- ¿Quién es Blanca? - Preguntó Juan bastante confuso.

Alejandro permaneció callado.

Juan repuso preguntándole.

- ¿No quieres decirme quién es Blanca?

- Ésta que esta sentada a mi lado.

- A tu lado no hay nadie, el asiento está vacío.

- Juan ¿Quieres hacerme un favor?
- ¿Dime Alejandro? ¿De qué se trata?
- Siéntate aquí a mi lado.
- ¿Para qué? - Preguntó Juan sorprendido.
- Es posible que de esa manera me creas, cuando te sientes, y notes, las rodillas de Blanca.

Juan se echó a reír, y dijo.

- Sabía que me estabas gastando una broma ¡Pero qué bien te lo montas! ¿Sabes que por un momento te había creído?
- ¡Te sientas a mi lado! ¿Sí o no?
- ¡Ya voy chaval, no te alteres!

Juan pasó por delante del coche. Abrió la puerta, y en el momento de sentarse, Blanca dijo.

- ¡Que va hacer este desgraciado! ¡Dile que no se siente encima de mí!
- ¡Nena, demasiado tarde! - Contestó Alejandro.
- ¿A quién llamas nena? - Preguntó Juan.
- A Blanca. Dice que no te sientes encima de ella.
- Demasiado tarde - Dijo Juan, al tiempo que se reía con ganas - ¿Es guapa Blanca? ¿Por qué no me la presentas?
- ¡Será tonto el tío este! - Dijo Blanca gritando - ¿Qué se ha sentado encima de mí? ¡Dile algo!

Alejandro no pudo retener una carcajada, y respondió diciéndole.

- ¡Díselo tú porque a mí no me cree!
- ¡Qué le voy a decir a este, no puede oírme! ¿No te das cuenta de que es un zopenco?

Alejandro soltó otra carcajada. Y dirigiéndose a Juan le dijo.

- ¡Te ha tratado de zopenco!
- ¿Quién? - Preguntó Juan medio en broma.
- ¡Blanca! Estás sentado encima de ella. Dice que te levantes.
- ¡Oye tío te lo montas bien! Si yo hubiese sabido que eras así, nos hubiésemos corrido largas juergas.

- ¡Bueno allá tú, luego no digas que no te he prevenido!

Blanca estaba a punto de estallar. Y dijo,

- ¡Qué asco que da este tío, tiene todo el culo sudado! Si no se quita pronto, le voy a sacar los pantalones de un estirón.

- ¡Eso, eso! - Dijo Alejandro, acompañado de otra carcajada.

- ¡Puede saberse! ¿Por qué te ríes de esa manera? - Preguntó Juan - ¿Y a qué viene eso, que has repetido?

- Creo que estás a punto de descubrirlo - Contestó Alejandro.

Acabó de decir esta frase. Cuando Blanca agarró por los pelos a Juan, y le estiraba con fuerza hacia atrás. Juan no sabía qué era lo que le estaba sucediendo. Tenía el cuello doblado hacia atrás, los ojos que se le salían del sitio. La boca abierta para poder respirar, y un dolor tremendo en la cabeza. Trataba de ponerse en pie, pero no podía. Llegó con su mano izquierda a coger, la mano derecha de Alejandro. Diciéndole.

- ¡Ayúdame! ¿Es Blanca quién me está estirando del pelo?

Alejandro soltó dos carcajadas, una tras la otra.

- ¡Tío, no te rías de ese modo, y ayúdame! - Repuso Juan - ¡Que esta tía me mata!

- ¿No decías que eran invenciones mías? ¡Pues, ahora aguanta!

Juan perdió los nervios.

- ¡Quiero salir de este coche, coger el mío, e irme de aquí! - Decía Juan, pero siguió molestándolo. Él hacía el intento de salir del coche, pero Blanca no lo dejaba. Se colocó sentada en sus rodillas, mirándolo de frente, mantenía una risa sarcástica.

Alejandro notó, que la broma estaba llegando lejos. Y la cara de Juan estaba roja como un tomate. Sólo hacía que gritar, pidiéndole ayuda, a su amigo Alejandro. Este quería ayudarlo pero no sabía cómo. Miraba a Blanca. Estaba encendida, y animada, tenía ganas de divertirse, y nadie se lo iba a impedir, aunque Alejandro se lo pidiera de rodillas.

De súbito, Juan se quedó recto en el asiento, y con ojos de asombro veía cómo la chaqueta se iba deslizando de su cuerpo,

hasta que cayó en la tapicería del coche. Alargó el brazo para cogerla, pero antes de llegar a la prenda, se dio cuenta como los botones de su camisa se iban desabotonando. Con las dos manos cerró la camisa. Se protegía el cuerpo, pero no sabía por donde lo tenía que hacer, puesto que por donde había aberturas, se estaban abriendo. El cinturón que sujetaba el pantalón, la hebilla había saltado.

Juan se retorció en el asiento, haciendo gesto para librarse de una fuerza terrible que quería acabar con él. No pudo más, y se puso a gritar.

- ¡Socorro! ¡Auxilio! ¡Que alguien me ayude!

Alejandro ya no sabía qué hacer. Era desesperante lo que estaba ocurriendo. Blanca se estaba pasando ¿Cómo pararla? Esto mismo le hubiese podido suceder a él. Tenía que cortarlo como fuera.

- ¡Blanca! - Dijo dando un grito Alejandro - ¡Sal de mi coche! ¡Fuera de aquí! ¿Eras igual de mala en vida?

Blanca al oír esto que Alejandro le dijo. Lo miró con rabia y con ira. Dejó a un lado a Juan, y se aproximó a Alejandro. Lo miraba de muy cerca, con el semblante contraído y los ojos rojos. Le hizo una advertencia.

- ¡Contigo todavía no he empezado! No creas que te vas a librar de mi ¡Recuérdalo!

Alejandro se había quedado con las manos en alto, y el semblante repleto de pánico. En el rato que hacía, que conocía a Blanca, no había advertido, el grado tan alto que tenía de agresividad. En vida, había sido lo mismo. Estaba seguro que cumpliría la amenaza. Quiso apaciguarla diciéndole.

- Te prometo que te ayudaré en todo lo que me pidas. Pero ahora hazme el favor de que pueda irme a mi casa ¿De acuerdo?

Blanca al instante se calmó. Pero le advirtió,

- No trates de engañarme, si me estás mintiendo, será peor para ti. Los espíritus tenemos buena memoria ¿Lo has entendido?

- Perfectamente, no te crearé problemas.

Blanca le sonrío, y le dijo.

- ¿Sabes por qué te he elegido a ti?

- ¿Por qué?

- Por lo guapo que eres. Me gustas mucho, si no estuviera muerta me casaría contigo.

- ¿Lo puedo coger como un piropo?

- Como una verdad - Respondió ella.

Al decir esto último, Blanca salió por la ventanilla del coche, donde Alejandro estaba sentado. Fue como una ráfaga de aire con ruido incluido. Alejandro se echó hacia atrás del asiento, y respiró profundamente.

Juan se estaba acabando de vestir. Echo la vista hacia su amigo Alejandro, para verificar de donde provenía el suspiro que dio. Notó que estaba más tranquilo, y las palabras que le había oído decir, daba a entender que Blanca no estaba.

- ¿Estamos solos? - Le preguntó.

- Así es. Acaba de salir Blanca por la ventana, pero no hablemos muy alto, porque puede que esté cerca escuchándonos.

- ¿Es guapa? O mejor dicho ¿Era guapa?

- Sí, bastante. Era una chica que podía enamorar, y volver loco a cualquier hombre. Pero por fin, me he librado de ella. Eso es lo que creo.

- Amigo mío, te dejo ¡Y menudo susto el que me he llevado! Pero es que era imposible creer, la historia que me estabas contando ¡Perdóname!

- Esta noche, no voy a poder dormir - Dijo Alejandro,

- ¿Te dan miedo los espíritus?

- No. Después de conocer a Blanca, tengo otro concepto de ellos. Es de recordar todo lo que he vivido este rato con ella.

- ¿No te habrás enamorado de un espíritu? ¡Porque Blanca es uno!



- ¡Qué disparate dices! ¡Cómo me voy a enamorar de alguien que está muerta! ¿Por qué lo dices?

- Es que yo no la he visto ni oído, y me ha dejado un poquito así ¿Sabes?

- ¿Un poquito cómo? Explícate mejor.

- Pues que me hubiese gustado haberla visto.

- Si tus deseos son grandes, puede que un día se haga visible, y la puedas conocer.

- Ojalá. Me gustaría conocerla. Es que después de todo lo que me ha hecho, la echo ahora a faltar - Dijo Juan con sinceridad.

Alejandro se echó a reír, y le dijo en broma.

- ¿Entonces por qué pedías socorro y auxilio cuando ella te estaba desnudando?

- Sentía un miedo terrorífico, de sólo pensar que un espíritu me estaba dejando sin ropa y no sé que más podría hacer después. Me sentía indefenso ante una fuerza que yo no podía controlar ¿Hay algo de malo en eso?

- Es una reacción normal - Contestó Alejandro.

Y cambiando el tema dijo - Juan necesito llegar a casa, tomar una ducha caliente y cenar.

- También yo tengo el mismo compromiso. Pues si no nos vemos este fin de semana ¡Me despido de ti hasta el lunes!

Juan descendió del coche, y se dirigió al suyo. Una vez dentro, lo puso en marcha, y se fue al mismo tiempo que lo hizo Alejandro.

El caniche blanco llega hasta la puerta, al escuchar la llave introducirse en la cerradura. Su alegría la demuestra moviendo la colita, a su olfato ha llegado el olor de Alejandro. Ya dentro del piso, acarició al perrito diciéndole.

- ¡Hola key! ¿Qué tal has pasado el día?

La reacción de key cuando Alejandro se acercó para acariciarlo, no fue la misma. Se puso a ladrarle mientras iba reculando hasta llegar al comedor. El animal fue a meterse debajo de la mesa y aún así, seguía ladrando y gruñendo con rabia.

Enriqueta la madre de Alejandro, estaba distribuyendo los platos y cubiertos en la mesa para la cena. Levantó la vista y miró a su hijo que hacía su presencia en el comedor. Puso su mejilla para que su hijo le diera el beso de cada tarde al volver del trabajo.

- ¿Te has fijado en la hora que es? - Le reprochó su madre.

Alejandro estuvo unos instantes sin responderle, pensando en lo que le iba a decir.

- Me he entretenido con Juan - Dijo al fin.

- ¿Dos horas? ¿Habéis estado bebiendo?

- No mamá. Hemos hablado.

Key no salía de debajo de la mesa, y seguía gruñendo cada vez con más ímpetu. Enriqueta no podía más soportar los ladridos de su perro. Se agachó, y metió la cabeza por debajo de la mesa, e intentó agarrar a Key. Lo tenía cogido de una mano, y estiró del animal para que saliera. Key se resistía, y gruñía con más fuerza. Enriqueta pegó un estirón al animal, y lo mantuvo entre sus manos.

- ¡Que te ocurre! - Dijo Enriqueta - No has parado de ladrar desde que ha entrado por la puerta Alejandro ¿No lo conoces?

Alejandro se percató de lo que ocurría. Había oído decir a varias personas, que nada mejor que un perro, para detectar a un espíritu. Seguro que lo que había sentido Key, era el olor de Blanca. Pues, ella había abandonado el coche, y en esos momentos, no veía que estuviera con él.

El perro en brazos de su dueña seguía gruñéndole a Alejandro. No podía dar un paso hacia delante, pues, el animal se enfurecía con más fuerza. Enriqueta intervino diciéndole a su hijo.

- ¡Siéntate en una silla y no te muevas! Esta noche está tu padre por las nubes, no se le puede ni hablar. Se ha ido a dormir un rato hasta que tú vinieras.

Alejandro se sentó en el sitio de siempre. No quería distorsionar, conocía a su padre, y cuando tenía un día malo, no había quien lo aguantara.

Pablo salía del dormitorio alisándose los pelos con las manos. Con el semblante cansado, y la mirada triste, llegó hasta el comedor. Se plantó delante de su esposa, y con la voz algo ronca le dijo.

- ¿Por qué ladra el perro?

Enriqueta con una paciencia de oro, respondió al tiempo que depositaba a Key en el suelo.

- ¡No lo sé! Lleva así desde que Alejandro ha entrado por la puerta.

- ¿No se cena aquí esta noche? - Y dirigiéndose a su hijo le preguntó con la voz áspera.

- ¿Qué te ocurre hoy que no hablas? ¡Estoy harto de tu madre y de ti!

Alejandro se fijó en la silla contigua a la suya, y descubrió con horror, que Blanca estaba sentada, no se pudo reprimir y dijo muy enfadado, dirigiéndose a ella.

- ¡Qué haces aquí! ¡Te he dicho que no quiero verte más!

Pablo se haya enfrente de su hijo. Esas palabras lo toma como una ofensa. Cree que van dirigidas a él. Y bastante ofendido dijo a su esposa.

- ¿Te has fijado como me habla este sinvergüenza? - Y dirigiéndose a su hijo le replicó - ¡Que te parto la cara si vuelves hablarme otra vez de ese modo!

Enriqueta miró sorprendida a su hijo. No era posible que a su padre le hablara de ese modo. Ella había notado que Alejandro había llegado muy raro, y que el perro no había parado de ladrar.

Tanto Pablo como Enriqueta, habían dirigido su vista al lugar donde Alejandro hablaba. En ese sitio, seguía estando una silla vacía. El matrimonio se miraron, y sin entender nada, ella levantó los hombros, y se dirigió a la cocina en busca de la sopera, la había dejado preparada para servir la cena.

Alejandro seguía fijando la vista en Blanca. Su indignación, no tenía límites, no podía soportar la risa burlona de ella, que lo incitaba, a que diera un espectáculo desagradable.

- ¿Por qué no sales de este casa y te vas de una vez? - Dijo Alejandro dirigiéndose a Blanca.

Enriqueta entra en el comedor con la sopera en las manos. La deposita en la mesa, y dirige su mirada hacia su hijo. Le reprocha.

- ¿Crees que puedes hablarle de esa manera a tu padre? ¡Vamos, pídele perdón!

Blanca no puede parar de reírse, y aprovecha para decirle con sarcasmo.

- ¿Has oído la orden que tu madre te ha dado?

Alejandro no puede más y dice gritándole.

- ¡Cállate! ¡A ti que te importa!

- ¡Claro que me importa hijo mío, soy tu madre, y ahora no solo tienes que disculparte con tu padre, también lo tienes que hacer conmigo! ¿Pero qué mosca te ha picado esta noche?

Blanca sigue atacando a Alejandro.

- ¡Aquí pintas menos que una mona, y cómo no le pidas perdón, rápidamente, te veo dormir en la calle!

- ¡No voy a hacer eso! - Contestó Alejandro a Blanca - ¡Y para ya de sermonearme, no soy un niño!

Pablo saltó.

- ¡Eres el gilipollas más grande que he conocido, me dan ganas de pegarte un guantazo!

Alejandro se dirigió a su padre diciéndole.

- ¡Échame tú más encima! ¿Crees que no tengo bastante con ella? - Se refería a Blanca.

Pablo se levantó de su asiento, y llegó hasta donde estaba sentado su hijo. Dejó su cara a diez centímetros de la de Alejandro. Y con el dedo índice levantado le dijo.

- ¡No te voy a permitir que te dirijas a tu madre de ese modo! ¡Ella cómo tu, la has llamado, es tu madre! ¿Me has oído?

Alejandro estaba cogido por todos lados. De nada servía explicarles a sus padres, la presencia de Blanca, y aún menos, que era un espíritu que acababa de salir del cementerio. Su padre estaba a punto de marcarle la cara, sólo faltaba, que él fuera quien hiciera rebosar el vaso. Y prefirió quedarse en silencio.

Enriqueta la preocupación que tenía por su único hijo era grande. Había servido en los platos sopa humeante, con aroma a pollo y verduras. Alejandro aunque tenía hambre, el apetito se le había ido. Estaba reclinado hacia atrás del asiento con el ceño fruncido y los brazos cruzados. Con el rabillo del ojo seguía los movimientos de Blanca.

La preocupación de Enriqueta iba en aumento, y dirigiéndose a su hijo le dijo.

- La sopa se te va a enfriar ¡Arrímate a la mesa y come!

- Escucha los consejos que mamá te da - Dijo Blanca.

- ¡Déjame en paz! ¿Te digo yo algo a ti? - Respondió Alejandro.

Pablo volvió a levantarse de su asiento, y más encendido que la primera vez. Cogió con su mano derecha la boca de Alejandro, y apretando fuertemente le grito diciendo.

- ¡Es el último aviso que te doy, vuelve de nuevo a hablarle de ese modo a tu madre, y te aseguro que esta noche, no duermes en casa!

- Te lo he advertido antes - Recalcó Blanca dominando la situación.

- ¡Mantén la boca cerrada! ¡Si no eres tú quien va a salir de aquí pitando! - Le respondió Alejandro.

Pablo se puso a tope, creyendo que se lo decía a él. Fue hacia su hijo, y cogiéndolo de un brazo estiró hasta ponerlo en pie y no se le ocurrió otra cosa que pegarle una patada en el trasero, y cuando se la dio le dijo muy enfadado.

- ¡Esto, te lo has ganado, por imbécil y gilipollas! ¡Discúlpate ahora mismo de lo que le estás diciendo a tu madre, y a mí! ¡Vamos discúlpate!

Key el perrito que ya se había calmado, empezó a ladrar de nuevo, y lo que es más mordía la pata de la silla donde Blanca se había sentado. La tenía cogida con rabia y no la soltaba.

Pablo puso sus ojos en key, no era normal el comportamiento del perro, y se agachó para cogerlo. En ese mismo instante Blanca se preparó para hacer el mismo gesto. Sus manos estaban muy próximas a las del perrito y a las de Pablo. Alejandro se había fijado en las de Blanca, y al instante él la dijo dando un grito.

- ¡No toques a Key, aleja tus manos del animal!

Pablo se incorporó con la cara encendida por la ira. Fue otra vez hacia su hijo, y cogiendo un puñado del pelo de lo alto de la cabeza le dijo con furor.

- ¡Hasta aquí ha llegado tu estupidez! ¡No te aguanto más! - Miró a su mujer cómo lloraba de presenciar la situación. Y dirigiéndose a ella le dijo - ¡No aguanto a este tonto de lava! - Y

atrayéndolo hacia él a su hijo del pelo, le interrogó diciéndole -  
¿A dónde has estado esta noche? ¡No mientas, y di la verdad!

Blanca que era movida y simpática, imitó a Pablo. Con su mano derecha cogió un puñado de su cabello, y lo levantó, y sin parar de reírse, le dijo a Alejandro.

- Así de esta manera te tiene tu padre cogido ¿Cuántos añitos tienes?

- ¡Déjame en paz, no quiero saber nada de ti! ¡Eres un fantasma!- Replico Alejandro a Blanca.

Pablo sin soltar a su hijo de los pelos, le pegó dos bofetadas. Y muy enfurecido le dijo.

- ¡Para fantasma y fanteche tú! ¡La culpa la tiene tu madre por haberte consentido muchas cosas, aquí está el resultado de todo!

Enriqueta llegó desconsolada hasta su marido y su hijo, y sujetándole los brazos a Pablo le dijo.

- ¡Estás maltratando a nuestro hijo! ¡Suéltalo!

Pablo se descaró con su mujer.

- ¿Qué yo estoy maltratando a este sinvergüenza? ¿Es que ya te has olvidado de cómo te ha hablado a ti y a mí? ¿Eso no es maltrato?

- ¡Hoy le está ocurriendo algo al chico! - Aclaró Enriqueta. Su comportamiento no es el mismo de siempre ¿Nos ha ofendido alguna vez?

- No. Pero por algo se empieza, y eso es lo que yo quiero cortar.

Blanca seguía con la broma.

- Ya sabía yo que eras un chico bueno ¡Si no estuviera muerta, contigo me casaría!

- ¡Cierra la boca de una vez! - Le respondió Alejandro sin saber a quién se dirigía, su estado emocional había llegado al límite.

- ¿Te has fijado cómo me ha vuelto a responder? - Inquirió Pablo.

Enriqueta se aproximó a su hijo, y con ternura le preguntó.

- ¿Qué te ocurre? ¿Pero si eres un encanto de hijo?

Alejandro se abrazó a la cintura de su madre y le dijo disculpándose.

- No es a vosotros a quién os estoy hablando ¡Perdóname!

El matrimonio se miraron sin comprender nada ¿Por qué ese comportamiento en su hijo? Enriqueta con sus modales de madre, le preguntó para sacarle la verdad.

- ¿Es cierto que has pasado la tarde con Juan?

- Si mamá, ya te lo he dicho antes.

- ¿A dónde habéis estado? - Siguió interrogándole su madre.

Alejandro dudó unos instantes antes de responderle.

Blanca le aconsejó.

- ¡Dile la verdad a tu madre!

- ¡Cállate! ¡No quiero decir nada! - Le respondió Alejandro.

Enriqueta rompió en sollozos. Pablo la rodeó con sus brazos. Le dijo.

- Este hijo nuestro no tiene solución. Se ha propuesto hundirnos, acabará con nuestra dignidad de padres.

Alejandro se encontró molesto, por todo lo que estaba sucediendo con sus padres. Le gustaría contarles la verdad de todo, pero entonces era cuando menos lo iban a creer. Y pensarían que se estaba riendo de ellos ¿Qué situación más difícil la que estaba viviendo! ¿Por qué Blanca no desaparecería de su vida? Todo era normal, hasta que ella apareció.

Alejandro se puso de pie, y se aproximó a sus padres. Estaba afligido de verlos tristes, y su madre llorando. Se abrazó a ellos, le dio a su madre un beso en la mejilla y seguidamente, hizo lo mismo con su padre. Les dijo.

- No tenerme en cuenta las palabras que he dicho, no iban dirigidas a vosotros.

Sus padres lo miraron detenidamente, era incomprensible lo que decía ¿Estaría loco? - Pensaron.

Enriqueta trató que la noche acabara bien, y dijo.

- Sentémonos a cenar, la sopa se está enfriando.



Blanca había cambiado de asiento, y lo fue hacer en el de Alejandro. Él se sentó en la silla que tenía antes. Al instante se levantó de un salto. Sus padres habían empezado a comer la sopa, estaban en la tercera cucharada cuando de pronto advirtieron que Alejandro da un brinco, y se puso de pie, con cara de circunstancias miraba a sus padres, sin saber qué decir o que hacer, ya habían tenido bastante esa noche.

Blanca seguía manifestando su alegría.

- ¡Qué culito, redondito tienes! ¿Puedo tocártelo otra vez? - Dijo ella siguiendo la broma.

- ¡No, no puedes! - Respondió Alejandro.

Pablo se había resignado, y seguía comiendo sopa sin mirar a su hijo. Enriqueta depositó la cuchara dentro del plato, y mirando de frente a Alejandro le preguntó.

- ¿Qué te sucede ahora? ¿Estás dispuesto a darnos la cena? ¡Si no quieres cenar lo dices!

Blanca siguió con la broma, y pellizco la nalga de Alejandro, mientras decía.

- ¡Estas son carnes duras, como a mí me gustan!

Alejandro perdió los nervios, y no se le ocurre otra cosa, que coger el plato de sopa, y echarlo sobre la cabeza de Blanca. Enriqueta exclamó.

- ¡oh! ¿Cómo se te ha ocurrido derramar la sopa encima de la silla?

Pablo intervino para hablar con su mujer.

- No lo mires, haz como si no estuviera ¿No te has fijado como yo lo hago?

- ¡Si, pero yo no puedo! ¡Este hijo me está quitando la vida!

- ¡No tienes que fijarte en lo que hace! Solo tienes que pensar, que es un gilipollas, ni más ni menos - Dijo Pablo bastante contrariado - Necesita tener una chica a su lado. Tiene demasiada edad, para que esté con nosotros.

Blanca le repite.

- ¿Has oído a tu padre? Necesitas tener novia, y amancillarte, ¡Todo lo que hace un hombre normal!

Key volvió de nuevo a morder la pata de la silla, con grandes gruñidos.

Enriqueta se levantó del asiento, y fue a coger el perro. Le costó trabajo que dejara la pata de la silla, key la mordía enfurecido y rabioso.

Pablo no dejaba de mirar el asiento de la silla donde seguía la sopa derramada. De nerviosismo que tenía, le empezó un tic en el ojo derecho, que al instante Enriqueta detesto. También ella se fijó en el asiento con la sopa encima. Si no era ella quién lo limpiara, nadie lo iba a hacer. Así es que, se dirigió a la cocina para coger lo necesario. Al llegar al comedor, Pablo se fijó en ella, y con voz aguda le dijo.

-¡No vas a limpiar nada, lo tiene que hacer tu hijo, es él, quién lo ha ensuciado!

Blanca se reía con ganas. Alejandro le dijo.

- ¡Lo tendrías que limpiar tú!

- ¿Quién yo? - Respondió Pablo algo alterado.

- No, ella - Contestó Alejandro.

Pablo se levantó del asiento, y de pie cómo estaba le pegó a su hijo un tozolón, al tiempo que le decía.

- ¡Te he dicho mil veces que no te dirijas de esa manera a tu madre! ¡Y quiero que seas tú, quién limpie lo que has ensuciado!

Blanca ya estaba harta de quedarse quieta, y en el instante en que Enriqueta posó la mano con la esponja por el asiento de la silla para limpiarla, Blanca saltó, y la silla también voló por los aires. Tiró la otra que había a su lado. Enriqueta del susto, cayó al suelo quedándose sentada, con los brazos agitándolos en el aire, y la mirada aturdida. Alejandro se echó encima de Blanca para poder pararla. Pablo estaba atónito mirando por un lado a su mujer en el suelo, y a su hijo moviéndose de un lado a otro, tratando de coger algo que se movía en el aire y no se podía ver.

No podía más soportar la situación. Y antes de ir a socorrer a su mujer, fue con la rapidez del rayo hacia su hijo, y la emprendió a bofetadas con él, y gritándole le decía.

- ¡Esta noche hago contigo una locura! ¡Voy a llamar a la casa de los locos para que te encierren!

Enriqueta gritaba llamando a su marido.

- ¡Pablo! ¡Deja al chico, y ven ayudar a levantarme del suelo!

Fue Blanca quién saltó por encima de Alejandro y de su padre. Llegó hasta Enriqueta, y cogiéndola por las manos, de un golpe la puso de pie.

Pablo que vio de refilón cómo su mujer se tambaleaba, acudió a socorrerla. Blanca seguía colocando el vestido de Enriqueta. Alejandro le gritó diciéndole.

- ¡Aléjate de mi madre, y no la toques!

Pablo lleno de ira, fue hacia la entrada de la casa, y abriendo la puerta le dijo a su hijo.

- ¡Sal de aquí rápidamente, si no quieres que esta noche acabe contigo! ¡Tonto del culo! ¿Ahora me prohíbes que no me acerque a tu madre?

Enriqueta no soportaba la situación de ver a su marido cómo echaba a la calle a su hijo, y arrancó en llanto.

-¡Pablo por favor no lo hagas, es nuestro hijo!

Pablo se dio la vuelta para decirle.

- ¡Era nuestro hijo, ahora no sé quién es!

- ¡Está confundido, es por eso que no sabe lo que hace! ¡Es cómo si en el cuerpo le hubiese entrado un espíritu maligno!

Blanca seguía en el aire, y al oír las palabras de Enriqueta, se trasladó hasta Alejandro, y cara con cara le dijo.

- ¡Tu madre me ha tomado por un demonio! ¡Dile que no lo soy! ¡Que no sé como un demonio actúa! Yo sólo pretendo divertirme, y esto no es nada, hasta que encuentre al que fue mi novio. Ese se va a enterar de lo que vale un kilo de patatas.

- No voy a decirle nada a mi madre, no me creería, y podría ocurrirle algo, más de lo que ya tiene.

- ¡Pues, si no se lo dices tú, se lo digo yo!

- ja, ja, ja ¿Cómo se lo vas a decir? Ella, no te ve, ni te oye.

- Desmantelaré el piso. Volcaré la mesa, descolgaré los cuadros de las paredes, me balancearé en la lámpara. Me voy a divertir de lo lindo, para eso he vuelto, para divertirme. Estar viviendo en tanta oscuridad, no es bueno ¿Acaso crees que los espíritus no salimos fuera de las tumbas?

- Sí, creo en todo lo que me dices. Pero aquí, compórtate.

Enriqueta estaba abrazada a la cintura de su marido. Los dos observaban con espanto cómo Alejandro hablaba, haciendo ademanes con las manos y dirigiendo su mirada de derecha a izquierda, según Blanca se iba moviendo.

El matrimonio se miraron. Pablo dijo.

- ¡Hay que atajar a este loco! ¡Esto tiene que acabar!

Enriqueta asintió respondiendo.

- Mañana, hablaré con nuestro médico. Seguro que el Doctor Madrigal arreglará el problema.

- ¡Esto se arregla con dos guantazos bien dados, de esa manera, se le irá la gilipollez que tiene!

- ¡Tú todo lo que quieres arreglar a lo bruto! ¿No te parece suficiente todo lo que esta noche le has metido?

- ¡No te preocupes por él! ¡Es duro, míralo como está, como si nada!

Blanca seguía esperando a que Alejandro hablara con sus padres, y les dijera, que ella sólo era un espíritu burlón, y que se quería divertir. Eso era lo que estaba haciendo, pero de eso a ser un demonio, era muy exagerado. Blanca para acelerar el proceso, se dirigió a uno de los cuadros que habían colgados, y se dispuso a cogerlo. Alejandro intervino rápidamente, y dirigiéndose a sus padres les dijo.

- Mamá, papá. Quiero que me prestéis atención a lo que os voy a decir.

El matrimonio que aún seguían abrazados, protegiéndose el uno del otro, miraron al hijo con una expresión rara.

Alejandro repuso, después de haber tragado saliva y humedecer sus labios.

- Todo esto que está ocurriendo no es por causa mía. Es cierto que esta tarde he estado con Juan, y con un espíritu que he cogido cuando hacía stop, en la puerta del cementerio.

Enriqueta rompió en sollozos. Pablo trataba consolarla diciéndole.

- ¡Se curará cariño, te lo prometo! ¡Sé lo mal que lo estás pasando como madre, pero yo no lo estoy pasando mejor! Me duelen hasta las pestañas.

Blanca se dirigió de nuevo a Alejandro, pero ahora más enfadada.

- ¡Por última vez te lo digo! ¿Les vas a decir qué soy un espíritu de verdad?

- ¡Estoy tratando de hacerlo lo mejor posible! ¡No pierdas los nervios y tranquilízate! - Respondió Alejandro algo agitado.

- Estoy tranquila hijo - Respondió Enriqueta - Lo único que te pedimos tu padre y yo, es que vuelvas a la normalidad, que seas como antes.

- ¡Tu madre lo está estropeando todo! - Dijo Blanca.

- ¡No te metas con mi madre, no lo voy a consentir! - Contestó Alejandro.

Pablo que hacía rato estaba medio asustado, aunque no lo hacía ver, replicó a su hijo.

- A tu madre siempre la he respetado, jamás haría algo que no fuera para su bien.

Blanca perdió la paciencia, y pegando un grito exigió diciendo.

- ¡Dile a tus padres de una vez cómo me llamo!

Los ladridos de Key se volvieron a oír, el animal, ladraba y gruñía alrededor de Blanca. Iba girando, según ella se movía. Pablo no le quitaba ojo al perro. Era muy extraño lo que estaba sucediendo. El comportamiento de su hijo, y también el del perro. Y como perdiendo la batalla le preguntó a Alejandro.

- ¿Sabes que le ocurre a Key? ¿Por qué ladra?

- ¡Al fin has preguntado algo sensato! - Dijo Alejandro alegrándose - Está viendo a Blanca, ladra a ella, y también le gruñe.

Enriqueta lanzó un suspiro, acompañado de algunas palabras.

- ¡Santo cielo! ¿Quién es Blanca? ¿Qué se ha inventado ahora?

- No padezcas, te he dicho antes que pronto se pondrá bien - Dijo Pablo acariciando la cabeza de su mujer.

Blanca había perdido demasiado tiempo, y no le quedaba mucho para que la reconocieran. Había salido para cumplir una promesa, y hacer saber que era Blanca quién lo llevaba a cabo. Los padres de Alejandro no iban a creer esa historia, y estaban tachando a su hijo de loco y gilipollas. Era ella quien tenía que actuar. Y así lo hizo.

Blanca se colocó detrás de Pablo. Él pareció sensible al aire que ella dejó, y se dio la vuelta para comprobar quién había detrás de él. No vio a nadie, tampoco la ventana había llevado ese aire frío, pues, permanecía cerrada. De pronto sintió que le estaban estirando de las orejas. Alejandro no era, ni su mujer tampoco, puesto que las tenía frente a él. Lleno de pánico cubrió las orejas con sus manos, al tiempo que gritaba diciendo.

- ¡Quiero que me dejen tranquilo! ¡Que nadie me toque! ¡Que me lío a tortazos con todos!

Alejandro fue con rapidez a detener a Blanca, pues, se disponía a tocar el pelo de Pablo, y a girarle la cabeza. Lo estaba pasando en grande, y divirtiéndose como una carioca. Tenía facciones casi de niña, con una sonrisa graciosa. Alejandro no se

había fijado antes en su físico. Ahora era cuando lo estaba descubriendo. La miraba con una sonrisa que él no advirtió. Oyó la voz de su padre que le decía.

- ¡Quítame esto que tengo encima de la cabeza!

Blanca al oír estas palabras se enfadó, y arremetiendo contra Pablo, dijo bastante enfadada.

- ¿Dice que soy un trasto? ¡Mi nombre es Blanca! ¡Date prisa y díselo!

Alejandro soltó una carcajada. Le hacía gracia la situación que estaba viviendo. Se sentía un hombre afortunado, de poder ver y oír, lo que los demás no podían. Lo volvió a la realidad, la bofetada que sintió en la mejilla. Y la voz de su padre que le decía con mucho enfado.

- ¡Si no quieres que te pegue otra guantá, dime quién está tocándome!

Alejandro reaccionó, y con la mano puesta en la mejilla, respondió.

- ¡Es Blanca! Antes os he hablado de ella, sólo quiere divertirse.

Enriqueta, fue corriendo con los brazos extendidos, y se colgó del cuello de su hijo, y le suplicó.

- ¡Hijo no acabamos de entender quién es Blanca!

- Un espíritu que me acompaña.

- ¡Hijo mío, eso es cosa diabólica! ¿Te encuentras bien? - Preguntó gimiendo - ¡Debe ser horrible! ¿no?

- No mamá. Blanca es una mujer bella.

Blanca le sonrió, y le agradeció el halago.

Blanca se aproximó a Enriqueta para darle un beso en la mejilla. Enriqueta sintió algo delicado y suave que acariciaba su cara. Giró la mirada hacia su hijo, y le dijo con franqueza.

- Es el beso más suave que jamás me hayan dado ¿Era un beso?

- Sí mamá ¿El beso de Blanca es mejor de los que te doy yo?

Blanca lanzó una carcajada, y dijo a Alejandro mirándolo con ímpetu.

- ¡No voy a quitarte a tu madre! ¿Tienes celos de mí?
- ¿Yo celos de ti? - Respondió con desaire.
- ¡Aunque te muestres chulo conmigo, estás celoso!
- ¡Cómo voy a estar celoso de alguien que no existe! ¡No seas ridícula!

Blanca se enfureció. Y lo primero que tenía a su alcance era la mesa y encima los platos llenos de sopa. Tres vasos con vino tinto, los cubiertos y servilletas. Alejandro se percató de lo que se disponía hacer. Y rápidamente se desplazó hasta la mesa, la sujetó todo lo ancho que alcanzaba sus brazos. La mirada la tenía puesta en Blanca. Rápidamente se trasladó al otro extremo de la mesa, sujetándola también, por el otro extremo. Sus pupilas las tenía clavadas, y desafiantes, en las de Alejandro. De un momento a otro iba a suceder lo irremediable.

Pablo y Enriqueta observaban a Alejandro, la posición que había cogido sujetando la mesa, y la mirada puesta frente a él. Pablo ya no quería bregar más, le daba igual que ocurriese lo que fuera. De algo se percató, pero tampoco sabía de qué se trataba.

Enriqueta tenía sus dudas. Por un lado pensó, que se trataba de ese espíritu de nombre Blanca, algo estaba ocurriendo entre ella y su hijo. O bien, Alejandro estaba tratando de impresionarlos a ellos.

Enriqueta hizo un gesto a su marido, indicándole, que lo dejara pasar.

Blanca con los extremos de la mesa cogidos, le dijo a Alejandro con voz chillona.

- ¿Crees que tienes más fuerza que yo? ¡Pues, ahora vas a ver!

Nada más terminar de decir la frase. Levantó hacia arriba con furia la mesa, dos metros del suelo. El mueble cayó de lado. Los platos estaban rotos en el suelo, y la sopa esparcida, los cristales rotos de los vasos y los cubiertos, todo mezclado.



Enriqueta no daba crédito a lo que estaba viendo y con las manos en la cabeza, susurró.

- ¡Jesús y María!

Pablo con su mano le tapó los ojos, diciéndole.

- ¡Querida no mires! ¡Hagamos como que no lo hemos visto!

Blanca empezó con risas hacia Alejandro. Y burlándose de él, le dijo.

- ¿Ahora quién va a recoger todo esto?

- Te crees muy lista ¿No? - Dijo Alejandro agachándose para recoger los platos rotos - ¿No lo crees? Y es más ¡Tuviste que ser en vida una chica tonta y cursi! ¡Eso es lo que pienso de ti!

Pablo alzó la voz.

- ¡Hijo, cállate y no sigas! ¡Tu madre y yo, sólo queremos tener paz!

El matrimonio se había quedado abrazados, y acurrucados con Key, en un rincón del comedor.

Alejandro estaba acabando de recoger con la escoba, los últimos trocitos de cristales. Blanca lo miraba con una sonrisa, sentada en una silla. Se ajustaba las medias por encima de las rodillas, dejando los muslos al descubierto. Alejandro la miraba por el rabillo del ojo, y aunque estaba muy enfadado con ella, reconocía que tenía un bonito cuerpo. Una cintura de avispa, y unos pechos perfectos - Que pena que no sea de verdad, y que esté muerta - Pensó - También, un rostro angelical, y cabellos dorados y finos.

- ¿Te gusto? - Preguntó Blanca.

Alejandro la rodeó con su mirada unos instantes. Y seguidamente respondió con indiferencia.

- Es ridículo lo que dices ¿Cómo me va a gustar alguien que no existe?

- ¿Realmente, no crees en mi existencia?

- No. Tu misma has dicho que hace quine años dejaste la vida en un accidente. Mi amigo Juan, no te ha visto, ni oído, mis padres

tampoco. Los únicos que te vemos y te oímos, soy yo, y Key ¿Y sabes por qué te ve y te oye el perro?

Blanca se adelantó para responderle a la pregunta.

- Los animales tienen el sexto sentido desarrollado. Ellos mejor que nadie pueden percibir el más allá, y como es normal, me puede ver y oír.

Alejandro aplaudió diciendo.

- ¡Bravo! ¡Te sabes toda la lección completa! ¿A dónde la has aprendido?

- ¿Olvidas de que soy un espíritu?

- ¡Sí claro que tonto soy! - Respondió dándose en la frente con la palma de la mano.

- Alejandro ¿me oyes? - Dijo Blanca algo burlona.

- ¿Por qué me lo preguntas?

- ¿Por qué no crees que yo sea un espíritu? Estoy ocupando tu mente como una mujer de carne y hueso ¿Piensas que es normal?

- ¡Eso lo dices tú, porque es lo que quisieras! Pero soy conciente, de que no eres de verdad. Hasta es posible, que sea mi mente que me está jugando una mala pasada, al verte y oírte.

Pablo tenía el oído puesto en todo lo que su hijo decía, y al escuchar estas últimas palabras, soltó a su mujer, y llegó hasta donde se encontraba Alejandro. Creía haber dado con lo que le ocurría y señalando con el índice le dijo.

- ¡Escucha muchacho! Estoy seguro que todo lo que te está ocurriendo, es producto de tu mente. Esa tal Blanca no existe ¡Hasta incluso te puedo decir, que puede que haya sido tu mente quién ha tirado la mesa, y ha hecho todos esos estragos! Analízalo bien, y verás, que tengo razón.

Blanca lo escuchaba con los brazos cruzados, y el ceño fruncido. Alejandro no le gustaba el gesto de ella, hacía pocas horas que la conocía, y sabía hasta donde podía llegar. Y para calmar su próxima venganza, rectificó a su padre.

- Papá, no sabes lo que dices. Mi mente está perfectamente bien, y nada me imagino. Todo lo que estoy viviendo, es real. Blanca existe, como tú y como yo, aunque solamente la vea y la oiga yo. Key también la ve, lo que ocurre, es que no puede hablar para decirlo.

Pablo negó, y dijo reafirmando.

- ¡Key es un perro, y se ha comportado por los acontecimientos que esta tarde se han vivido aquí!

A Blanca no le gustaba ser ignorada. Armaría todo lo que fuera necesario para todos aquellos que no la podían ver, por lo menos lo entenderían.

Alejandro lo estaba viendo venir. Blanca no soportaba ninguna clase de crítica, era un espíritu que podía todos los artilugios manejar, y con mejor capacidad que alguien que estuviera vivo.

Ella avanzó hacia Pablo, con las manos abiertas, los labios apretados y la mirada traviesa. Alejandro que no le quitaba ojo de encima, rápidamente se colocó delante de ella cortándole el paso.

Blanca lanzó un gruñido. Su enfado había aumentado, y la cosa no se iba a quedar así ¡menuda era ella!

Alejandro quiso impedirle que hiciera algo, pero ya era demasiado tarde. De un empujón desplazó a Alejandro al otro lado del comedor, que lo pasó de medio lado siguiendo un pie al otro. Pablo que lo iba siguiendo con la vista, y muy sorprendido, le preguntó.

- ¿Qué clase de juego te traes ahora? ¿No has tenido bastante con el susto que nos hemos llevado tu madre y yo? ¿Todavía quieres más?

Alejandro le hacía señas con el índice para que callara. Blanca le echó una ojeada, y muy enfadada le dijo.

- ¡No le hagas señas! ¿No te das cuenta que no se entera de nada?

Pablo iba a dirigirse a su hijo, pero no le dio tiempo. Blanca tenía cogida su oreja izquierda, e iba estirando de él, dando la vuelta al comedor. Pablo empezó a quejarse de dolor, con la mano izquierda tapaba su oreja, pero de nada le servía. El estirón era más agudo, y lo que ahora había sido una vuelta, se convirtió en dos, tres y cuatro.

Enriqueta fue para ayudarlo, no soportaba, verlo más, girando por el comedor, y con la cabeza inclinada hacia la izquierda. Ella se colocó a su lado, al mismo tiempo que iba girando con él. Le preguntó.

- ¿Por qué le estás dando tantas vueltas en el comedor?

Pablo la miraba por el rabillo del ojo, pues, no podía verla mejor por la posición que tenía y le preguntó bastante desconcertado.

- ¿Estoy dando vueltas al comedor?

- ¡Desde hace un rato no paras! ¿Te pasa algo?

- Sí, me duele la oreja, pero es que no puedo ponerme derecho.

Enriqueta se fue a colocar al lado derecho de Pablo, necesitaba quitarle esa manía nueva que había contraído. Ya colocada en ese lado, le dijo.

- ¡Pablo, mírame!

- Que más quisiera yo - Respondió con la voz pesada.

- ¡Te he dicho que me mires! ¡Haz caso a lo que te digo, y verás que te pondrás bien! ¡O es que quieres hacerte el gracioso!

- ¡Enriqueta! Me duele la oreja ¿Has visto si tengo algo?

Alejandro se puso a aplaudir, y dirigiéndose a Blanca, le dijo con sarcasmo.

- Has conseguido hacerme reír ¿No crees que te estás pasando? Mis padres son algo mayores, y tanto tú como yo, estamos que nos partimos de la risa, no es gracioso lo que estás haciendo.

-Tampoco es gracioso para mí, oír decir, que no existo.

- Demasiado sabes que ellos no tienen culpa ¡Es normal que te ignoren, no te oyen ni te ven! ¿No harías tú lo mismo en el caso contrario?

- No si tengo pruebas. Ellos han tenido las suficientes como para creer que existo.

- ¡Son mayores, todo esto es nuevo para ellos! Blanca quiero pedirte un favor ¡Suelta la oreja de mi padre!

Enriqueta se dio cuenta por las últimas palabras de Alejandro, que su marido estaba siendo victima de otro juego de Blanca. Y se armó de valor para liberarlo. Se abrazó a él, con su cara pegada a la de su marido justo por el sitio donde Blanca lo tenía cogido. Blanca soltó la oreja de Pablo, diciendo.

- ¡Qué mujer más pegajosa!

Alejandro la miró con una risa triunfal.

- ¿Te has fijado lo que puede hacer el amor?

- ¿Has tenido novia alguna vez? - Preguntó Blanca.

- He salido con chicas, pero nada serio. Estoy bien así, creo que soy muy exigente, y busco la mujer perfecta.

- ¿Me estás aclarando que nunca te has enamorado? ¿Es posible a tu edad?

- Aunque creas lo contrario, es así. La mujer de mis sueños, todavía no ha llegado a mi vida.

Enriqueta había vuelto a la cocina, y se prestó a preparar algo para la cena. La que había hecho acabó por el suelo, no tenía ganas de guisar. Abrió la nevera, y buscó lo que quedaba del día anterior. Lo llevó al comedor, y depositó un plato de embutido sobre la mesa, y una barra de pan. Pablo y ella acabaron con el plato de embutidos, después de tanta briega se les había abierto el apetito.

Alejandro estaba agotado de tanto agobio y aventura, que en una sola tarde había vivido y se conformó para su cena, con una manzana y una naranja.

El agotamiento hizo que entrara en el dormitorio para irse a dormir. Cerró la puerta, confiado de que Blanca no podría entrar, necesitaba dormir a pierna suelta, y nadie se lo iba a impedir. Ignoraba la manera que Blanca había entrado en su casa, y era posible que lo hubiese hecho al tiempo que lo hizo él. Ella era escurridiza y rápida, pero esta vez no sería así, puesto que la puerta del dormitorio estaba bien cerrada, y para asegurarse que ella no pudiese entrar, colocó detrás de la puerta un baúl de madera grande, donde guardaba dentro sus juguetes de niño. Frotó las manos, contento de lo que había realizado, y con una sonrisa triunfal, se sentó encima de la cama. Se quitó los zapatos, y los colocó a un lado. Seguidamente pasó a desabrocharse la hebilla del cinturón que sujetaba el pantalón, y la colocó en el respaldo de una silla que le servía de percha.

La luz de la lámpara de la mesita de noche, daba un color amarillento oscuro. Había noches que Alejandro llegaba muy cansado, se echaba encima de la cama, y sin darse cuenta se quedaba dormido con la luz de la lámpara encendida. Esa noche iba a ser lo mismo, pero no quería que ocurriese de esa manera. El sueño lo cegaba, y antes de quitarse los pantalones y meterse en la cama, tenía que apagar la luz. En el momento de hacerlo, oyó la voz de Blanca diciéndole.

- ¡Buenas noches Alejandro!

Él miró con desespero por toda la habitación, y su vista se fue a posar en la puerta del dormitorio. Blanca lo miraba con una sonrisa picarona. Se hallaba sentada con las piernas cruzadas encima del baúl de madera. La sorpresa de Alejandro fue tremenda, él que había colocado el baúl detrás de la puerta para que Blanca no pudiese entrar, de nada había servido. Ahora

estaba seguro que era un espíritu de verdad, sus dudas quedaron aclaradas. Se dirigió a ella con palabras algo rudas.

- ¡Te prohíbo que estés aquí, es el lugar más íntimo que tengo! ¡Así es que, ya sabes lo que tienes que hacer, mete la cabeza por entre la puerta de madera, y sal de mi dormitorio!

Blanca lanzó una carcajada, y respondió.

- ¡Eres poco cortés con una mujer o, mejor dicho, con una bella y linda mujer!

Alejandro se había quedado de pie, y con las dos manos cubría sus partes más íntimas, por encima de los calzoncillos. El tórax, lo cubría una camiseta blanca de algodón. Sus muslos, piernas y pies, quedaban al descubierto.

Blanca le preguntó con voz burlona.

- ¿Tienes miedo de que te vea desnudo?

- ¡Así es, esa es la razón por la que tienes que salir de mi dormitorio! ¿Lo has comprendido ahora?

- ¿Qué tengo que comprender?

- ¡No te hagas la tonta, demasiado sabes a lo que me estoy refiriendo!

- ¿Sabías que eres un hombre guapo con cuerpo de atleta? ¡Que raro que no tengas novia! Estoy segura que hay chicas que suspiran por ti, que harían lo que tú les mandarás.

Alejandro seguía cubriéndose, ante la mirada juguetona de Blanca. Lo había puesto en evidencia, hasta el punto de estar pasándolo muy mal. No sabía que hacer ante esa situación, estaba desnudo y helándose de frío, y por si fuera poco, Blanca lo estaba examinando de la cabeza a los pies, y sin dejar de sonreír.

Estaba pensando qué le iba a responder, y temblando como un flan, le respondió lo primero que se le vino a la cabeza.

- ¡Sé que soy guapo, y que las chicas me vienen detrás!

Blanca lanzó una carcajada, al tiempo que le dijo.

- ¿Seguro que no has besado a ninguna de ellas? ¿Estoy en lo cierto?

- ¿Eso a qué viene ahora?

- Alejandro ¿Sabes que me gustaría besarte?

- ¡Qué horror! - Exclamó. Sujetando sus partes más íntimas con la mano derecha, y con la izquierda, se tapó la boca - ¡Eres un espíritu y que yo sepa, los espíritus no besan!

- ¡Pues, piensas mal! ¿Te apetece que lo probemos?

Alejandro quitó su mano izquierda de la boca, y extendiéndola frente a él, respondió algo nervioso.

- ¡Ni se te ocurra acercarte a mí! ¡Mira que cuando me enfado soy muy malo!

- ¡Estoy temblando de miedo! ¿No me ves? - Respondió Blanca, posando los pies en el suelo.

El corazón de Alejandro se aceleró, su cara se volvió blanca como el papel. Miró en el dormitorio donde podía esconderse, pero sólo estaban los cuatro rincones, y decidió, meterse en uno. El cuerpo lo tenía pegado a las dos paredes, y de frente, miraba a Blanca cómo se iba aproximando. Estaba desprotegido, y totalmente indefenso a lo que Blanca quisiera hacer con él. Lo que se le ocurrió fue lo que dijo.

- ¡Si te acercas, llamo a mi madre!

Blanca sonreía mientras iba avanzando lentamente. Y cuando estaba a tres pasos de él, le dijo con voz aterciopelada.

- Me gustaría que hubiese música de fondo ¿Lo puedes conseguir?

- ¡Mamá! - Gritó Alejandro - ¡Mamá! - Volvió a llamarla, por segunda vez gritando más alto.

- ¡Mamá, mamá! - Repitió Blanca - ¿Eso es lo único que sabes decir? ¿Me tienes miedo?

Alejandro afirmó. Sin dejar de protegerse con las dos manos, su lugar sagrado.



Blanca estaba casi rozando el cuerpo de Alejandro. El pomo de la puerta hizo un giro, pero no se pudo abrir, pues el baúl lo impedía. Alejandro gritó al oír que se trataba de su madre.

- ¡Mamá! ¡Entra rápido!

Enriqueta dio un empujón a la puerta, y al encontrarse con el impedimento del baúl, asomó la cabeza por la rendija que había hecho. Su sorpresa fue enorme al descubrir a su hijo pegado en el rincón de la pared que había frente a ella. Se hallaba solamente con los calzoncillo, y con las manos se cubría delante como protegiéndose de algo.

Blanca fue hasta la puerta, y la cerró de un golpe. Enriqueta exclamó.

- ¡Jesús, María y José! ¡Para haberme matao! ¿Y este hijo mío que hace desnudo y pegado a la pared?

Blanca llegó hasta Alejandro sin perder la sonrisa. No había llegado todavía hasta el punto donde ella quería, y con naturalidad le dijo.

- No es necesario que cubras tus partes superiores con las manos, pues, nada se hace invisible a mis ojos. La primera vez que te vi desnudo ¿Sabes donde fue?

Alejandro negó con cara de circunstancia.

- Cuando subí a tu coche - Siguió diciendo Blanca - Te vi sentado al volante, y descubrí a un hombre como hay pocos. Te vi desnudo.

Enriqueta trataba de nuevo entrar en el dormitorio, y empujó la puerta con las manos.

Cada minuto que pasaba, Alejandro iba cobrando más confianza en él. También advirtió, que Blanca, a pesar de todos los trucos que utilizaba, y las hazañas que llevaba a cabo para entorpecerlo todo, no era mala, solo buscaba divertirse, y como era un espíritu, los vivos no la comprendían, no entendían, su modo de actuar. Aunque, quién la veía, sólo era él. Se armó de valor, y le dijo a Blanca.

- ¡Fuera de aquí! ¡Sal de mi habitación!

Enriqueta que ya casi estaba dentro, respondió.

- ¡Hijo, no hay quien te entienda! ¡Antes, me has llamado a gritos y ahora dices, que me vaya!

Alejandro se dirigió hasta donde tenía los pantalones y el jersey, se los fue colocando mientras respondía a su madre.

- No te lo decía a ti. Se lo decía a Blanca.

- ¿Ella está en tu dormitorio? ¿Sigue aún aquí?

- Sí, mamá, por los siglos de los siglos - Dijo con voz tranquila.

Y le preguntó a su madre - ¿Fui un niño malo?

- ¿Por qué me lo preguntas? - Contestó extrañada.

- Por lo que ahora me está ocurriendo. Es posible que sea un ajuste de cuentas por lo mal que me porté.

Blanca echó una carcajada. Y dijo.

- ¿Crees que me estoy vengando de ti? ¡Pues no te he hecho nada de lo que pienso hacerle al que fue mi novio! Se acordará de mí hasta el resto de su vida.

- ¡Pobre hombre, que Dios lo coja confesado!

Enriqueta había llevado el baúl al sitio donde estaba antes, y como no entendía el porqué encontró el mueble impidiendo el acceso al dormitorio, le preguntó a su hijo.

- ¿Qué hacía el baúl detrás de la puerta?

- Sé coloco él solo - Respondió en broma.

Blanca aplaudió, y con sarcasmo dijo.

- ¿Por qué no le dices la verdad? ¡No se debe mentir!

Alejandro se dirigió hasta la puerta, y abriéndola de par en par, hizo un gesto con la mano derecha, indicándole a Blanca.

- Te invito a que salgas de mi dormitorio.

- ¡No es necesario que abras la puerta para que me vaya, puedo salir igual que he entrado, con la puerta cerrada! ¿Has olvidado de que soy un espíritu?

- Si, es posible de que ahora me lo crea. Pero todavía no estoy convencido.

- ¿Me estás demostrando lo macho que eres? O bien la chulería que llevas dentro ¿Todavía no tienes suficiente con todo lo que te he metido? ¿Aún quieres más? ¡Estoy dispuesta a que sigas recibiendo! ¿Sabes?

- ¡Basta ya! - Dijo Alejandro con las palmas de las manos extendidas - ¿No eres conciente del daño que le has causado a mis padres? ¿En el lío que los has metido? ¡Pobrecitos, van a tener secuelas para toda la vida! ¡Y lo peor es, que piensan que tienen un hijo majara!

Enriqueta saltó.

- ¡Ya no pienso eso de ti! ¡Tu padre si que lo cree!

- ¿Te das cuenta? - Dijo Alejandro a Blanca.

- ¡Mira chico, lo estás tomando por la tremenda, y no tienes razón! ¡Peor lo tengo yo que estoy muerta!

- Ja, ja, ja. ¡Pues, no lo parece chica! ¡Estás haciendo más travesuras que once gatos en una matanza!

Enriqueta que ya sabía de lo que iba todo. Se rió con ganas, y dirigiéndose a su hijo le preguntó.

- ¿Es guapa Blanca?

- ¡Según como se mire! - Respondió Alejandro - ¡Y como no se puede ver de ninguna de las maneras porque ella no existe, pues, no puedo responderte!

Blanca se puso en jarras frente de Alejandro, y sin dejar de sonreírle, le preguntó.

- ¿Me has mirado bien? ¡Dile a tu madre lo bella que soy!

- ¡Qué quieres que le diga! ¿Qué eres rubia, de cabellos largos, ojos azules, y labios carnosos? ¡Que tienes un cuerpo alto y espigado! ¿Y que cuando me miras me pones nervioso?

Enriqueta iba cogiendo todas las frases de Alejandro, y se hacía una idea de cómo era Blanca.

- ¡Es una hermosa mujer! - Dijo Enriqueta.

- ¡Tu que sabes si no la ves! - Respondió Alejandro.

- ¡De todas maneras, es una mujer guapa! - Recalcó Enriqueta.

- ¡Vale! Pues lo es, ¡No me preguntes más!  
- ¿Sabes qué ocurre contigo hijo? - Dijo Enriqueta algo molesta -  
¡Que te gustaría que realmente existiera! ¿Estoy en lo cierto?  
- ¡No! ¡Y déjame tranquilo! ¡A ver si tu vas a ser peor que Blanca!

Enriqueta se enfadó y dijo.

- ¡Mañana voy a hablar con nuestro médico de cabecera, y le voy a contar, lo que está sucediendo, el comportamiento que tienes, no es normal! ¡Y tampoco, ese espíritu que dices ver de Blanca!

- ¡Tampoco tu madre cree que existo! - Dijo Blanca algo enfadada.

- ¡Con mi madre no te metas! - Dijo Alejandro con voz tangible.

Enriqueta no había olvidado lo sucedido esa misma noche en el comedor, estando cenando con su marido y su hijo, ya tenía bastante, no quería más. Y optó por salir del dormitorio de Alejandro, y volver a la cama donde hacía un rato dormía su marido.

Alejandro seguía sosteniendo la puerta para que Blanca saliera de su dormitorio. Ella no estaba cansada, no sabía lo que significaba agotamiento. Pero comprendía que Alejandro no se mantenía de pie. Era ella la causante del estado en que se encontraba. Iba a abandonar el dormitorio, pero no por la puerta, necesitaba demostrarle que podía atravesar paredes.

Blanca se aproximó a Alejandro con la idea de seguir seduciéndolo, no lo hacía para conquistarlo, sino para satisfacer su instinto femenino. Alejandro respiró con fuerza, al verla aproximarse con el más puro estilo de una tigresa. Sólo faltaba que le enseñara las garras. Él no sabía qué hacer en esos instantes, se aturdió de tal manera, que fue a esconderse detrás de la puerta. La cabeza, la tenía un poco hacia fuera, permitiéndole ver con el ojo derecho los movimientos de Blanca. Ella agarró la puerta y la cerró de un golpe. Alejandro quedó al

amparo de lo que Blanca quisiera hacer con él. Levantó las manos como si alguien lo fuera atracar. Miraba a Blanca con espanto, siguiendo su acercamiento que cada vez era más próximo, y era posible que los dos cuerpos se juntaran.

Blanca se quedó a dos pasos de Alejandro. Su corazón iba aprisa, el sudor, cubría su frente y parte de la cara. Su respiración era agitada, las manos le temblaban. Blanca lanzó una larga carcajada. Con su mano derecha cogió la barbilla de él. Y con voz seductora le preguntó.

- ¿Vas a llamar ahora a tu papá? Es el único que queda por venir al dormitorio.

Alejandro negó. La garganta la tenía seca, la voz no le salía, le costaba incluso tragar saliva. Blanca le dijo.

- No me tengas miedo. Los espíritus no comemos la carne de los vivos ¡Para que veas que no quiero seguir molestándote me voy de inmediato! ¡Adiós Alejandro, hasta la próxima!

Blanca besó las yemas de su mano derecha, y las posó, en los labios de Alejandro. Y con un gesto de cariño, agitó su mano izquierda para decirle adiós. Seguidamente, traspasó la puerta del dormitorio.

Alejandro quedó sólo en su habitación. Respiró profundamente, y musitó - Al fin sólo.

Se dirigió a la cama. Se despojó de los pantalones y el jersey, y se acostó. La luz de la lamparilla la dejó encendida, cruzó las manos, las colocó por detrás de la nuca, se había quedado boca arriba con la mirada puesta en el techo, con el pensamiento puesto en Blanca. Había sido una bella mujer, una encantadora joven, juguetona y traviesa

Enriqueta, no esperó a que llegara el lunes para hablar con el médico de familia. El sábado por la mañana, se presentó en su consulta particular. Era necesario que le contara al doctor Madrigal, el comportamiento que había tenido Alejandro, y del espíritu de Blanca, que decía veía.

El Doctor Madrigal hizo entrar a Enriqueta a su consulta.

- Enriqueta ¿Cómo se encuentra? - Preguntó el Doctor.

- Doctor, vengo por mi hijo Alejandro.

- ¿Qué le sucede?

- Pues no sé, como empezar. Me gustaría contárselo todo de un golpe, pero no puedo ¡ayúdame usted!

El Doctor, se colocó bien en el asiento, posó el codo derecho en el brazo del sillón, y con el puño cerrado sostenía su mandíbula. Su mirada la posó en los ojos negros de Enriqueta, y pasó a preguntarle.

- ¿Cómo se encuentra Alejandro?

- ¡Muy mal!

- ¿Mal? ¡En qué sentido! - Siguió preguntando el Doctor.

Enriqueta respiró profundamente y tragó saliva. Seguidamente, se dispuso a responder.

- Ayer noche llegó a casa muy raro. Pero por lo que se ve, no venía sólo.

- ¿Qué quiere decir, con que no venía sólo?

- Pues, que por lo visto, venía Blanca acompañándolo.

- ¿Por qué dice por lo visto? ¿Usted no la vio?

- No. Porque según dice mi hijo ¡Blanca es un espíritu! ¡De esos juguetones! ¿Sabe?

El Doctor se echo a reír, no lo pudo evitar.

- Enriqueta ¡Qué me está contando! ¿Fue Alejandro quién se lo dijo?

- ¡Así es, Doctor! ¡Y no se puede usted imaginar, lo que en mi casa anoche se lió! Era peor que la guerra de Troya.

El médico no paraba de reír, de tal manera, que su vientre, subía y bajaba sin poderlo parar. Cuando estuvo más sereno preguntó.

- Esa tal Blanca ¿La vio usted?

- No, ni mi marido tampoco. Sólo mi hijo.

- ¿Y le dijo que Blanca era un espíritu?

- Sí. Y no vea usted, la de cosas que le hizo a él, también a mi marido y a mí. Mi casa parecía una jaula de locos. La mesa voló por los aires, los platos rotos y vasos en el suelo. La sopa derramada por el suelo del comedor.

- ¿Alejandro venía bebido? - Preguntó el doctor.

- No según nos dijo, de regreso a casa del trabajo, estaba en la carretera esa tal Blanca, haciendo stop.

El Doctor lanzó una carcajada y preguntó extrañado.

- ¿Llevó a su casa a una chica de la carretera?

- ¡Es que no se si era realmente una chica!

- ¡Cómo! ¡Cómo! ¿Dice usted que no era una chica? ¿Era un chico vestido de chica?

- Exactamente no lo sé. Lo único que le puedo decir, es que él, la llamaba Blanca.

El Doctor agarró su barba con la mano derecha, y la estuvo acariciando. Trataba de esa manera esconder la risa que no cesaba. Su cliente se molestaría, y pensaría, que se estaba riendo de su hijo Alejandro.

- ¿Qué aspecto tenía esa tal Blanca? - Preguntó el Doctor.

Enriqueta se extrañó de la pregunta que el Doctor le acababa de hacer, y respondió.

- No lo se, le acabo de decir que es un espíritu ¡Quién la veía era mi hijo!

- ¿Se mostraba raro ante ese espíritu? ¿Qué era lo que hacía?

- ¡Más que hacer, decía tonterías! ¡Hablaban sólo, unas veces se dirigía a la silla, que había junto a él! ¡Discutía casi insultándola!
- ¿Insultaba a la silla? ¿Qué insultos le decía?
- ¡Que se fuera de la casa, que estaba harto de ella, que lo dejara en paz!

El Doctor sacó un pañuelo blanco de su bolsillo y contagiado por la risa, se sonaba la nariz al tiempo que reía a golpes.

- ¿Oyó usted, si la silla le respondía? - Preguntó el Doctor, con un toque de ironía.

- No. Ya le he dicho antes, que sólo la veía mi hijo, y hablaba con ella.

El Doctor estaba hecho un lío. No sabía que preguntarle más, pero se decidió y dijo.

- ¿Había alguien más en su casa con ustedes?

- El perro ¡Y no sabe usted la que formó! Le ladraba a la silla, hasta el punto de morder la pata, no la soltaba, la mordía con rabia y furia.

- ¿Dice usted que el perro mordía su pata con furia?

- No ¡La suya no, la de la silla! Doctor ¿Va siguiendo el hilo?

El Doctor, asintió y luego negó. Y después dijo.

- Es que no entiendo, qué hace la silla en toda esta historia ¿Me lo quiere volver a repetir?

Enriqueta meneó la cabeza, con un gesto de incertidumbre y luego dijo.

- Doctor, se lo he contado todo, y es fácil de entender ¿Qué es lo que no comprende?

El Doctor levantó los hombros, y pasó a responder.

- ¡No entiendo que hacía el perro mordiendo la pata de la silla! ¿Es un cachorro y está haciendo los dientes?

Enriqueta se llevó las manos a la cabeza y exclamó diciendo:

- ¡Key tiene cinco años!

- Cuando dice usted Key ¿Se está refiriendo al perro?

- ¡Pues, claro Doctor! ¡Estamos hablando del perro!



El Doctor meneó las manos algo excitado, y terminó diciendo.

- ¡Acabemos pronto esta historia y dígame! ¿Quién es Blanca?

- ¿Ya no se acuerda?

- ¡No, porque Blanca no sabe usted quién es, el perro, ni la silla, estoy para volverme loco! ¿Sabe usted quién es Blanca?

- ¡Mi hijo dice, que es un espíritu! ¡Vamos, alguien que está muerto!

El Doctor meneó la cabeza negando, y dijo.

- Enriqueta, soy médico forense. He abierto a más de dos mil cadáveres, estaban muertos y bien muertos, no creo que puedan regresar para estar y jugar con alguien. Alejandro es joven, y estoy seguro les ha querido gastar a usted y a su marido, una broma.

Enriqueta retorció la boca, y con el índice levantado, negó diciendo.

- ¡De eso nada! ¡Pero si estamos vivos es de milagro! ¡He venido a su consulta, para a ver si me hallaba algo sobre el comportamiento de mi hijo!

El Doctor se reclinó en el asiento, y preguntó.

- ¿Qué edad tiene Alejandro?

- Veintisiete años - Respondió Enriqueta.

- Supongo que debe tener novia ¿No es cierto?

- No tiene.

El médico se sorprendió.

- ¿Veintisiete años, y no tiene novia?

- ¡Ya le he dicho que no!

- ¡Al menos tendrá amigas! ¿No?

- Creo que tampoco. Soy su madre, y sobre ese tema, no habla conmigo y créame, me gustaría verlo casado.

- Lo que Alejandro necesita es una esposa, tiene que echarse novia. Y ya verá como todas esas tonterías se le van.

- ¿Entonces, no cree, que mi hijo tenga alguna enfermedad rara?

- No. Pero, recuerde, que no se le vaya a contagiar lo que él tiene, pues, eso sería lo peligroso - Dijo el médico con sarcasmo.

Enriqueta, ante esta sugerencia, su cara se transformó, y con precisión le dijo al médico.

- ¡Acaba de decirme, que Alejandro está bien! ¿Por qué ahora, me dice, que puede contagiarme? ¿Doctor usted me está dando, una de cal y otra de arena! ¿Por qué lo hace? ¿Por qué no me dice realmente la enfermedad que padece?

El Doctor mantenía las manos cruzadas encima de la mesa. Golpeó suavemente con ellas, al tiempo que reía, sin poderse contener. Quería responder, y salir al paso, pero la risa se lo impedía.

Enriqueta no entendía el modo de actuar de su médico de cabecera. Era la primera vez que se comportaba de esa manera tan incomprensiva. Estaba a punto de levantarse del sillón, y salir de la consulta, cuando el Doctor trató de calmarse, y se puso en pie. Dio la vuelta a la mesa, y se acercó a Enriqueta, que se había quedado con el ceño fruncido. Posó su mano derecha, en el hombro de ella, y con voz pausada, le dijo.

- Enriqueta, perdone mi comportamiento no es lo que parece ¿Cree que me estoy riendo de usted?

- ¡Hombre! ¡Su cuerpo sólo emite sacudidas de risa! ¿Me quiere decir de quién se está riendo?

- Es que es la primera vez, en treinta años que ejercito la carrera de médico, me viene una paciente contándome algo semejante sobre su hijo. Creo que es, para hacer una película cómica de este asunto. No lo digo para que se enfade. Si usted lo mira bien, también, se hartará de reír ¡Vamos, que me cuesta ver a su hijo Alejandro, hablándole a una silla, y aún más, a esa tal Blanca que no existe!

Enriqueta se había ofendido aún más, y se puso de pie, y con la cara enrojecida contestó.

- Doctor, me ha defraudado. Veinte años confiando en usted todos los secretos de familia, y hoy se ha partido de la risa ¿No cree, que es, para que esté enfadada?

El médico trató de serenar a su paciente.

- Enriqueta ¡Precisamente, porque hace veinte años que nos conocemos, no se tendría que enfadar! Es que me ha hecho gracia lo que me ha venido a contar. Y conociendo a Alejandro como lo conozco, me ha hecho mucha más.

Enriqueta muy resentida, dijo.

- ¡Es que lo que vivimos anoche, no se lo puede imaginar! ¡Seguro, que si a usted le ocurre, no se estaría riendo!

- Téngalo por seguro - Contestó, para calmar la ansiedad que estaba teniendo Enriqueta.

- ¡Bueno, ya me voy tranquila de saber que mi hijo no tiene nada malo!

- ¿Sabe Alejandro que ha venido usted a mi consulta?

- No se lo he dicho, si lo supiera, me regañaría.

El médico posó su mano derecha en el hombro de Enriqueta, diciéndole.

- ¡Venga a consultarme lo que desee, las veces que quiera! ¡Y perdóneme la risa!

- Gracias Doctor Madrigal por atenderme.

Enriqueta salió de la consulta y se dirigió a su casa. Pablo su marido, la estaba esperando en la puerta de la calle. Adelantó para encontrarse con ella con la intención de preguntarle.

- ¿De donde vienes?

Enriqueta se paró, para responderle a su marido.

- Vengo de la consulta del Doctor Madrigal.

Pablo frunció el entrecejo.

- ¿Estás enferma? - Le preguntó.

- He ido para hablar de nuestro hijo.

- ¿Al Doctor Madrigal, le has hablado de Alejandro?

- Sí. Necesitaba contárselo a alguien, y pensé, que él, era la persona adecuada.

- ¿Qué te ha dicho?

Enriqueta meneó la cabeza.

- Se ha dado una hartá de reír. Hasta tal punto, que me levanté del asiento para marcharme.

- ¡Es que no es para menos! ¿Cómo se te ha ocurrido ir a contarle historias de un fantasma?

- ¡Tú dices que es un fantasma! ¿Y si no lo fuera?

Pablo se llevó la mano a la cabeza, y se rascó.

- ¡Qué estás insinuando! ¿Qué Blanca existe?

- Yo estoy segura que sí ¿No recuerdas cómo salió la mesa volando por los aires? ¡Alejandro no fue quién lo hizo! Tú, y yo, sabemos que no fue él. Estaba tan asustado cómo nosotros. Y cuando me llamó para que acudiera a su dormitorio, me sucedieron cosas extrañas ¡Blanca estaba con él!

- ¿La había metido en su dormitorio? - Exclamó Pablo totalmente confuso - ¿Metió en nuestra casa a una chica que no conoce?

Enriqueta lanzó un suspiro, y dijo.

- ¡Cómo va a meternos a una chica en casa sin nuestro permiso!

- ¡Enriqueta, te entiendo menos que a mi hijo! ¿No acabas de decir que Blanca existe?

- Lo que te voy a decir, sé que no te lo vas a creer ¡Anoche cuando Alejandro me llamó para que fuera a su dormitorio, había un baúl detrás de la puerta, para impedir la entrada! Cuando asomé la cabeza por el esfuerzo que hice de empujar la puerta, mi asombro fue tremendo, al descubrir a nuestro hijo desnudo, y escondido en un rincón de su dormitorio. Lo peor, no fue eso, a punto estuve de arrancarme la cabeza. ¡No puedes imaginarte el miedo que pasé!

Pablo la miraba desconcertado, y dijo.

- ¡Para haberte roto la cabeza! ¿Yo donde estaba?

- ¡Roncando en la cama! Cuando llegué a nuestro dormitorio para contártelo no sólo roncabas, también silbabas. Cuando estás en este estado no se te puede despertar ¡Te pones de un humor!

- ¡Estas cosas se avisan! - Replicó Pablo contrariado.

Enriqueta hizo un ademán de no darle importancia. Y sugirió.

- Volvamos a casa, está la comida por hacer.

Sentado en un sillón del salón, se hallaba Alejandro hablando por teléfono con Juan, su compañero de trabajo.

- ¿Vais los amigos esta noche de discoteca? - Preguntó Alejandro. Al tiempo que levantaba la vista, y miraba a sus padres entrar en el piso - ¡Ayer en el trabajo no hablamos nada de esto! ¿Lo habéis pensado ahora?

- Lo estuvimos comentando anoche - Respondió Juan - Estuve llamándote, un buen rato, pero nadie cogía el teléfono ¿No estabais en tu casa?

Alejandro hizo una pausa para tragar saliva.

- ¡Estábamos todos, y por si no había bastante, parió la abuela! - Dijo con voz cansada, y algo apagada.

- Te estás refiriendo... a esa cosa vestida de blanco ¿Qué tu y yo sabemos?

- Exacto - Confirmó Alejandro - ¡Y no te puedes imaginar, lo que lió aquí en casa de mis padres!

- ¿Tío me estás diciendo que la llevaste en coche hasta tu casa? - Juan recalcó exaltado - ¿La metiste en casa de tus padres?

Alejandro levantó la voz.

- ¡No es que yo la trajera a mi casa! ¡Se metió ella!

- ¿No lo pudiste impedir?

- ¿Crees que se puede luchar contra un espíritu? ¿Pudiste hacerlo tú? ¿Te liberaste de ella cuando tú lo creíste oportuno?

- Si, pero de eso a llevarla a mi casa, hay un tramo muy grande.

- ¡Tú eres tonto! ¿Crees que entró en mi casa porque yo quise? ¡Que no te enteras tío! ¡Que Blanca atraviesa las puertas y paredes!

- ¡La has llamado Blanca! ¿Es así como se llama?

- Sí.

- ¿Tanta confianza has cogido con ella, cómo para que sepas su nombre? ¿Un espíritu tiene nombre?

Alejandro se alteró.

- ¡Tío eres más tonto de lo que yo pensaba! ¡Blanca es, el nombre que tenía en vida! ¿Te has enterado ahora?

- ¡Ah! ¿Te lo ha dicho ella?

- ¡Quién sino! - Respondió Alejandro más relajado.

- ¡Qué rollo, tío! ¿Sabías tú antes de que podías hablar con los espíritus?

Alejandro volvió de nuevo alterarse.

- ¡Que no soy yo quién habla con ella, es ella quién habla conmigo! ¿Tanto te cuesta entenderlo?

- ¡También tú hablas con ella, te oí ayer tarde en tu coche!

- ¡Claro, si ella me habla, yo tengo que responderle! ¿Hay algo malo en eso?

Juan estaba cansado de llevar la misma conversación. Era lo más parecido a la pescadilla que se muerde la cola. Y sugirió.

- ¡Esta noche te esperamos en la discoteca! ¡Espero que vengas, nos lo vamos a pasar bien!

Alejandro lo estuvo pensando unos instantes, y luego respondió.

- De acuerdo, estaré allí.

Alejandro colgó el teléfono. Enriqueta se aproximó a él, y le dijo.

- Vengo de hablar con el Doctor Madrigal.

Alejandro frunció el entrecejo, y sin separar la mirada de la de su madre, le preguntó.

- ¿Te ocurre algo?

Enriqueta negó, y contestó.

- A mi no, te ocurre a ti. Tienes que conocer a una mujer buena, cariñosa y casarte con ella.

Alejandro abrió los ojos como platos y pasó a preguntarle.

- ¿A qué viene eso ahora? ¿Te encuentras bien?

- Yo estoy perfectamente. Dice el Doctor Madrigal que necesitas casarte para que se te vayan todas esas tonterías que tienes.

- ¿Has estado en su consulta para hablarle de mi?

Pablo salió inmediatamente a la defensa de Enriqueta.

- ¡Hijo! Lo que ha hecho tu madre, ha sido por tu bien ¡Tanto ella como yo, estamos preocupados por tu salud!

Alejandro se puso en pie y algo enfadado respondió.

- ¡Mi salud es buenísima! ¡Nunca la he tenido mejor que ahora! ¿No os creéis lo de Blanca?

Enriqueta afirmó y al mismo tiempo, Pablo, negó. El matrimonio se miró. Ella, le preguntó a Pablo.

- ¿Sigues sin creer que Alejandro ve y habla con el espíritu de Blanca?

- ¿Tú sí lo crees?

- ¡Por supuesto que sí, es mi hijo y lo conozco, sé cuando miente, o dice la verdad!

- También es hijo mío, pero no podrás negarme, que lo de anoche, fue una payasada. Toda esa historia que se formó, fue inventos de él. El médico tiene razón, al aconsejarte, que debe casarse, una mujer es lo que necesita.

Alejandro se enfadó, y dijo.

- ¡No quiero que penséis por mi, mi vida, la organizo yo a mi manera!

Enriqueta salió a la defensiva.

- ¡Claro que si hijo! Sólo quería exponerle al médico lo ocurrido ayer noche, y creo que me ha dado la solución.

- La solución es ¿Qué tengo que casarme?

Enriqueta sonrió, y respondió contenta.

- ¡Eso es! ¡Hecho de menos, ver, y oír gritar a mis nietos por este piso!

- ¡Pues, por ahora no va a poder ser, mis pensamientos los tengo en otro sitio!

- ¡En Blanca! ¿No es cierto? - Dijo Pablo un poco enfurecido y señalándolo con el dedo - ¡Esa mujer que no existe, te está comiendo y estrujando el cerebro!

- ¡Papá, no digas tonterías, estás hablando de alguien que murió hace quince años! ¡Lo único que ahora tengo en la cabeza es, de qué manera, puedo alejarla de mi vida!

Enriqueta chasqueó los dedos, en señal de haber encontrado la solución, y propuso.

- ¡Tengo que encontrar a un exorcista, la solución está ahí!

- ¡Eso! - Afirmó Pablo - Creo que es lo más razonable. Alejandro se enfadó.

- ¿No sabéis para qué sirve alguien que exorciza? ¿Pensáis que tengo yo el diablo dentro de mi cuerpo?

Pablo y Enriqueta exclamaron a la vez.

- ¡Tú no!

- Entonces ¿A quién van a exorcizar?

El matrimonio se miró, y levantaron los hombros.

- ¡A esa tal Blanca! ¿No? - Dijo Enriqueta completamente convencida.

Alejandro respiró profundamente, aludiendo una gran paciencia, y seguidamente respondió.

- Blanca es un espíritu que todos no pueden ver. Hace muchas travesuras, ella misma dice que es un espíritu burlón. Pero de eso, a tener el diablo, hay mucha diferencia. Y estoy seguro que es buena, muy buena.

- ¡Si es tan buena como dices! ¿Por qué hizo ayer noche tantos destrozos? - Replicó Enriqueta.



- Mamá, por la sencilla razón de que negabais su existencia. Se enfadó mucho. También yo estaba asombrado, pero en el fondo, la comprendía.

Pablo hacía rato que estaba callado, y se preparó para decir.

- ¿Sabéis lo que yo pienso de toda esta historia?

- ¡Suéltalo ya de una vez! - Replicó Enriqueta.

- ¡En serio! ¿Queréis que os lo diga? - Dijo Pablo.

- Estamos esperando - Dijo Alejandro algo inquieto por lo que su padre pudiera decir.

- ¡Blanca se ha enamorado de ti, es por eso que tú sólo, la puedes ver y oír, estoy completamente seguro de lo que digo!

Enriqueta se alteró contra su marido.

- ¡Cómo puedes ser tan bárbaro! ¡Insensato! ¡Blanca en caso de que existiera, no puede enamorarse de nadie, y menos de nuestro hijo!

- ¿Por qué no? - Preguntó Alejandro.

Enriqueta sin dejar de mirarlo con ojos de tigresa, respondió algo enfadada.

- ¡Pues. ... porque no lo voy a consentir!

Blanca acababa de traspasar la puerta. Esto último que había dicho Enriqueta, le llegó hasta su alma. Se aproximó a ella, y le sopló en el oído derecho diciéndole.

- ¡Si me lo propongo, me voy a enamorar de Alejandro, y de Pablo también!

- ¡De Pablo no! - Respondió Enriqueta observando los cuatro rincones del salón, tratando de encontrar quién había dicho esa atrocidad.

Alejandro que había observado desde un principio, la entrada de Blanca y lo que le sopló a su madre en el oído. Lanzó dos carcajadas, y repitió sin dejar de reír.

- ¡De Pablo no! ¡Pablo es mi hombre! ¡Pero aquí tienes a mi hijo, puedes hacer con él, lo que quieras! ¿No era eso lo que pensabas, mamá?

- ¿Qué está pasando aquí? - Replicó Pablo levantando la voz - ¿por qué mencionáis mi nombre?
- Alguien, me ha soplado en el oído, que se va a enamorar de ti - Contestó Enriqueta algo celosa.
- ¡Qué más quisiera yo! - Musitó Pablo.
- ¿Qué has dicho? - Le preguntó Enriqueta.
- Nada mujer ¡Que no caería esa breva! ¡Qué mujer se iba a enamorar de mí, si siempre te llevo como un lazarillo!
- ¡Que no te enteras! - Dijo gritando Enriqueta - ¡No se trata de una mujer!
- ¡Pues, si es un hombre se lo prohíbo!
- ¡Es Blanca! - insistió Enriqueta.
- ¡Pues todavía menos!

Blanca se colocó frente a Alejandro, y con gesto chulo, le dijo sin perder la sonrisa.

- ¡A este tío, me lo llevo al huerto! ¡No sabe bien con quién se ha topado! ¡Aunque no me gusta nada, pero sólo por fastidiarlo, estoy dispuesta a todo!

Alejandro también se puso chulo. Se trataba de su padre, y conocía bien a Blanca, de cómo las gastaba, y se lo prohibió, ante la mirada de sus padres, que seguían y oían su ir y venir, atónitos.

- ¡Ni se te ocurra meter a mi padre en tu fregao!
- ja, ja, ja ¿Qué vas hacer para impedírmelo? ¿Me vas a matar? ¡Ya estoy muerta! ¡Demasiado sabes que no me gusta que me ignoren, y aún menos, que me desprecien!

Alejandro recapacitó, y trató de arreglarlo lo mejor posible. Era conciente del mal genio de Blanca, y por nada del mundo quisiera ver a su padre en una situación embarazosa. Y pasó a decirle.

- ¡Las palabras de mi padre no iban mal intencionadas! Lo que ha ocurrido, es que no ha sabido explicarse.

Blanca con algo de ironía, le propuso.

- ¡Esta bien! No me meteré con él si me pide disculpas.

Enriqueta y Pablo, escuchaban con atención las palabras de Alejandro, sabían, que estaba defendiendo a su padre, pero lo que ignoraban, era que Blanca había maquinado para poner en ridículo a Pablo.

- Hijo ¿Qué está ocurriendo? - Preguntó Enriqueta.

- No te preocupes mamá, estoy arreglando mi mal entendido con Blanca.

Blanca al oír lo que dijo Alejandro, pegó un grito tan grande, que Alejandro tuvo que taparse los oídos con las manos.

- ¿Un mal entendido llamas tú a un desprecio? ¡Le doy cinco minutos para que se disculpe conmigo! ¡Vamos díselo!

Enriqueta y Pablo se esperaban lo peor. Alejandro había perdido el norte, y estaba preparado a gritarle también a Blanca, pero antes de que sucediera, Pablo y Enriqueta, se disponían a salir del piso a gran velocidad. Pablo tenía el dedo colocado en el pestillo de la puerta, sólo tenía que estirar, para que la puerta se abriera. Con la velocidad del relámpago, Blanca llegó hasta ellos, dio dos vueltas de llave, y las quitó de la cerradura. Las llaves las mantenía en su mano derecha. Enriqueta y Pablo miraban el movimiento de las llaves ir y venir en el aire. Estaban aturdidos sin saber qué hacer o qué decir. La situación era desesperada, su único recurso estaba en Alejandro. Pero también él, lo estaba pasando bastante mal con Blanca y con sus padres. No soportaba verlos asustados del modo en que lo estaban. Pablo, a punto de pedir auxilio, y Enriqueta con los ojos húmedos por las lágrimas, miraba a su hijo pidiéndole ayuda.

Sus miradas las tenían en el manojito de llaves, que desde una altura, se iban desplazando de un sitio a otro del comedor - salón.

Blanca iba y venía enfadada, sin soltar de la mano, el manojito de llaves.

Alejandro aunque hacía poco que la conocía, sabía hasta donde podía llegar, y el daño que podría causarle a sus padres sólo con asustándolos. También sabía, que a más no llegaba. En vida tenía que haber sido orgullosa, muy orgullosa.

Alejandro decidió hablar con sus padres para que pronto terminara el suplicio que estaban padeciendo.

Llegó hasta la puerta de la entrada del piso, donde sus padres seguían esperando a que ocurriese un milagro. Decidió decirles, ante la mirada inquieta de Blanca.

- Papá, para que todo termine lo más pronto posible, pídele disculpas a Blanca, está bastante enfadada contigo.

Pablo no se esperaba esto que su hijo le estaba diciendo, pues, no entendía nada ¿De qué se tenía que disculpar? Tampoco sabía quién era Blanca. Era consciente de que estaban sucediendo cosas inhabituales en su casa, pero tampoco sabía la procedencia de todos esos fenómenos. Se preparó, para responderle a su hijo.

- ¿Quieres que le pida disculpas a Blanca? ¿Dónde está?

Enriqueta saltó rápidamente. Estaba deseando acabar con todo aquél fanteo, y se precipitó diciendo.

- ¡Sigue el manojito de llaves! ¡Háblale a las llaves y discúlpate con ellas!

- ¡Cállate! - Gritó Pablo - ¿No ves que me desconcentras?

- ¡Otra vez vas a meter la pata! - Siguió diciendo Enriqueta - ¡Ahora es nuestra oportunidad, no la hagas perder!

- ¡Te quieres callar! ¡Haré lo que Alejandro me diga, y no te metas más en lo que no te incumbe!

- ¡Ah! ¡Con que no me importa! ¡Pues, que sepas que ya estoy harta de todo este embrollo!

- ¡Eso háblalo con tu hijo, él tiene la culpa de que nos veamos ahora así!

Enriqueta volvió de nuevo a perder los nervios, y dijo gritándole a Pablo.

- ¡Date prisa a pedir disculpas, sólo tienes que seguir cómo se van moviendo el manojito de llaves!

- ¡Ya me lo has dicho un montón de veces! ¡Ahora mantén la boca cerrada y no respires, porque voy a hablar yo!

- ¡Ah! ¡Te hago una advertencia! ¡No digas palabras que no vengan a cuento, no se vaya a enamorar de ti, esa tal Blanca! ¡Porque luego, la vamos a tener tú y yo! - Le advirtió Enriqueta.

Alejandro estaba alucinando. Veintisiete años viviendo con sus padres, y resulta que no los conocía. Seguía con la boca abierta escuchando al uno y al otro.

Blanca, no paraba de reír. Se lo estaba pasando bomba con ese matrimonio que para ella resultaban simpáticos, y muy agradables. Pero aunque así fuera, no iba a dejar pasar por alto, las disculpas de Pablo.

Alejandro aunque veía a Blanca sonreír, en el fondo sabía, que su padre tenía que cumplir, no se lo iba a perdonar. Y de esa manera Blanca se lo comunicó.

- ¿A qué está esperando tu padre? Tu madre ha sido bien precisa al mencionarle el manojito de llaves.

Alejandro, no se hizo esperar, y dirigiéndose a su padre le dijo.

- Papá, Blanca está esperando a que te disculpes con ella ¿A qué estás esperando?

La vista de Pablo estaba puesta en el manojito de llaves que se iban moviendo de un lado a otro.

- Espero a que las llaves se queden quietas - Contestó Pablo con voz cansada - ¿De qué manera me tengo que disculpar?

- Cuando te disculpas con mamá ¿Cómo lo haces?

- Es que no me disculpo nunca con tu madre. Lo hecho, hecho está.

Blanca, también se estaba preparando para ser vista por Pablo. Esto sería una gran sorpresa para él, algo que no se esperaba.

Pablo miraba sorprendido cómo iba acercándose a él, el manajo de llaves tintineando por el movimiento. Retrocedió tres pasos, sin cesar de mirar el movimiento de las llaves.

Enriqueta estaba asustada y rápidamente, se desplazó junto a su hijo agarrándolo del brazo.

Alejandro ya conocía las intenciones de Blanca, y se esperaba lo peor, estaba seguro de que tramaba algo. No le gustaba la figura coqueta que Blanca había estudiado para ese momento. Y antes de que ocurriese cualquier cosa la advirtió.

- ¡Blanca, no te pases con mi padre! ¡Está frío, y tiembla como un flan!

Blanca echó una mirada a Alejandro. Esta mirada lo cautivó, lo dejó fuera de combate, y deslumbrado, se quedó con la boca abierta. Al instante Blanca hizo su aparición ante los ojos asustados y emocionados de Pablo, que no pudo retener su admiración ante una bella mujer como era Blanca.

- ¡Qué hermosa! - Exclamó, mientras frotaba los ojos con las yemas de sus dedos - ¡Eres guapísima!

- Gracias Pablo, sabía que dirías eso - Contestó Blanca - ¿Ya no tienes miedo de mí?

- ¡Cómo puede tener un hombre miedo de una mujer como tú!

Enriqueta, se puso derecha, y soltó el brazo de su hijo. No sabía lo que estaba sucediendo, pero no le gustaban las palabras que estaba usando su marido. Iban dedicadas a una mujer extremadamente guapa. Se había fijado en el manajo de llaves, que permanecía quieto en la parte izquierda de Pablo y a medio metro de él. Lo que más rabia le daba era, la cara de tonto que se le había quedado. No lo podía aguantar, y dirigiéndose a su marido, le preguntó.

- ¿A quién llamas guapa y hermosa?

Pablo no respondió, era posible que no lo oyera, puesto que sólo tenía ojos para Blanca. Y seguía con la misma sonrisa de joven enamorado.

Enriqueta perdió los nervios, no era normal que su marido se comportara como un joven adolescente, a la edad de cincuenta y cinco años, y más que sorprendida, rápidamente fue a su lado para pedirle todas las explicaciones necesarias.

- ¿A quién te estás refiriendo? A mí no ¿Verdad?

Como Pablo seguía hipnotizado por la belleza de Blanca, le pegó con la mano en el brazo, le dijo dándole un grito.

- ¡Atontao, que te estoy hablando! ¡Si no me dices a quién van dirigidos esos piropos, esta noche duermes en el sofá!

Pablo le echó una mirada, y levantó los hombros.

Enriqueta se alteró más de la cuenta. Y propinándole una patada en la pierna le dijo.

- ¡Eres un soplagaitas, te enrollas con cualquier mujer! ¿Yo no cuento para ti?

Alejandro que había permanecido callado, se dirigió a Blanca reprochándole.

- ¿Te has dado cuenta en el lío que has metidos a mis padres?

Blanca se lo estaba pasando demasiado bien como para parar en el momento más concreto en que Enriqueta echaría de la casa a su marido, por infidelidad, y respondió.

- Cinco minutos más, dame ese tiempo, es el necesario, para que tu padre vaya de patitas a la calle.

- ¡No lo voy a permitir, no quiero que de la casa de mis padres hagas un infierno!

Enriqueta tenía las llaves a su alcance, e inesperadamente, se lanzó, y las cogió. Las guardó con fuerza en su mano derecha. Se dirigió a la puerta, introdujo la llave en la cerradura, y abrió la puerta. Señalando la salida con la mano, le dijo a su marido, muy enfadada, y tono de voz áspero.

- ¡Sal de esta casa, y olvida mi nombre!

Alejandro no se podía callar, y dijo.

- ¡Mama! ¿Cómo es posible que estés celosa de una muerta?  
¡Blanca no existe!

Pablo no se daba cuenta de la situación que estaba viviendo, se había quedado ensimismado, admirando la figura de Blanca, y sin darse cuenta respondió a las palabras de su hijo.

- ¡Y tanto que Blanca existe! La estoy viendo con mis propios ojos, y no me cansaré de mirarla.

Alejandro salió a su encuentro para regañarle.

- ¡Papá, no estropees más las cosas de lo que ya están!

- ¡Hijo, yo sólo estoy diciendo la verdad! ¿No piensas tú igual que yo?

Enriqueta que permanecía con la puerta abierta, enfureció aún más. Y dando un grito dijo a su marido.

- ¡Basta ya de decir tonterías, y sal de esta casa!

Pablo lo terminó de arreglar, cuando dijo.

- ¡Mujer, es que no puedo irme, y dejar aquí, a esta belleza de mujer!

Blanca se lo estaba pasando en grande. Tan feliz se sentía, que empezó a bailar un vals, girando en medio del comedor, y al llegar donde se encontraba Pablo, lo agarró, colocando las manos en posición de vals. Los dos giraban, y giraban bailando.

Enriqueta miraba aturdida el vals que se estaba marcando su marido. Ella no podía ver a Blanca, no sabía que ella bailaba con Pablo, y creyó que se había vuelto loco. Aunque admitía, que bailaba bien, era la primera vez que lo veía bailar. Las veces que ella le había propuesto de ir a bailar, Pablo se negaba, alegando, que no sabía bailar. Según ella, le había mentado, puesto, que Pablo estaba bailando muy bien. Enriqueta se enfureció, y la rabia que sentía, la fue a descargar contra su marido, que ajeno a todo esto, seguía girando con Blanca, cómo un joven enamorado.

Enriqueta se plantó en medio del comedor, con los cabellos revueltos, de tanto cómo había bregado para conseguir las llaves.



Con una zapatilla de menos, que había perdido en todo este jaleo. Agarró a Pablo por el brazo izquierdo para que parara de bailar. Como no lo consiguió, se puso frente a él y le pegó un empujón, al tiempo que decía.

- ¡Tonto de la castaña! ¿Quieres parar de hacer el ridículo?

Blanca cambió el semblante, al notar que Enriqueta había atravesado su cuerpo, y que ahora lo ocupaba ella. Blanca se puso a gritar histérica perdida. Enriqueta sintió, que algo raro corría por su cuerpo. Quería quitárselo, pero no sabía cómo, y lo único que se le ocurrió hacer fue tirarse al suelo. Daba patadas y manotazos en todas direcciones, al mismo tiempo que decía gritando.

- ¡Tengo el cuerpo pegajoso! ¡Que alguien me quite esto!

Blanca también se estaba revolcando en el suelo junto a Enriqueta se debatía por querer quitársela de encima. Y cuando lo consiguió, se puso en pie, y con gesto de cansancio dijo.

- ¡Qué mujer más pesada, creí que nunca me podía separar de ella!

Enriqueta trataba de ponerse en pie, llamaba a su hijo para que la ayudara.

Alejandro ya no podía con más sorpresas que a cada momento estaban sucediendo. Fue hacia su madre, la agarró de las manos, y la puso en pie. Ahora había perdido, la otra zapatilla y andaba descalza. Se cogió del brazo de su hijo, y bastante abatida dijo.

- ¡Qué mareo más grande tengo! ¡Me da vueltas todo! ¿Dónde estoy?

- Mamá, estás en casa. Ven a sentarte al sillón.

Alejandro la llevó hasta un sillón del salón, y la dejó sentada. Miró a su alrededor buscando a Blanca, pero no estaba, había desaparecido de la casa. Miró a su padre, y le preguntó.

- ¿Dónde está Blanca?

- Lo último que recuerdo de ella fue, el vals que estábamos bailando. Cuando tu madre me empujó, desapareció de mi vista ¿Volverá otra vez?
- ¡No lo sé! ¡Y prefiero, que no lo haga!
- Hijo ¡Pero si es encantadora! ¡Cómo me gustaría tener treinta años de menos!
- ¡Papá, que no te enteras! ¡Que Blanca está muerta! ¡Lleva 15 años bajo tierra!
- ¿La joven con la que he bailado el vals no existe?
- ¡Eso es! - Contestó Alejandro algo más relajado.
- ¡No puede ser lo que me estás diciendo, es imposible! He bailado con ella, la he tocado, he visto su rostro radiante, he sentido su aroma a mujer, y he tocado sus cabellos, eran lo más parecido a hilos de oro.

Enriqueta miraba de reojo a Pablo, sus intenciones no eran buenas. Le daba todo vueltas, era por esa razón que no se levantaba del sillón y le pedía cuentas por todo lo que estaba diciendo. Nunca lo había vigilado, siempre había tenido confianza en él, pero a partir de esos instantes, las cosas iban a cambiar, su vigilancia sería constante.

Alejandro le faltaba ojos para observar a sus padres. Su madre estaba bastante indignada, y sobretodo celosa, algo inhabitual en ella, era la primera vez que la veía en ese estado.

Su padre también se las traía, enamorándose de un espíritu, que aunque Blanca había sido una joven hermosa y encantadora, era alguien que no existía. Pablo estaba en su trece, asegurando que Blanca era real. Alejandro continuaba mostrándole que, con quien había estado bailado, había sido con un fantasma, y se dirigió a su padre diciéndole.

- Papá, estás perjudicando a mamá, y lo que es más, te perjudicas a ti mismo ¿Por qué no pisas tierra y ves lo que verdaderamente es real? ¡Olvídate de Blanca, ella no existe, no es auténtica, está muerta! ¿Me has oído?

- ¡Quiero volver a verla! - Repitió Pablo - ¡Es posible que me ame! ¡Si hubieras notado su cuerpo pegado al mío, y la suavidad de sus manos, no hablarías de esa manera!

- ¡Papá! ¡Blanca se ha marchado, y es posible que no vuelva más! ¡Dios quiera que no vuelva!

Pablo se echó a llorar, haciendo pucheros.

- ¡No digas eso hijo! ¡Un hombre a mi edad, todavía le queda esperanzas!

- ¡Papá! ¡Que te la estás ganando! ¡Si miras a mamá, verás, que tiene los ojos fuera de sitio! No creas que te voy a defender, ya te apañarás sólo con ella.

Pablo se echó a llorar igual que un niño.

- ¡No he hecho nada malo, sólo he cometido el error, de enamorarme! ¿Eso es malo?

Enriqueta no pudo más. De un salto se levantó del sillón y como una bala llegó hasta Pablo, y sin mediar palabra, le dio primero un guantazo con la mano derecha, y el segundo con la izquierda. Seguidamente se sacudió las manos, diciendo.

- ¡Misión cumplida! ¡Gilipollas! ¿A ver si te atreves a llorar delante de mí?

Alejandro meneó la cabeza y dijo.

- ¡Papá te lo había avisado! ¡Pero tú erre que erre! ¡A qué venía ese llanto!

Pablo quiso decir algo, pero Enriqueta se lo impidió.

- Chissst - ¡Silencio! ¡No quiero oír más sandeces! ¡Ya está bien por hoy!

Alejandro decidió retirarse a su habitación. Tanta tensión vivida, lo había dejado destrozado. Se echó sobre la cama, y rápidamente se durmió.

Enriqueta preparó una cena suculenta, ya que al mediodía nadie había comido, con todo el laberinto que se montó. El matrimonio y Alejandro, comían en silencio. Él necesitaba quitarse de la cabeza todo lo que había sucedido por la mañana. Después de cenar se marcharía a la discoteca, había quedado en encontrarse allí con su amigo Juan.

En el armario de su dormitorio buscó algo práctico para ponerse, y se decidió por un pantalón gris, una camisa azul, y un jersey chaleco blanco. Se ataba los cordones de los zapatos cuando llamaron a la puerta de su habitación, y se oyó la voz de Enriqueta que dijo.

- Hijo, ábreme, quiero hablar contigo.

Alejandro retiró la vuelta de llave, y dejó la puerta abierta. Volvió a la mesita de noche para coger su reloj de pulsera.

Enriqueta se quedó delante de la cama observando como su hijo se colocaba el reloj en su muñeca izquierda. Lo veía relajado y tranquilo, era el momento para anunciarle el consejo, que el Doctor Madrigal le había recomendado.

- ¡Por lo que veo, sales esta noche! - Dijo Enriqueta.

- Sí mamá - Respondió Alejandro ajeno a la pregunta de su madre.

- ¿A dónde vas?

Alejandro suspiró antes de responder.

- A la discoteca.

Enriqueta se sentó encima de la cama.

- No he acabado de contarte lo que el Doctor Madrigal me ha recomendado para ti ¿Lo quieres saber?

- ¡Tengo que irme, me están esperando, ya me lo contarás mañana!

Enriqueta siguió como si no hubiese oído nada.

- Dice el médico, que no es bueno que a tu edad, no tengas novia ¡Creo que tiene razón!

Alejandro se giró hacia su madre, y algo molesto, le contestó.

- ¿Por qué has tenido que ir a contarle al médico cosas mías? ¡A él que le importa!

- ¡Me importa a mi, y no tenía a quién contárselo! ¡Además, no he ido para decirle, si tienes novia o no! ¡Necesitaba hablar con él, sobre el suceso de anoche con ese espíritu que tú llamas Blanca!

- ¡Mamá, ella dice que se llama Blanca, no soy yo quien la llamo por ese nombre!

- ¡Dices que es un espíritu! ¡Que yo sepa, los espíritus no tienen nombre! No será otra cosa ¿Y te está engañando?

- Mamá ¡Estoy harto de que juegues conmigo al escondite! ¡Blanca es un espíritu, y no se hable más!

Enriqueta lo miró desde la cabeza a los pies, reflexionando lo que iba a decirle.

- El Doctor Madrigal tiene razón, dice, tendrías que casarte, no es normal que un chico a tu edad no tenga novia.

Alejandro estaba preparado para marcharse, pero esto que su madre le dijo, le causó daño.

- ¡Por qué no me dices de una vez que me marche de casa! ¿No es eso lo que quieres?

- ¡Estás equivocado! ¡Cómo puedes pensar eso! Yo solo busco tu bien.

- ¡Pues si eso es cierto! No te metas en mi vida ¡Quien gobierna mi vida soy yo, y solo yo decido si me quiero quedar soltero o me caso! ¿Hay algo de malo en no casarse?

Enriqueta se molestó

- Alejandro ¡No me hables en ese tono, soy tu madre, y tengo derecho a opinar sobre tu vida!

Esta vez Alejandro se enfadó de verdad.

- Mamá ¡Mi vida es mía, y sólo yo la tengo que vivir a mi manera!

Enriqueta derramó unas lágrimas. Las madres hacen eso para enternecer a los hijos, y hagan, lo que ellas quieren.

- ¡Hijo mío, quiero lo mejor para ti! ¿Dudas que te quiero?

- No mamá. Pero quiero que sepas, que sólo me casaré cuando esté enamorado, no antes. La mujer que conquistaste mi corazón, será, la que lleve al altar. Y te prometo, que tendrás nietos.

Enriqueta cogió las manos de Alejandro, y se las llevó a las mejillas, diciendo.

- ¡Me gusta lo que me has dicho! ¡Tengo ganas de tener a mis nietos sentados en mi regazo!

Alejandro dobló la espalda hacia delante, y besó a su madre en la mejilla derecha. Ya incorporado miró su reloj de pulsera, y exclamó.

- ¡Mamá, tengo que marcharme, he quedado con Juan a las once y media! ¡Llevo el tiempo justo!

Enriqueta le hizo recordar.

- Fíjate en la chicas, baila con las que te dejen, y simpatizan con ellas. Estoy segura de que una tiene que haber que te guste. Hablarle con ternura, palabras que le lleguen al corazón.

- ¡Mamá, te estás convirtiendo en una celestina! ¡Ya con mis amigos soy parlanchin, pero cuando tengo delante a una hermosa mujer, tiemblo de cabeza a los pies, y las palabras no me salen! ¿Me parezco a papá en eso?

Enriqueta exclamó, al tiempo que hacia un gesto con la boca.

- ¡Qué barbaridad! ¿Tu parecerte a tu padre en cuestiones de amor? ¡Casi me tuve que insinuar a él, para que se arrancara! En eso era torpe, ahora tengo que pararlo. Ve una mujer joven, en la calle, se para, y la mira bien, y luego tiene la poca vergüenza de decirme - ¡Qué mujer más explosiva! Hay veces que lo tengo que amenazar diciéndole - ¡Esta noche duermes en el hueco de las escaleras! ¡Mira hijo, para no ir más lejos, hoy se ha enamorado de una mujer que no existe! ¡Será su edad que lo hace, y estoy segura, que empieza a chochear!

Alejandro estaba entusiasmado con la conversación que estaba manteniendo con su madre. Había algo que ella no sabía, y no quería decírselo hasta que no surgiera. Era referente a la situación de él. Era también por esa razón que Alejandro no tenía prisa por conocer a la mujer que compartiría su vida.

Alejandro advirtió a su madre.

- Mama, quisiera seguir esta conversación pero otro día. Hace rato que Juan me está esperando.

Enriqueta sintió de golpe algo de miedo.

- Hijo, si vuelve esa tal Blanca, y le da por hacer cualquier fechoría ¿Qué hago? Yo no se hacerle frente como tú ¡Es más, creo que me tiene algo de manía!

Alejandro se quedó pensando. Su madre tenía razón, pero lo más lógico, era que no volviera. Blanca le había confirmado que sólo estaba allí para encontrar al que había sido en vida su novio.

Trató de tranquilizar a su madre.

- Mamá, no te preocupes, duerme a pierna suelta, porque el espíritu de Blanca, ya no volverá.

- Bueno, me quedo más tranquila ¡Trata de divertirte esta noche! ¡Y sobretodo recuerda, una mujer en tu vida haría de ti un hombre feliz!

- ¡De acuerdo mamá, lo tendré en cuenta! - Dijo Alejandro con una sonrisa.

Cogió las llaves de su coche, y salió de la casa.

Juan esperaba como de costumbre en la puerta de la discoteca a que llegara su amigo Alejandro. El claxon de un coche hizo que girara la cabeza a la derecha, era Alejandro en un seat metalizado. Le hizo una señal de estar buscando aparcamiento. Juan se aproximó al coche, Alejandro le habló desde la ventanilla.

- ¿Hace rato que esperas?

- ¡Tío, siempre llegas con media hora de retraso! - Le reprochó Juan - A estas horas va a ser difícil de que encuentres un sitio para aparcar.

- Daré una vuelta y seguro que detrás de la discoteca encontraré- Alejandro advirtió - ¿Y los otros donde están?

- Al final se han rajado y me han llamado últimamente para decirme que no podían venir.

- ¡Sube al coche, e iremos juntos a aparcar!

Juan subió en el coche, y dos calles más arriba encontraron aparcamiento.

La discoteca Sutton, estaba casi llena de gente que bailaba en la pista, y otros, que ocupaban las mesas. Esta discoteca era la que mayormente frecuentaban. Les gustaba el estilo de música que el discjockey ponía, su variación era buena, y para todas las edades. También se exponía en la entrada, exposiciones de pintura. El servicio, también era bueno y respetuoso con los clientes.

Alejandro y Juan, llegaron hasta la barra. El camarero se acercó a ellos, y les preguntó.

- ¿Qué vais a tomar?



- Lo de siempre - Dijo Alejandro.

- ¡No sé lo que es lo de siempre! - Respondió el camarero - ¡Hay centenares de personas que vienen cada noche, y si tuviera que acordarme lo que bebe cada cliente!

- Dos cubalibres de ron - Contestó Alejandro - Es que cada vez que venimos, tomamos lo mismo, y pensé, que te acordabas.

El camarero se separó moviendo la cabeza y sonriendo, por lo gracioso que había sido este cliente.

Juan, no había estado atento a la ocurrencia que tuvo Alejandro. Sus ojos estaban fijos en dos chicas que bailaban, pues parecían chicas serias, no eran descaradas y bailaban con gracia.

Juan chasqueaba los dedos al ritmo del cha - cha - cha. Tocó el brazo de Alejandro para que se girara.

- ¡Mira esas dos chavalas que bailan en la pista! - Dijo Juan - Están deliciosas ¿no?

Alejandro afirmó, y dijo después de examinarlas.

- ¡Sí señor! ¡Dos buenas hembras! - ¿Te atreves con una?

- ¡Si tú te decides por la otra es posible! ¿Echamos suertes?

Alejandro extrajo una moneda del bolsillo derecho de su pantalón y luego dijo.

- ¡Qué prefieres, cara o cruz!

- Cara. Si sale cara pruebo con la rubia de pelo rizado, y que no para de sonreír ¿De acuerdo?

- Sí, y como no tengo para elegir probaré con la morenita ¡Parece tímida, ya se verá lo que sabe! ¡No creo que vaya a ceder! - Respondió Alejandro.

Cada uno cogió su vaso, y fueron a sentarse en una mesa que había vacía, depositando los vasos encima. Juan estaba impaciente por llegar a la pista, rápidamente lo hizo. Alejandro esperó que pasara algunos minutos, para que las chicas no advirtieran de que eran compinches.

Nada se esperaba, a lo que estaba a punto de suceder.

Alejandro observaba, la manera en que Juan se había acercado a las dos jóvenes que bailaban. Se colocó siguiendo el ritmo de un merengue al lado de la chica rubia. Él no perdía el tiempo, y fue, a lo que tenía pensado. Entabla conversación con la joven. Ella lo escuchaba con atención. Alejandro musitó - ¡Yo no tendré esa suerte!

De súbito oyó una voz que provenía detrás de él, y que le era conocida.

- ¡Por supuesto que no vas a tener la suerte de bailar con la morena maciza!

Alejandro rodeó la cabeza, y lo que menos esperaba encontrarse allí era, a Blanca. Ella rodeaba sus hombros con las manos. Él quiso incorporarse pero ella no lo dejó. Colocó su cara en la mejilla izquierda de Alejandro, y con la boca cerca del oído de él, le dijo.

- ¿Me querías engañar con la morena bastota?

- ¿Yo? - Respondió Alejandro algo alterado.

- ¡A tiempo he llegado antes que te rindieras en sus fuertes brazos! ¿Verdad que no querías verme enfadada?

- ¡No! ¡Por favor, no la lées aquí! ¡No sabría cómo defenderme de tus ataques de furia, y lo que es peor, me tomarían por un loco!

- Eres razonable ¿Creías que te podrías liberar de mí?

- ¡No! Nunca lo he pensado ¿Me crees capaz de eso?

- Sí, y de mucho más. ¡Sí en verdad no quieres librarte de mí, ve a la pista, y dile a la morena rellena de cacao, que no te apetece bailar con ella!

Alejandro estaba a punto de echarse a llorar.

- ¡No la conozco, ni sé quién es! ¿Estás buscando que esta noche me lleven de aquí al calabozo? ¡Si lo llego a saber, no vengo!

- Cuando esta tarde salí de tu casa ¿Creíste que me había ido para siempre?

- ¡Que va! ¡Y ahora, lo voy a creer menos! ¡Te tendré en mis sueños, y jamás, te podré olvidar!

- ¿Lo dices en serio?

- ¿Tengo yo cara de mentir en la situación que me encuentro en estos momentos?

- No. Pero no me fío, a los pocos años de yo morir, mi novio me había olvidado. Seguro que está casado y con hijos ¿Piensas que eso es normal, después de habernos jurado amor eterno?

Alejandro no sabía que responderle. Tenía que llevarle la corriente, no la podía contrariar y se le ocurrió decirle.

- ¡Se merece lo peor! ¡Vamos, si es a mí a quién me lo hacen, me las pagan!

- ¿Estás seguro? - Preguntó Blanca algo recelosa.

- ¡Sí, completamente!

- Ahora quiero que te dirijas a la pista, y le digas a la morena, que no bailas con ella.

Alejandro empezó hacer pucheros, y dijo medio llorando.

- ¡Pero si no la conozco! ¿Por qué me haces esto?

- Por la razón, que hasta que no dé con el paradero de mi novio, tú serás quién lo va a reemplazar.

- ¡Yo! - Exclamó Alejandro con espanto - ¿Por qué tengo que ser yo?

- Porque me gustaste desde el primer momento que te vi ¿Por qué crees que sigo a tu lado?

- Y mi amigo Juan ¿No te gusta? ¡Te aseguro que de él, sacarías más partido que de mí!

Blanca hizo una mueca de rechazo.

- ¡Es un blandengue, ayer lo comprobé cuando se sentó encima de mí!

- ¡Yo también soy así! ¡Estoy seguro que te has equivocado de hombre!

Blanca negó sonriendo. Pasó con suavidad sus finas manos, por el rostro de Alejandro, y exclamando diciendo.

- ¡Dios, que guapo eres! ¿Sabes por qué me pongo rabiosa?

- No.

- Porque soy conciente que conocerás a una joven radiante y hermosa. Con ella compartirás tu vida, tendréis hijos, y seréis felices.

Alejandro se sorprendió ¿Sería posible de que fuera verdad la premonición que acababa de hacerle? Y sobre este tema quiso saber más.

- ¿Estás segura de lo que dices? - Le preguntó.

- ¡Completamente!

- ¿Y cuando será esto?

Blanca cambió de tema para no decirle lo que próximamente iba a ser su destino.

- Estás pensando en regentar un restaurante ¿No es cierto?

- ¿Cómo lo sabes? ¡No lo he hablado con nadie!

- Lo que tu piensas, yo lo capto. Sólo es eso.

- ¿Sólo? ¿Te parece poco?

Juan hacía rato que seguía bailando entre las dos chicas. Miraba hacia donde se encontraba Alejandro, y esperaba que mirara a la pista para hacerle una señal, indicarle que se reuniera con ellos. Fue Blanca quien se lo comunicó.

- La morena te está esperando, y tu amigo se impacienta porque no llegas.

- ¡Es que no siento deseos de bailar, y me voy a quedar aquí! ¡No quiero hacer el ridículo!

- ¡Alejandro, no seas terco! ¡Cumple con la gordita, diciéndole, que no te apetece bailar con ella!

- ¡No soy capaz de hacer tal atrocidad! ¡No la conozco de nada! ¿Te gustaría a ti que te hicieran tal cosa?

Blanca se puso en jarras, y dijo algo exaltada.

- ¡Ya! ¿Crees que no me lo ha hecho mi novio? ¡Lloró mucho el día que me vio muerta, pero al poco tiempo, se olvidó de mí! ¡La gordita sufrirá menos! ¡Cómo no os conocéis la cosa cambia!

Alejandro se enfadó.

- ¡He dicho que no entró en la pista, y se acabó!

Blanca se puso chula.

- ¡Pues, vas a entrar en la pista, y bailarás conmigo!

- ¡Contigo no! - Dijo Alejandro hincándose de rodillas, y las manos juntas en penitencia - ¡Por favor te lo pido, no me hagas esto!

Juan había parado de bailar, al descubrir la posición que había adoptado Alejandro, parecía que estuviera rezando.

Las dos chicas que bailaban con Juan, también se habían fijado en lo que hacía el amigo de su acompañante, y la rubia que bailaba con Juan, le preguntó.

- ¿Por qué reza tu amigo? ¿Le ocurre algo?

- No lo sé, pero pronto voy a salir de dudas.

Juan salió de la pista, y llegó hasta donde se encontraba Alejandro todavía de rodillas, y suplicando.

Lo miró confuso.

No solamente él, se había fijado en el estado en que estaba. También lo observaban otras parejas que seguían sentadas, y dos camareros que se encontraban por allí, y que estaban decididos a preguntarle a Alejandro qué le ocurría.

Juan cogió los brazos a Alejandro, y lo fue levantando del suelo. Cuando lo consiguió, le preguntó.

- ¿Qué estabas haciendo?

Alejandro cogió asiento en el sillón donde estaba antes. Sacó un pañuelo blanco del bolsillo derecho de su pantalón, y se estuvo secando el sudor de la cara.

- ¿Qué es lo que te ha obligado a que hicieras esto? ¡Tío, todos te están mirando! ¡Y más que en una discoteca parece que estés en una iglesia!

Alejandro señalaba con el dedo frente a él. Juan se dio la vuelta para mirar quién había, y al no ver a nadie, le preguntó.

- ¿Qué me estás indicando?

- ¡Blanca está precisamente detrás de ti!
- ¿Blanca dices? ¡Sólo lo que hay aquí es la pared!
- ¡Sé que no la puedes ver, pero si te digo que está, es que está!

Juan hizo un movimiento de brazos en desorden a lo que estaba sucediendo, y no estando de acuerdo, respondió.

- ¡Aquí está la pared! - Dijo dando dos palmadas en el tapizado espacio de la pared - ¡Cómo puedes pensar, que Blanca iba a venir a una discoteca! ¿Tan obsesionado estás con ella, que hasta en el baile la ves?

En ese instante se oyó sonar una rumba. Blanca que detestaba que la ignorasen. Agarró las manos de Juan, y empezó a bailar con él, al ritmo de la rumba. Los que habían sentados cerca, tuvieron que apartar los pies para no tropezar con los de Juan. Un camarero que no apartaba la vista de ellos, se acercó. Tocó con su mano derecha el hombro izquierdo de Juan, y le dijo.

- Señor, vaya a bailar a la pista, aquí está molestando a las demás personas.

- ¡Es que no me dejan! ¿Quieres ayudarme a llegar a la pista?

- ¿Cómo? - Preguntó el camarero extrañado.

- ¡Coge mi mano y estira de ella, a ver si de esa manera, lo puedo conseguir!

El camarero se dirigió a Alejandro, y algo picado le aconsejó.

- ¡Dile a tu amigo, que no haga el tonto! ¡O lo acompañas tú a la pista, o hago que os echen por alboroto!

Alejandro afirmó, y luego dijo.

- ¡Es que no sé si va a poder ser!

- ¿También tú te estás quedando conmigo? - Dijo el camarero algo enfadado - ¡Os doy cinco minutos, si en ese tiempo, no estáis bailando en la pista, llamo a seguridad! ¿Entendido?

A Blanca, no le gustó el tono en que el camarero había hablado a Alejandro. Él, la estaba viendo venir, y se esperaba lo

peor. Sacudió la mano derecha, observando el gesto que Blanca hizo meneando la cabeza. Con la mirada puesta en el camarero Blanca soltó a Juan, y agarró al camarero por las manos, al tiempo que empezaba una salsa, el tico - tico. El camarero había enloquecido, con ese ritmo, tan sabrosón. Quería detenerse, pero no podía, trataba de agarrarse una mano, para sujetarla, pero era imposible de llegar a cogérsela. Una fuerza superior hacía que siguiera bailando. La cara la tenía descompuesta, sólo le faltaba ponerse a gritar, y eso fue lo que hizo.

- ¡Seguridad! ¡Seguridad! ¡Que alguien venga en mi ayuda!

Uno de seguridad, un joven alto y fuerte, llegó hasta el camarero, que no paraba de menear los brazos y las caderas con arte. El guardia de seguridad se colocó frente al camarero, y le dijo.

- ¡Hombre, para de bailar! ¡Tanto tú como yo estamos aquí, para trabajar! ¿No te parece?

- ¡Sí tienes razón! ¿Pero cómo paro?

- ¡Deja los pies quietos, y las manos también, y verás como de esa manera puedes parar!

- ¡Dímelo tú, cómo tengo que hacerlo, es que yo no sé!

El guardia de seguridad, se aproximó a Alejandro, y a Juan, que con una sonrisa, iban siguiendo todo el proceso. Les dio una orden diciéndoles.

- ¡Detener al camarero, ya que habéis sido vosotros que habéis provocado todo este escándalo!

Alejandro y Juan, negaron a la vez. Fue Juan quien dijo.

- ¡A mi también me ha cogido por sorpresa!

- ¿Quién te ha cogido? - Le preguntó el guarda.

Juan miró a Alejandro, y señalándolo con el dedo, respondió.

- ¡Preguntárselo a este, él lo sabe!

El guarda jurado, con el semblante serio, le dijo a Alejandro.

- ¡Di todo lo que sepas, y no te guardes nada!

Alejandro levantó los hombros, y dijo.

- ¡A mi que me registren, sé lo mismo que tú!

Había parado de sonar el tico - tico. El camarero se vio más aliviado, y creyendo que el baile para él había cesado, se dio la vuelta para dar una explicación al guarda jurado. Pero al instante, empezó a sonar, disco, Blanca lo volvió a agarrar, y colocándose detrás de él, hizo que siguiera el ritmo de sábado noche. Los clientes que se hallaban sentados cerca, se pusieron en pie, y salieron, dejando el sitio al camarero para que demostrara a todos los presentes el bailarín que llevaba dentro.

Alejandro, sólo tenía ojos para mirar a Blanca, todos los bailes que se iba marcando. Seguro que en vida había sido buena bailarina.

El camarero llamaba a gritos al guarda jurado y a todos quién lo pudieran sacar del laberinto en donde estaba. El guarda se acercó, y pegándole un grito le dijo.

- ¡Para de una vez de hacer el gilipollas! ¿No te has dado cuenta de que estás convirtiendo la discoteca en un circo?

- ¡Para eso se necesitan payasos! ¿No crees? - respondió el camarero.

- ¿Te parece poco el payaso que tú estás hecho?

Blanca no quería que la molestaran cuando estaba bailando, y menos, insultos. Ella era muy seria para eso. Y sin que el guarda lo esperara, le pegó un bofetón.

El guarda se enfureció y arremetió contra el camarero, diciéndole.

- ¡Deja la mano quieta, y no me vuelvas a pegar otra vez, estoy aquí para ayudarte!

El camarero se disculpó.

- ¡Perdona, pero como que llevo las manos de un lado hacia otro, no sé, a donde las pongo!

Blanca no estaba conforme con un bofetón, que le arreó otro.

El guarda se enfadó seriamente.



- ¡Mira tío, si me pegas otra vez te reduzco a cero! ¿Me has entendido?

- ¡Sí! ¡Te he entendido bien, y perdona otra vez, pero no soy yo quién te está pegando!

El guarda perdió los nervios. Agarró al camarero por la solapa, y le dijo muy cerca de su cara.

- ¡A la salida te espero, a ver si en la calle eres igual de valiente!

El encargado advirtió que algo raro estaba sucediendo en un lateral de la discoteca. Los clientes permanecían de pié, pero riendo de ver al camarero que no cesaba de bailar. Y al mismo tiempo pedía que lo ayudaran. Estaban todos partidos de la risa.

El encargado se acercó al camarero, y al guarda que seguía a su lado, con la cara a punto de explotarle. Se dirigió al camarero diciéndole.

- ¡Hombre, para ya de hacer el ridículo! ¡Te advierto, que estás trabajando!

- ¡Sí, es lo que quiero que alguien me pare, pero nadie lo quiere hacer! - Respondió, con la voz cansada de todo el baile que se estaba marcando.

El encargado obró rápidamente. Se colocó por detrás del camarero, y lo abrazó sujetándole los brazos y el cuerpo, para que no se pudiese mover.

Blanca se había quedado entre el camarero y el encargado. Estaba rabiosa, y con gana de gresca ¡A ella nadie le hacía esto, menuda era! Salió a la velocidad del rayo, y se colocó detrás del encargado, y con furia le propinó una patada en el trasero. El encargado pegó un bote, y se fijó en Alejandro y en Juan, que justo estaban detrás de él. Alejandro que todo lo había presenciado, se defendió antes de que el encargado descargara sobre él, y dijo con algo de miedo.

- ¡Yo no he sido!

Juan se defendió también, antes de que el encargado arremetiera contra él.

- ¡Yo tampoco he sido!

El encargado soltó al camarero, y se dirigió a ellos, a punto de explotar, se descaró diciendo.

- ¿Me estáis tomando por imbécil?

Alejandro y Juan, negaron a la vez.

Blanca se colocó frente a los tres, y dirigiéndose a Alejandro, le dijo mal humorada.

- ¡Este tío necesita un escarmiento, y se lo voy a dar!

Alejandro intervino rápidamente diciendo.

- ¡Déjalo todo como está, lo vas a empeorar más!

El encargado se dio por aludido. Con el índice levantado, le recomendó.

- ¡Aquí, los que estáis formando jaleo, sois vosotros dos! ¡Y pido, que os disculpéis conmigo!

- ¡De eso nada! - Contestó Blanca - ¡Es él, quién tiene que disculparse conmigo!

- ¿Por qué? - Preguntó Alejandro a Blanca.

- ¡Te crees muy listo! ¿No? - Contestó el encargado.

- ¡No te está hablando a ti! - Dijo Juan.

- ¿A quién se lo dice? - Preguntó el encargado.

Juan contestó lo que sabía.

- ¡A una chica que se llama Blanca!

- ¡Aquí no hay ninguna, los que estamos, somos hombres!

- ¿Hombres? ¿Y yo que soy? - Dijo Blanca lanzada para empezar de nuevo.

Alejandro de sobras sabía que los platos rotos los iba a pagar él. Y dirigiéndose a ella le dijo, suplicándole con las manos juntas.

- ¡Por favor te lo pido, deja de hacer barbaridades! ¿No crees, que ya has hecho bastantes?

- ¿A quién le estás hablando? - Preguntó el encargado.

Juan fue quién contesto, pues, Alejandro no se había dado cuenta de que le estaban hablando.

- ¡Habla con Blanca!
- ¡Quiero conocerla! - Pidió el encargado siguiendo la broma.
- ¡Es mejor que no la conozcas! ¿Te has fijado en lo que te ha hecho? ¡Pues, eso no es nada comparado, a lo que me hizo a mí!

El encargado no creía ni una sola palabra de lo que decía Juan. Pero con ganas de reírse un rato y burlarse de él, le pregunto muy seriamente.

- ¡Cuenta muchacho! ¿Qué te hizo?
- ¡No puedo contarle, es demasiado bochornoso para un hombre!

El encargado quería saberlo todo sobre esa tal blanca, y siguió insistiendo.

- ¡Venga cuéntame sólo un poquito!
- ¡Es que, no se si debo hacerlo! - Contestó Juan.
- ¿Quién te lo prohíbe? - Seguía insistiendo, el encargado con cara de burla.
- ¡Nadie!, ¡pero es que Blanca está aquí, y puede que se enfade conmigo!

Juan miró a Alejandro, pidiéndole permiso. Alejandro levantó los hombros, al tiempo que hacía una mueca. Blanca esperaba impaciente por lo que Juan pudiese decir. El camarero y el guarda jurado, esperaban con el oído puesto, para oír, lo que Juan iba a contar. Todos estaban interesados en saberlo.

El encargado se impacientaba.

- ¡Muchacho, empieza a contar ya!
- ¡Va por ti Blanca! - Dijo Juan mirando hacia arriba. Y seguidamente empezó diciendo.
- ¡Todo empezó ayer por la tarde dentro del coche de este! - Dijo, señalando a Alejandro - ¡No lo creía, al decirme que dentro de su coche, y en el asiento del viajero se hallaba sentada una joven rubia! ¡Me asomé por la ventanilla para comprobar si era cierto lo que decía, y mi sorpresa fue al comprobar, que el asiento, estaba vacío! ¡No lo creí y me subí, sentándome encima

de Blanca! ¡Ella hizo de mí, todo lo que quiso, o las sensaciones que sentía, eran enormes, por todo mi cuerpo!

El encargado lanzó una carcajada y juntando los dos índices dijo con ironía.

- ¡Vosotros dos! ¿Eh? ¡Pues no lo parecéis!

Alejandro saltó.

- ¡No pienses cosas que no existen! ¡Somos hombres muy enteros!

El encargado insistió haciéndose el gracioso.

- ¡Supongo, que los dos sentiríais las mismas sensaciones!

Blanca dio un palmetazo con las palmas de sus manos, y con la cara llena de ira dijo.

- ¡Este tío necesita un escarmiento!

Alejandro sonrió, era cierto que lo merecía.

En ese momento estaba sonando un riquísimo mambo. Blanca se agarró a la cintura del encargado, y dándole una voltereta, lo mantuvo con su cuerpo al ritmo del mambo cubano. El encargado no podía defenderse de esa fuerza salvaje que le hacía bailar. Daba vueltas y más vueltas, pero sin perder el ritmo. El público que baila en la pista, no querían perderse lo que estaba sucediendo fuera, y todos agrupados, acudieron fuera de la pista, para poder ver mejor el espectáculo que se estaba dando.

Blanca al advertir que la pista se había quedado vacía, aprovechó para llevar hasta ella, al encargado burlón y bailón. La pista era toda para ellos, pero los asistentes, veían sólo al encargado, quebrándose en ritmo. Pedía ayuda a gritos, estiraba los brazos para poderse coger a alguien.

Blanca estaba harta de él, y quería acabar, lo más pronto posible. Lo tiró de espaldas al suelo, con sus dos manos lo cogió fuerte por los tobillos, y empezó a dar vueltas con él. La cabeza le iba casi rozando el suelo, pero los giros eran tan rápidos, que no podía ocurrir. El encargado se había quedado abierto de

piernas, y en medio se encontraba Blanca disfrutando de la comedia musical que estaban los dos interpretando.

El público gritaba al ver la cabeza del encargado rozando casi el suelo de la pista. Todos se iban apartando, y corrían para cobijarse detrás de las mesas. Alguien del público gritó.

- ¡Llamar a un exorcista!

Otro del público gritaba.

- ¡Por favor que venga alguien en nuestra ayuda, que vamos a morir todos aquí como ratoncillos!

Sólo Alejandro tenía la solución, y era quien iba a terminar con todo ese enredo que Blanca había empezado. Fue corriendo hacia la pista, y de un salto se colocó frente a Blanca. Al pasar la cabeza del encargado cerca de los pies de Alejandro, éste dio un brinco, y dejó que pasara. Extendió su voz para que Blanca lo oyera, pues el mambo cubano, aún no había acabado, y dijo.

- ¡Blanca, deja a este pobre hombre! ¿No te das cuenta de que lo vas a matar?

En ese instante, volvió a pasar la cabeza del encargado. Alejandro dio otro brinco.

El mambo terminó de sonar, y la música cesó. No podía seguir con el panorama que había. Alejandro seguía gritándole a Blanca.

- ¡Deja de dar vueltas, este hombre va a terminar desnucado!

- ¡A quién le está gritando! - Preguntó el camarero.

- ¡A Blanca! - Respondió Juan.

- ¿Quién es esta Blanca? - Siguió preguntando el camarero.

- ¡Es la joven que ha bailado contigo música disco!

El camarero se enfadó, y dijo.

- ¡Eres un liante, y tu amigo también, si estuviera aquí esa tal Blanca, todos la veríamos como os vemos a vosotros!

- ¡Ten cuidado con lo que dices, porque Blanca es mucho Blanca, y puede ser que tengas otro susto con ella!

- ¡Me gustaría! - Afirmó el camarero. ¡No sé quién es, y me ha dejado un buen sabor! ¡Yo que nunca he sabido mover un pie, me he dado cuenta, que soy un gran bailarín!

Blanca sin música no hacía nada. Era una gran bailarina, pero siguiendo un ritmo.

Dejó en el suelo al encargado, con los brazos en cruz, y las piernas abiertas. Los ojos cerrados, la cara enrojecida, y la respiración agitada.

- ¡Que llamen a un médico! - Dijo Alejandro gritando.

Blanca lo paró diciendo.

- ¡No necesita un médico! ¡Este tío es fuerte, y en cinco minutos se levantara del suelo!

Era cierto, no llegó a cinco minutos, cuando el encargado comenzó a moverse, y seguidamente, se quedó sentado. Miraba todo a su alrededor, que estaban pendientes de él. El camarero y el guarda jurado fueron a su encuentro, y lo ayudaron a que se pusiera en pie. El guarda le preguntó.

- ¿Llamo a un médico?

El encargado seguía con mareo, y con las manos sujetando la cabeza respondió.

- Estoy bien. Pero lo que no entiendo ¿Qué me ha podido suceder? ¿Lo habéis visto?

El camarero expuso lo que vio.

- ¡Era una especie de embrujamiento lo que tenías, algo superior, que no te dejaba, una especie de vampiresa que te hacía girar y girar!

Blanca se manifestó diciendo.

- ¡Me ha llamado vampiresa!

Alejandro la corrigió.

- ¡Algo de eso hay, has salido de una tumba!

- ¿Quién yo? - Replicó el encargado.

- ¡No, ésta! - Respondió Alejandro señalando al sitio donde Blanca se hallaba.

- ¡Estoy para perder la cabeza, todo me da vueltas! ¡Darme una aspirina, necesito que se me vaya el dolor de nuca!

El camarero fue rápidamente a llevarle al encargado el calmante que había pedido.

De nuevo todo volvió a la calma. El público entró en la pista bailando cha - cha - cha, aunque no olvidarían la noche que habían vivido en la discoteca Sutton. Fue algo, para no olvidarlo jamás.

Alejandro decidió marcharse, si lo hacía, Blanca también se iría con él y con Juan. Era posible que surgiera otro inconveniente y Blanca volvería a dar la nota. Cualquier cosa por muy pequeña que fuera, le afectaba, era muy susceptible.

Alejandro y Juan se despidieron a la salida de la discoteca, y fueron a encontrarse con sus respectivos coches.

Alejandro de regreso a su casa, iba pensando mientras conducía, en Blanca, la última vez que la vio, fue en la discoteca. Rodeó la cabeza para mirar si estaba en los asientos traseros del coche. No la encontró, sonrió al descubrir que iba sólo, se sintió aliviado, y lanzó una carcajada. Dijo en alto.

- ¡Al fin sólo! ¡Pero tengo que reconocer, que Blanca es divertida, y sobretodo, muy mujer!

Iba por la plaza Frances Macià, miró por el retrovisor, y su sorpresa fue grande, al descubrir el rostro sonriente de Blanca, a través del espejo.

Ella saltó por encima del asiento, y fue a sentarse, junto a Alejandro, que conducía sin mirar las calles por el nerviosismo que le había entrado. Blanca le reprochó.

- ¿Creías que te habías librado de mi?

- ¡Cómo iba a pensar yo eso! - Dijo Alejandro para apaciguar las aguas.

Blanca le cogió una oreja, y dijo con ironía.

- ¿Te estás quedando conmigo?

- ¡Otra vez estás pensando mal!

- ¡Te advierto que soy un espíritu, y no pienso!

Alejandro la miró mientras conducía, y sorprendido le preguntó.

- ¿Los espíritus no pensáis?

- No.

- ¡Pues, si es así! ¿Por qué actúas del modo que lo haces?

- ¡Precisamente, porque no pienso!

- Entonces ¡Lo haces al tuntún!

- ¿Me estás llamando tonta? - Dijo Blanca algo enfadada.

Alejandro detuvo el coche justo a la vuelta de la esquina. Conocía bien a Blanca, y su mal genio. Había dicho algo, que a ella no le gustó.

- ¡Perdóname Blanca, no he querido ofenderte!

Por la calle atrás venía un coche rojo, lo conducía un joven. Iban con él, tres acompañantes, un chico, y dos chicas. Una iba sentada al lado del conductor. Venían de divertirse, y a parte de ir algo bebidos, iban armando jaleo. Al rodear la esquina, el joven conductor no le dio tiempo de frenar, y fue a estamparse de morros con el trasero del coche de Alejandro. La sacudida fue fuerte, desprendiendo y tirando al suelo, la matrícula del coche.

Blanca enfureció. Alejandro trató de tranquilizarla diciéndole.

- ¡La culpa es mía, no tenía que haberme parado aquí!

Blanca enfureció más.

- ¡La culpa es de quién pega por detrás! ¿No conoces el código?

- ¡Sí, pero era yo quién me había parado, y justo aquí, donde los coches dan la vuelta!

En esos instantes llegó el joven que conducía el coche de atrás, se quedó delante de la ventanilla, y con algo de mala leche le dijo a Alejandro.

- ¿Te vas a quedar ahí? ¡Sal del coche, que tenemos que arreglar cuentas!



No tardaron en llegar, el amigo y las dos acompañantes, armando jaleo para que Alejandro diera la cara. Blanca le insinuó.

- ¿Te dan miedo?

- ¡A mí este no me da miedo ninguno! ¡Con él, acabo rápido!

El joven se dirigió a sus amigos diciéndoles.

- ¡Encima de torpe, chulo!

Blanca pegó un empujón a Alejandro para que saliera del coche. Cuando estuvo fuera, y vio que los dos jóvenes iban a por él. Sacó pecho enfrentándose con los dos. Cómo eran dos contra uno, e iban algo bebidos, el que conducía, le pegó un golpe en el hombro izquierdo. Su amigo, sujetó a Alejandro para que no se defendiera, y seguir pegándole.

Blanca abrió la puerta del coche y salió. Sonreía con ironía viendo la paliza que estaba recibiendo Alejandro. No se estaba alegrando por él, sino por el jaleo que estaban los tres hombres formando. Mientras que ellos se pegaban se acercó a las dos chicas que estaban de espectadoras. Las observaba de la manera que vestían y que iban peinadas. No se correspondía al modo en que iba vestida ella. Una de las chicas portaba un carmín en los labios, muy pronunciado y algo grosero. Blanca alargó su mano y con el dedo pulgar, limpió los labios de esta joven. Ella que animaba a los chicos para que siguiera la pelea, al igual que lo hacía su amiga. Se giró hacia ella, y le propinó un empujón, al tiempo que le decía gritando.

- ¿Tía, estás loca? ¡Mira la boca que me has dejado, el carmín me llega hasta la barbilla!

La amiga se enfureció cuando casi cayó al suelo del empujón recibido, y yendo hacia su amiga, la agarró del moño y estiró. Mientras repetía con la voz desgarrada.

- ¡Esto, no se va a quedar así, y si quieres pelea, la vamos a tener!

Las dos amigas se engancharon como dos tigresas en celo. Dándose guantadas de derecha a izquierda. Tampoco dejaban de estirarse del pelo, mientras que se insultaban, y se decían de todo. Los gritos que pagaban llegaron a los oídos de los supuestos novios, que aunque estaban en activo con la pelea que habían emprendido con Alejandro, los sacó del barullo, y prestaron atención a ellas. Los dos amigos se miraron, y decidieron ir a separar a sus respectivas novias. Alejandro se quedó a medias, y les gritó diciéndoles.

- ¡Estáis huyendo como cobardes! ¿Me tenéis miedo?

Uno de los amigos le contestó.

- ¡Espera a que sepamos lo que le sucede a estas, y luego volvemos contigo!

Cada chico cogió a su chica, y las separaron. Las dos estaban con los pelos revueltos, la cara arañada, el rimel de los ojos corrido, una de las amigas, la falda arrancada, viéndosele las bragas de color negro.

Blanca no veía justo, que una amiga llevase falda y la otra no, y lo más adecuado, era que las dos salieran empatadas. Y se agarró al vestido gris oscuro que portaba la otra. Cogió el vestido por la cintura, y lo rasgó, hasta dejarlo desprendido del talle. Esta, también se quedó en bragas, de un rojo vivo. Su locura llegó hasta el final, al darse cuenta, que se había quedado casi desnuda. Se soltó de las garras de su novio, y se lanzó contra su amiga. La volvió a coger de los pelos, y gritando le dijo.

- ¡Voy a pegarte una paliza, tía fea y rara!

La amiga se defendía diciendo.

- ¡Has sido tú la que has empezado, quitándome el rojo de los labios!

- ¡Mentirosa, yo no te he tocado, todo te lo estás inventando!

Los respectivos novios, las volvieron a sujetar. Las dos estaban, escandalosamente violentas, y con ganas de volver a agarrarse.

Blanca se cruzó de brazos, y dijo.

- ¿Aquí se ha terminado todo? ¡No he iniciado esto para que se quede, en cuatro manotazos!

- ¿Quieres ver la sangre correr? - Le preguntó Alejandro con ironía.

Los dos chicos que seguían sujetando a sus novias, se fijaron en Alejandro. Uno de ellos preguntó con enfado.

- ¿Estás esperando que se maten? ¡Cuando acabe con todo esto, vuelvo otra vez contigo! ¡No eres un hombre, si ahora te vas corriendo!

- ¡Mira lo que hago! - Respondió Alejandro sentándose en el bordillo de la acera.

- ¡Te lo digo por si acaso!

Dos coches venían por la calle, y al no poder pasar se pararon. Los pasajeros salieron de sus respectivos coches para prestar ayuda.

- ¿Ocurre algo? - Preguntó un hombre de unos cuarenta años.

Los dos jóvenes se lo quedaron mirando, y uno de ellos le respondió con malos modales.

- ¡Quién te ha dado vela en este entierro!

Blanca al oír esta última frase, se alarmó y dijo.

- ¡Hace años que estoy enterrada!

- ¡No te lo estaba diciendo a ti! - Aclaró Alejandro.

El hombre que preguntó, dijo.

- ¿A quién se lo decía?

Los dos jóvenes intercambiaron miradas. Estaban hartos de sostener a sus novias, y juntos las soltaron. El primer joven les previno.

- ¡Dejad de comportaros como niñas, cuando erais pequeñas, jugabais a las muñecas, y ahora os estáis destrozando vivas!

Se agruparon a ellos las demás gentes que viajaban en los coches. Miraban a las dos amigas con curiosidad y asombro, su desnudez.

Los dos jóvenes no podían seguir con la pelea que habían iniciado con Alejandro, había demasiada gente y no era lo mismo y decidieron abandonar.

Alejandro de regreso a su casa, iba pensando en lo sucedido. Al instante advirtió, que Blanca no iba con él. Se llenó de alegría al encontrarse sólo. Quizá se pudo quedar con alguno de los que conducían los coches. Si era así, le daba gracias al cielo, de haber podido quitársela de encima, aunque, en alguna ocasión, la echaría de menos. Recordaba todas las peripecias que le había causado a él, y a sus padres. Su madre quedó de ella hasta la coronilla, incluso, más arriba. Su padre llegó a verla, y se enamoró de ella perdidamente, hasta tal punto, de llegar a creer que era de carne y hueso. Alejandro la había aceptado, tal como era.

Alejandro llegó a su casa a las cuatro de la madrugada. Enriqueta hacía que dormía, pero cuando oyó a su hijo entrar y luego cerrar la puerta, se levantó de la cama y fue a su encuentro. Alejandro iba con los pelos revueltos, la mejilla derecha rojiza de un puñetazo que recibió de uno de los jóvenes. La manga de la camisa descosida y arrancada, el cinturón del pantalón a medio abrochar.

El asombro de Enriqueta fue enorme al ver a su hijo en ese estado. Y lo primero que hizo fue preguntarle con un tono inquisidor,

- ¿De donde vienes a estas horas?

Alejandro casi abatido se sentó en un sillón, y con desgana respondió.

- De la discoteca.

- ¿Con cuantos te has pegado? - Siguió preguntando, que más que una pregunta era un regañadientes.

Alejandro se levantó del sillón, y con un gesto de cansancio, dijo.

- ¡Me voy a la cama!

Enriqueta lo detuvo por un brazo.

- ¿Vas a responderme a la pregunta que te he hecho? ¿Con quién te has pegado?

- Con dos chicos ¿Estás ya contenta? Suéltame el brazo.

Alejandro iba llegando a su dormitorio. Oyó la voz de su madre que le decía.

- ¡No vuelvas a traer aquí, a esa tal Blanca! ¿Me estás oyendo?

- Mamá, yo no he traído a casa a Blanca, es ella sola, quién ha venido.

- Seguro que algún día le diste la dirección ¿Cómo puede saber donde vivimos?

- Mama, ¡Te he dicho un montón de veces, que Blanca es un espíritu! ¡Los espíritus, se desplazan, es como si tuviesen alas!

- ¿Blanca las tiene?

- ¡No lo sé! ¡Déjame ahora, quiero irme a dormir!

- ¡Mañana como es domingo te levantarás a las dos, a la hora de la comida! ¿No es cierto?

En ese instante, Alejandro recordó.

- Mamá, mañana, despiértame a las nueve.

- ¿Qué? - Exclamó Enriqueta - ¿A dónde vas tan temprano?

- He quedado con un mediador, para ir a ver un restaurante.

- ¿Qué vas a ver, un restaurante?

- Eso es.

- ¿Para qué?

- Para regentarlo si me gusta. Hace tiempo que quiero cambiar de trabajo ¿No quieres que me case, y que tenga hijos?

- ¡Claro que sí hijo mío! ¿Vas a regentar un restaurante tú sólo?

- Cuento contigo y con papá.

- ¿Con nosotros? ¿Por qué?

- Por la sencilla razón que no tengo dinero para pagar sueldos. Tú trabajarías en la cocina, papá en la barra del bar, y yo de camarero, para servir las mesas.

- ¡Lo tienes todo calculado! - Dijo Enriqueta frunciendo el entrecejo - ¿Por qué crees que tú padre y yo, vamos a ceder?

- ¡Porque sois mis padres, y yo, vuestro hijo único!

Alejandro se giró para entrar en su dormitorio, su madre le preguntó.

- ¿Estás seguro de que esa tal Blanca no volverá más?

- Mamá, es un espíritu, y no sé que puede hacer. Me ha dicho, que cuando encuentre al que fue su novio, y se vengue de él, se irá - Respondió Alejandro algo cansado.

- ¿De qué manera se va a vengar?

- Mamá ¡Basta ya de preguntas, necesito dormir! ¡Y recuerda, despiértame a las nueve!

Enriqueta hubiera querido preguntarle a su hijo más cosas que se le quedaban en el aire, pero él, lo único que deseaba era irse a la cama. También, el cuerpo le dolía, lo tenía magullado del forcejeo que había tenido con los dos jóvenes. Y por si era poco, todo lo que había vivido esa noche en la discoteca con Blanca. No le dio opción a su madre para que siguiera preguntándole.

Cerró la puerta de su dormitorio, quedando delante, su madre con la mirada pasiva. Musitó:

- Este hijo mío, últimamente no me gusta el comportamiento que tiene.

Podía verse por debajo de la puerta del dormitorio, el reflejo de la lámpara que daba luz. Estuvo encendida unos cinco minutos, después de este tiempo quedó la rendija a oscuras. Enriqueta volvió a la cama. Su marido seguía igual que lo había dejado, roncando.

- ¡Qué suplicio señor! - Dijo en voz alta - Se acostó haciendo que él, se despertara. Se sentó en la cama, y encendió la luz de la lámpara de la mesita de noche. Pablo seguía roncando, y traspuesto en el sueño profundo de la madrugada.

Enriqueta le dio un codazo en el hombro izquierdo. Este golpe hizo que los ronquidos se cortaran, y que Pablo cambiara de postura, sin interrumpir el sueño. De espaldas a Enriqueta Pablo dijo mientras bostezaba.

- Apaga esa luz.

- ¡Pablo despierta! - Dijo Enriqueta dándole dos palmadas en la espalda.

Pablo se fue dando la vuelta despacio. Consultó su reloj de pulsera, y preguntó.

- ¿Qué haces despierta a estas horas?

- ¡Pues ahora acaba de llegar Alejandro! ¿Sabes que le han pegado una paliza?

Pablo cogió la misma posición, se sentó en la cama y sin dejar de mirar a su mujer le preguntó.

- ¿Quién le ha pegado?

- No me lo ha querido decir, alude de que han sido dos jóvenes, pero eso no me lo creo.

La preocupación de Pablo aumentó.

- ¡Jamás se ha pegado con nadie, esta es la primera vez! ¿No te parece extraño?

- Mucho, y si tu estás preocupado, más lo estoy yo.

- ¿Dónde está ahora?

- En la cama. Me ha pedido que lo despierte a las nueve. Dice que va a ver un restaurante para regentarlo con nosotros dos.

- ¿Cómo? ¿Contigo y conmigo?

- ¡Eso es!

- ¿Te ha hablado de esa tal Blanca? ¿Sabes si volverá a venir?

Enriqueta transformó su cara, no le gustó que le preguntara por Blanca, porque sabía con qué intenciones lo hacía, y se enfado.

- ¡Eres un viejo verde, sólo piensas en el sexo!

- ¿Quieres decir que Alejandro y ella son más que amigos?

Enriqueta negó, y lanzó un suspiro de resignación, le pegó un cachete en el hombro diciéndole.

- ¡Blanca no existe, es sólo una fantasía que tiene Alejandro!

A Pablo se le iluminaron los ojos.

- ¿También Blanca es una fantasía mía? ¡La he visto, cómo te estoy viendo a ti! - Dijo con la mirada soñadora - ¡Es guapa, elegante y baila como un ángel! ¡Qué se le puede pedir más, ahora me doy cuenta que Alejandro esté enamorado de ella!

- ¿De quién, de Blanca? - Preguntó Enriqueta con indignación.

- ¿De quién va a ser? - Respondió Pablo con suma certeza.



- ¡Que no te has enterado! - Replicó Enriqueta con indignación - ¡Te vuelvo a repetir, que Blanca no existe, es un espíritu!

- Ese espíritu, a mí me gusta - Confesó Pablo.

Enriqueta se enfadó, y con un ataque de celos dijo.

- ¡Pues, ahora quiero que te vayas con esa tal Blanca, y no vuelvas! ¿Qué tiene ella que no tenga yo?

- Juventud, belleza y simpatía ¡ah!, y que baila maravillosamente bien.

Enriqueta se enfadó aún más.

- ¡Tonto, más que tonto! ¡Ella no puede tener nada de eso, porque hace quince años que está enterrada!

- ¡Pues nadie lo diría!

- ¿Cómo que nadie lo diría? ¡Es que no la ve nadie, solo la puede ver y oír Alejandro, y por lo visto hizo que tú la vieras también!

Pablo no quería seguir la conversación, eran las cuatro y media de la madrugada, y aunque ya era Domingo y no tenía que irse a trabajar, necesitaba dormir. Antes de darse la vuelta le recomendó a Enriqueta.

- ¡Si ronco, no me despiertes, cada noche ocurre lo mismo, también tu roncas, y no te despierto!

- Te lo estás inventando - Dijo Enriqueta - Si yo roncara, me despertaría. Voy hacer algo que dicen es infalible ¡Pero para que tú no ronques!

- ¡No se te vaya a ocurrir hacerme algo mientras estoy dormido!

- ¿Me has cogido miedo? - Preguntó Enriqueta.

- ¿Por qué voy a tenértelo?

- ¡Es que últimamente estás raro!

- Como siempre - Dijo Pablo dando un bostezo - ¿De qué se trata eso que quieres hacerme?

- Dicen que no falla, si se coloca una llave grande de casa antigua debajo de la almohada de la persona que ronca, y deja de hacerlo.

- ¿Crees en esa tontería? ¡Una llave, no hace milagros, sólo sirve para abrir puertas!
- ¡Por probar que no quede! - Acentuó Enriqueta.

Alejandro dormía profundamente. Las tres veces que su madre lo llamó, no respondió y siguió durmiendo. Ella lo zarandeo por el hombro, y seguidamente fue a abrir la ventana para que entrara la luz del día, y el aire.

Alejandro se revolvió en la cama frotando los ojos con los puños, y aún casi dormido le preguntó a su madre.

- ¿Porqué abres la ventana? ¡Déjame dormir!

Enriqueta había llegado a la cama. Agarró de la mesita de noche el despertador, y mostrándoselo a su hijo le señaló diciendo.

- ¿Te has fijado en la hora que es?

Alejandro echó una ojeada al reloj. Pegó un brinco y salió de la cama poniéndose en pie.

- ¡Son las nueve y media, te dije que me despertaras a las nueve!- Dijo Alejandro todavía medio dormido.

- ¡Lo siento hijo! - Respondió Enriqueta con pesadumbre - También yo me he quedado dormida.

Tenía treinta minutos para ducharse y vestirse.

Enriqueta tenía preparado un desayuno para Alejandro. Una taza de café con leche, y dos magdalenas. Él llegó a la cocina colocándose la chaqueta, y en dos sorbos, se bebió el café con leche. Su madre le señaló diciendo.

- Cómete las dos magdalenas.

- Mamá, no tengo tiempo, hace diez minutos que me están esperando.

- ¿Vendrás a comer? - Fue lo último que Enriqueta le pudo preguntar. Pues, Alejandro tenía la puerta abierta, y dispuesto para marcharse.

- ¡Puede que sí o puede que no! - Dijo Alejandro mientras salía cerrando la puerta.

Alejandro bajó las escaleras con rapidez.

En la calle lo esperaba el mediador. Un hombre de aproximadamente cuarenta años. No muy alto de estatura, entrado en carnes y casi calvo. El semblante moreno, de ojos negros y saltones.

Alejandro se aproxima a él, y le extiende la mano. Los dos hombres se saludaron

- ¿Qué tal? - Dijo el mediador con un saludo.

- ¡Bien! - Respondió Alejandro.

- ¿Te parece que vayamos en mi coche? - Propuso el mediador.

- Perfecto - Confirmó Alejandro.

Los dos se dirigieron al vehículo que se hallaba estacionado en doble fila. Ya sentados, y el mediador a punto de arrancar, dijo.

- ¡Estoy seguro de que te va a gustar el restaurante, además, está bien situado, es el paso de los turistas!

El mediador había arrancado el coche. Alejandro miraba con atención la calle que había cogido, y se paró seguidamente en un semáforo en rojo. Alejandro sintió que le tocaban el hombro izquierdo, su reacción fue girarse y mirar al mediador, creyendo que había sido él. Al comprobar que el hombre estaba atento que el semáforo cambiara en verde. Giró la cabeza, y su sorpresa fue enorme al descubrir, que en el asiento de atrás, iba sentada Blanca - ¡No es posible! - Musitó.

El semáforo cambió en verde. El coche continuó su ruta. El mediador había oído una frase que Alejandro había musitado, y al no entenderla, giró la vista y dijo.

- Estoy seguro que el restaurante te va a gustar.

Alejandro no estaba pendiente de las palabras del mediador. Y aún todavía con la cabeza mirando hacia atrás, dijo refiriéndose a Blanca.

- ¡No puede ser, es imposible!  
- ¡Si hombre, ya verás cuando lo veas! - Siguió insistiendo el mediador.

Alejandro había perdido los nervios, no se resignaba a ver a Blanca siguiéndolo como un lazarillo, y estalló diciéndole.

- ¡Fuera del coche!

Al mediador le dio por reír, y conteniendo una carcajada respondió con sarcasmo.

- ¡Te advierto que el coche es mío!

Alejandro estaba ausente a las palabras de este pobre hombre. Y sin compasión, volvió a decir.

- ¡Sal del coche o me enfado!

El mediador se dio cuenta que Alejandro estaba hablando en serio, y cómo no quería problemas, busco un sitio, y aparcó el coche.

Alejandro seguía dirigiéndose a Blanca.

- ¡Sal inmediatamente, fuera de aquí!

El mediador tenía abierta la puerta de su lado para salir corriendo, pero antes de hacerlo trató de dialogar con su cliente, y dijo.

- ¡Mira chico, no conozco tus intenciones, y te recuerdo que estamos aquí porque te voy a enseñar un restaurante! ¿Vale?

Alejandro era consciente en lo que estaba metido. Ese enredo lo llevaba consigo desde el primer momento en que conoció a Blanca. Estaba preocupado por el mediador, su deseo era contarle la verdad, lo que estaba sucediendo, y el mal entendido que había. La paciencia se le iba acabando, y no podía más.

Las palabras de Blanca lo hicieron estallar cuando ella le dijo.

- ¿Te has fijado lo que has liado? ¡Es mejor que te hubieses callado, este hombre no sabe lo que está ocurriendo! ¿Has visto en pánico que se le ha puesto en la cara?

- Blanca o como te llames ¡Cállate y vete! - Gritó Alejandro.

El mediador saltó del coche y con los pies pisando suelo y la puerta abierta, contestó.

- ¡Creo que te has confundido de persona, yo no me llamo Blanca! Mi nombre es Fernando. Te vuelvo a repetir que este coche es mío. Si te lo quieres llevar, hazlo, pero me lo tienes que devolver.

- ¡Pobre hombre, qué trauma le estás causando!- ¡Dijo Blanca! - Está desesperado sin saber qué hacer.

Blanca bajo del coche, y fue a colocarse cerca del mediador. Alejandro apuntándola con el dedo le aviso.

- ¡Aléjate de mi, y deja de seguirme a todas partes, estoy harto de ti!

El mediador giró las manos hacia sí mismo, y exclamó diciendo.

- ¡Yo nunca te he seguido, hoy es la segunda vez que nos vemos! ¡Pero si llego a saber de la manera que eres, no estoy ahora aquí haciendo el gilipollas contigo!

- ¡Cada vez que hablas, lo empeoras más, deben ser tus maneras!- Dijo Blanca - ¡A este hombre le da aquí un ataque! ¿No te da pena?

Alejandro salió del coche, y fue hacia Blanca que estaba a un lado del mediador, y muy enfadado le recriminó.

- ¿Porqué has tenido que venir a mi, no te conozco de nada? ¡Vete y déjame en paz!

El mediador había enrojecido. El sudor le resbalaba por la frente y las mejillas. Buscó un pañuelo en el bolsillo derecho de su pantalón, y estuvo secándose la cara, manteniendo el pañuelo en la mano, dijo.

- ¡Joder que tío más chalao! ¿De qué me conoces?

- ¡Mira el espectáculo que estás dando! - Dijo Blanca regañándole - A este hombre no lo conoces de nada, y el pobre está temblando como un flan, pero a mí, no me afecta lo que digas, porque nos conocemos.

Alejandro seguía muy afectado, y sin tomar en consideración ni oír tan siquiera las palabras del mediador, respondió a Blanca bastante enfadado.

- ¡Si, te conozco desde hace dos días, pero, para mi es como si te conociera de siempre! ¿No te has dado cuenta de lo plasta que eres?

El mediador seguía secándose el sudor de la cara, y casi con lágrimas en los ojos, dijo.

- ¡Hombre, yo no te he hecho nada! ¿Por qué me tratas de esta manera? Si llego a saber de que tienes ese carácter, no te digo de ir a ver este Restaurante.

Blanca seguía plantada a la derecha del mediador que le temblaban las manos, y Blanca se apiadó de él cogiéndole la mano derecha, al tiempo que la levantaba para que Alejandro se diera cuenta en el estado que se encontraba.

El mediador, espantado de ver cómo su mano iba subiendo hasta llegar a la altura de su cintura, dijo con voz temblorosa.

- ¡Mira en qué estado me has puesto, no controlo mi cuerpo, mi mano sube y sube, y vaya usted a saber, hasta donde llegara!

- ¡Basta ya de hacer gilipollices! - Gritó Alejandro a Blanca.

- ¿Crees que hago esto porque yo quiero? - Dijo el mediador - ¡Si conoces el motivo me lo dices!

- ¡Blanca, para de hacer la puñeta a los demás! - Insistió Alejandro.

- ¡Te digo por segunda vez, que me llamo Fernando! - Le contestó el mediador - ¡Y para que lo sepas, no le estoy haciendo la puñeta a nadie, me la están haciendo a mí, y ese eres tú!

Blanca afirmó, y rápidamente soltó la mano del mediador, que cayó rígida a lo largo de su cuerpo.

-¡Mira lo que has hecho! - Dijo el mediador.

Blanca volvió a afirmar.

- ¡Qué cara más dura tienes! - Le recriminó Alejandro a Blanca - ¡Haces las cosas mal hechas, y luego dices sin ningún pudor, que he sido yo, tuvo suerte tu novio al deshacerse de ti!

El mediador se quedó sorprendido, y en medio del balbuceo preguntó a Alejandro.

- ¿Sabías también lo de Ernesto y lo mío?

- ¡Responde! - Gritó Blanca a Alejandro.

- ¡Qué quieres que diga!

- ¡Todo lo que sepas! - Dijo el mediador - Aunque lo nuestro duró sólo un año y medio, no me gustaba como era, siempre me tenía controlado. Y un día decidí que tenía que cambiar de ciudad para deshacerme de él.

- ¿Estás contento? ¡Ya nos hemos enterado de una cosa más! - Dijo Blanca con ironía.

- ¡No me importa la vida de los demás! - Contestó Alejandro.

- ¡Pues, para no importarte, te has metido a fondo, no sabía que conocieras lo nuestro! ¿A dónde conociste a Ernesto? - Preguntó el mediador.

- ¿Qué vas a responder ahora? - Dijo Blanca.

- ¡No voy a decir nada! - Respondió Alejandro.

El mediador frunció el entrecejo, y con cara de circunstancias preguntó.

- ¿También eres tú gay?

- ¡Toma ya! - Dijo Blanca apretando el puño.

- ¡Toma tú! - Respondió Alejandro del mismo modo.

- ¡Me parece que eres algo grosero! ¿No? - Dijo el mediador bastante ofendido.

- ¿Eres grosero? - Preguntó Blanca con voz burlona.

- No lo soy ¡Y deja ya de decir sandeces, que por tu culpa estoy metido en todo este follón, que ni me va, ni me viene!

- ¡No quieras ahora escabullirte para no tener que darme explicaciones! ¿Qué clase de relación mantuviste con Ernesto? ¿Llegasteis a tener relaciones?



Blanca se partió de la risa, y para echar más leña al fuego, le dijo a Alejandro.

- ¡Quiere saber si te has acostado con su novio Ernesto!

- Es vergonzoso, sólo pensarlo ¿Me ves capaz de acostarme con un tío?

- ¡Ah! Yo sólo hace que te conozco dos días ¡Puede que seas gay y no lo sepas! No todos los hombres saben que lo son, y también muchos lo esconden ¡Y cuando son mayores, porque no les importa el qué dirán! Entonces salen del armario.

El mediador estaba encendido, aunque oyó las palabras de Alejandro diciendo que no se acostaría con un hombre, lo dejó con la duda de que lo decía para no extorsionar más la situación. Y siguió preguntándole.

- ¿A dónde conociste a Ernesto?

Blanca intervino diciendo con burla.

- ¡Dile a donde lo conociste para que se quede más tranquilo!

- ¡No voy a decir nada, porque esto es la cosa más absurda que he visto en mi vida!

- No quieres responder ¿Verdad? - Dijo el mediador con sarcasmo - ¿Fue Ernesto quién te pidió relaciones, o fuiste tú?

Blanca volvió a insistir con la misma burla.

- ¡Habla de una vez, y di todo lo que sepas!

Alejandro enfureció, y fue hacia ella diciendo.

- ¡Te he dicho, que no tengo nada que decir!

El mediador salió corriendo antes que Alejandro acabara de pronunciar la última frase, y fue a esconderse delante de otro coche que había aparcado.

Aquí fue donde Alejandro se dio cuenta del mediador cuando lo vio que corría a esconderse. Lo siguió con la mirada, y le preguntó buscándolo.

- ¡Eh! ¡Donde te has metido! ¿No te parece que estamos perdiendo demasiado tiempo?

El mediador se había agachado, y permanecía escondido casi debajo del coche.

Blanca meneó la cabeza en señal de protesta, por el comportamiento que estaba llevando el mediador, ni corta ni perezosa fue hacia donde él estaba. Lo agarró por el cuello de la chaqueta, y lo sacó casi en andas. Incluso tenía los pies algo levantados del suelo, y con la fuerza que Blanca lo llevaba, andaba sin tocarlo. El sudor volvió a apoderarse otra vez de él. Blanca lo colocó en el sitio donde estaba antes. Él se alisó la chaqueta y reaccionó como si nada. Sacó el pañuelo del bolsillo de su pantalón, donde antes lo había metido. Secó su rostro y cuello del sudor que le caía.

Esta vez Alejandro no iba a escuchar a Blanca, necesitaba visitar el restaurante, y concretar lo que fuera ese mismo día. No se anduvo con preámbulos, y paso directamente a lo que le interesaba.

- ¿Dónde está el Restaurante?

El mediador no abría la boca. Su mirada hacia Alejandro era de miedo. Giró la cabeza para averiguar que había detrás de él, al fijarse que estaba la calle libre, se echó a correr sin fijarse en ninguna dirección. Alejandro lo llamó.

- ¡Eh! ¡Ven aquí, y no corras, que tenemos un compromiso! ¿Recuerdas lo del Restaurante?

Blanca de un salto lo alcanzó, y lo volvió a coger por el cuello de la chaqueta. Lo dejó quieto hasta que Alejandro llegó. El mediador quería seguir corriendo, y se dio cuenta que los pies le resbalaban al mismo tiempo que quería correr. Y lo primero que hizo fue, cubrirse la cara con sus manos, y dijo suplicando.

- ¡No me hagas daño, te prometo que no te voy a preguntar por Ernesto, ya él, no me importa!

- ¡Déjate de tonterías! - Dijo Alejandro - ¿Queda lejos el Restaurante?

El mediador separó las manos de su rostro, y con recelo respondió.

- ¡Está en la calle continua! ¡Pero por favor, no me pegues!

- ¿Me tienes miedo?

- ¡Mejor, llámalo respeto!

Alejandro quiso pedirle alguna explicación.

-¿Por qué te has comportado de este modo tan raro?

El mediador se soltó la melena, y perdió el orden de su persona diciendo.

- ¡Eres tu quién te has comportado como un loco, diciéndome a gritos que abandonara mi coche! ¡Estabas agresivo, y con ganas de zurrarme, no sé lo que te contó de mi Ernesto!

Alejandro estaba más que harto de ese tal Ernesto que no conocía, y con paciencia quiso que razonara diciéndole.

- ¡Estás obsesionado con Ernesto! ¿Quién es?

- ¡Te estás burlando de mi! ¿No? ¡Hace quince minutos hemos hablado tú y yo, de Ernesto, yo te he preguntado, y tú, me has respondido!

Alejandro se ríó, y le aclaró.

- ¡No hablaba contigo, sino con esta! - Dijo señalando con la mano derecha, la parte izquierda de él, que era donde se encontraba Blanca siguiendo toda la trama.

- ¿Cuándo has dicho ésta, te estás refiriendo a mí? - Preguntó el mediador algo afectado.

Blanca intervino diciendo mientras se frotaba las manos.

- ¡Esto está que arde! ¡Sigue Alejandro, que este hombre es una caja de sorpresas!

Alejandro giró la vista hacia su izquierda, y le dijo a Blanca por lo bajo.

- ¡Cierra la boca que me desconciertas!

El mediador se fijó, y en las palabras que tuvo Alejandro, aunque no oyó nada, su arrebató fue peor, se enfureció preguntándole.

- ¿Me estás discriminando porque soy gay?

Alejandro no se esperaba oír esto.

- ¡No, ni mucho menos! ¡Me refería al decir ésta, a Blanca, que no para de incomodarme, ella es la que lo ha liado todo!

- ¿Me tomas por gilipollas? ¡Ahora te inventas un nombre de mujer para salir del paso! ¿No?

- ¿Crees que estoy mintiendo?

- ¡Eso es lo que creo! ¿Qué te parece?

- ¿No te interesa saber quién es Blanca?

- ¡Mira, me estás enredando como una madeja de lana, y para que veas que no soy tan rancio como tú, dime quién es!

Alejandro asintió, y amablemente dijo.

- Aunque no lo creas porque no la ves, a mi izquierda está Blanca.

El mediador no lo dejó terminar, y cortó diciendo en burla.

- ¡Sí la veo! ¡La misma moto que yo conducía hace dos años! - Dijo mirando una moto que estaba aparcada encima de la acera- ¿Me tomas por tonto? ¡Dame más detalles para que yo te crea!

Blanca dando un grito, le dijo a Alejandro.

- ¡Dile la verdad de todo!

- ¡uf! ¡Cómo es!

- ¿Quién? - Preguntó el mediador con ríntintín.

- ¡Ella! Blanca - Respondió Alejandro sin dejar la sonrisa - Sé que no lo vas a creer, pero se trata de un espíritu.

- ¡Ahora sí que lo has cagado! - Dijo el mediador bastante enfadado - ¿Porqué eres tan mentiroso?

Alejandro se descontroló, y le dijo.

- ¡Mira, para que me creas te voy a contar todo! ¡Cuando te escondiste delante del coche y saliste en volandas, fue Blanca quién te sacó por el cuello de la chaqueta! ¡Ahora cuando has intentado huir, también ha sido ella la que te ha retenido! ¿Me crees ahora? ¡Hace quince años que está muerta, pero ella vive,

no creas que los que se mueren están muertos, viven en otro lugar, y también cerca de nosotros!

- ¿Te estás refiriendo a los muertos? - Preguntó el mediador con cara de espanto - ¿Dices que hay uno aquí ahora?

- ¡Una! - Acentuó Alejandro.

- ¿Es la que dices que se llama Blanca?

- Sí.

- ¿Ella es la que me ha estado tocando? - Preguntó el mediador horrorizado.

- Exacto.

Al mediador se le puso cara de asco, su cuerpo recibía compulsiones. Se pegaba con las manos abiertas en los brazos, hombros, espalda y pecho, al tiempo que repetía con voz alarmante.

- ¡Deja mi cuerpo, no lo toques, sal de mi, si es que estás dentro!

Blanca se enfadó y dijo.

- ¡Este tío está chalo! ¿Piensa que yo entro en cualquier cuerpo? ¡Yo elijo los que me gustan!

Alejandro intervino dirigiéndose al mediador.

- ¡Hombre, deja de martirizar tu cuerpo! ¿No sientes la paliza que te estás pegando?

- ¡Sí, y no creas que me está doliendo, lo único que me hace daño, es el saber que ese espíritu me está poseyendo!

- No le gustas a Blanca, y es imposible que te posee.

- ¿Por qué no le gusto? - Preguntó el mediador algo molesto por ser rechazado. Paró de pegarse.

- Pregúntaselo a Blanca. Es una joven delicada y muy atractiva.

- No se de qué manera se lo voy a preguntar, no la veo. No puede saber en qué lado se encuentra.

- Ahora está muy cerca de ti - Dijo Alejandro.

El mediador estaba asustado. Su vista la dirigía, de la derecha a la izquierda, buscaba una sombra o quizá, una señal. Estaba rígido y quieto, sólo le faltaba echarse de nuevo a correr.

Por último miró a Alejandro con cara casi de pena, con una mueca casi partida.

Blanca pegó su brazo izquierdo, con el derecho del mediador. Alejandro le preguntó.

- ¿Notas algo?

- ¡Nada! - Respondió el mediador. ¿Qué tengo que sentir?

Al terminar de pronunciar estas palabras, vio como su brazo se iba levantando, él con su mano izquierda trató de bajarlo, pero el brazo derecho no cedía. Hasta que lo levantó a la altura del hombro. Se le había quedado tieso, con los dedos extendidos, y rígidos apuntando hacia arriba. Con la otra mano se pegaba manotazos para conseguir que el brazo cogiera su forma normal.

Alejandro no podía contenerse la risa. No se reía por el mediador, sino por Blanca. Hacía todo lo que le venía en gana. Estaba manteniéndose en el aire para poder alcanzar y levantar al máximo la mano del mediador, su gran esfuerzo merecía recompensa. El brazo del mediador tanto subió, que el pie derecho lo levantó del suelo. Alejandro le preguntó.

- ¿Sientes ahora algo?

El mediador ¡Erre que erre!

- ¡Tengo medio cuerpo levantado, pero eso no quiere decir que esa tal Blanca me esté manejando, puesto que no siento que alguien me esté tocando!

Blanca se enfadó. De un golpe soltó el brazo, y lo volvió a coger pero esta vez retorciéndoselo, llevando la mano hasta la espalda. El mediador, se quejaba lamentando el dolor que sentía en el brazo. Tan fuerte era, que sentía el deseo de tirarse al suelo. Hasta que poco a poco fue cogiendo la postura de rodillas. Gritaba diciendo con la cara desgarrada.

- ¡Soy inocente, no sé de qué se me acusa!

Alejandro intervino. Se aproximó, y dijo a Blanca.

- ¡Aunque lo mates, no te va a reconocer, se ha plantado en sus trece, y de ahí no se mueve!

Blanca decía muy enfadada.

- ¡Tiene que dar su brazo a torcer, si no es así, se lo rompo!

- ¡Déjalo y no seas bruta, que luego soy yo quién va a pagar los platos rotos!

El mediador estaba retorciéndose de dolor. Los ojos le iban a salir del sitio. La boca abierta pidiendo auxilio. Ya por fin cuando vio que no resistía por más tiempo, dijo con voz chillona.

- Me rindo ¡Blanca es fuerte! ¿No era eso lo que quería que dijera?

Blanca le apretó más el brazo, y el dolor aumentó. El mediador se encontraba de rodillas, y a parte estaba dado hacia delante con los hombros en el suelo. Dijo mientras se quejaba.

- ¿No era eso lo que Blanca quería oír?

- ¡Blanca sabe que es fuerte! - Dijo Alejandro - ¡Lo que ella quiere que digas es, que es un espíritu, que la reconozcas de esa manera!

El mediador no tenía más aguante. Era consciente de la tortura por la que estaba pasando, y aunque no veía quién se lo estaba provocando, ni tampoco que era un espíritu, dijo dando un grito.

- ¡Blanca es un espíritu!

Blanca seguía enfadada, no aceptaba que alguien dijera las cosas por decirlas, por salir de un apuro. Seguía sin soltar el brazo del mediador.

Alejandro estaba ya enfrentándose a Blanca, para que dejara en paz al pobre mediador, que por tirárselas de saberlo todo, lo estaba pagando con dolor.

- Blanca ¡Basta ya! - Replicó Alejandro - ¡Ha confirmado que eres un espíritu! ¿No tienes suficiente?

- ¡Si, y no! - Afirmó Blanca - ¡Lo ha dicho para engañarme, y nada hay peor, que a un espíritu se le quiera engañar, la venganza puede llegar muy lejos!

El mediador dijo casi llorando.

- ¡Quiero que este espíritu me suelte, yo no le he hecho nada, sólo he dicho que no creo, porque no la estoy viendo!

Blanca respiró profundamente, y dijo.

- ¡Ahora se ha comportado como es debido!

Blanca soltó al mediador, y fue a reunirse con Alejandro, que hacía rato lo estaba pasando bastante mal por el mediador. Lo ayudó a que se pusiera en pie. Una vez reestablecido, no quiso perder el tiempo, y llegar lo más pronto posible al Restaurante, donde lo estaban esperando.



El mediador aparcó el coche frente al Restaurante. La primera en salir del vehículo fue Blanca, que rápidamente llegó hasta la entrada, observando la fachada, la puerta y cristalería. Su curiosidad era grande, parecía que fuese ella quién se iba a apropiarse de dicho establecimiento. Sin esperar a los acompañantes, decididamente entró dentro.

Alejandro y el mediador se decidían a entrar, este último consultó su reloj de pulsera, y echando una mirada a su acompañante dijo.

- Son las doce y media, y había quedado con el propietario a las doce. Ese espíritu que te acompaña, nos ha hecho perder mucho tiempo.

Alejandro le advirtió.

- ¡Ten cuidado con lo que dices, Blanca es sensible, y si te oye decir algo en contra de ella, te las va hacer pasar canutas, peor que lo que has pasado!

- ¿Realmente Blanca existe? - Preguntó el mediador por lo bajo.

- ¿No tienes suficiente con lo que te ha metido?

- ¿Está ahora cerca de nosotros? ¿Nos puede oír?

- ¡Eres masoquista! ¿Verdad? ¿Disfrutas con el dolor? - Le preguntó Alejandro.

El mediador no respondió, pero se le hizo una pregunta que le ronroneaba la cabeza.

- ¿Has visto de que fuera Blanca quién me ha retorcido como una bayeta de cocina?

Alejandro meneó la cabeza al tiempo que sonreía.

- ¡Te gusta el martirio! ¿No es eso? ¡Lo que Blanca te ha hecho te ha sabido a poco! ¿Quieres más?

En ese instante el dueño del Restaurante se acercó a saludarlos. Un hombre alto y fuerte, con las facciones algo duras, y a parte, poco simpático, los invitó a entrar, y lo primero en hacer fue meterse dentro de la barra y preguntarles a los recién llegados, qué iban a beber.

El mediador fue el primero en decir.

- ¡Para mí, una cerveza bien fría!

Blanca respondió al instante.

- ¡Y para mí otra!

Alejandro sin darse cuenta le respondió.

- ¡Tú no necesitas cerveza, no puedes beber!

El mediador le echó una mirada y respondió.

- ¡Necesito la cerveza, tengo una sed que me ahogo!

- No estaba hablando contigo - Dijo Alejandro.

- ¿Era con Blanca verdad? - Preguntó el mediador.

- Sí, y ha pedido una cerveza.

- ¿Por qué no se la quieres dar? ¡Si la pide es porque la necesita!

El dueño del restaurante, dejaba encima del mostrador, y delante del mediador la cerveza que había pedido. Blanca se adelantó, agarró el vaso de cerveza, y se lo llevó a la boca, según iba bebiendo, el líquido, se derramaba, en el suelo, y se formó un charco. El dueño había creído que el mediador lo había derramado en el suelo sin querer, y al instante dijo.

- ¡Rápidamente te pongo otra!

Al instante otro vaso de cerveza fría como el hielo lo colocó delante del mediador, y con agrado, se quedó esperando para ver cómo la bebía.

Blanca, no se había separado de entre el mediador y Alejandro. Ella echó mano al vaso de cerveza, pero Alejandro que estaba a su derecha se lo impidió, aunque de nada sirvió, porque Blanca lo tenía cogido con las dos manos, y al intentar quitárselo Alejandro, el vaso se quedó suspendido en el aire

haciendo barca. El mediador al ver eso, sólo faltaba que saliera corriendo, pero el mediador lo tranquilizó diciéndole.

- ¡Es Blanca, que está haciendo otra de sus jugarretas!

El propietario, lo seguía con la vista, y también a Alejandro. No le encajaba el porqué hacía mención a una tal Blanca, puesto que no había ninguna mujer con ellos. Alejandro se rió, y dirigiéndose al propietario le dijo.

- ¡Esta historia no la vas a entender, no te preocupes!

El propietario negaba con el índice levantado, y con los ojos como platos respondió.

- ¡Lo he visto todo! ¡El vaso se ha elevado por encima del mostrador, y se ha volcado de derecha a izquierda, hasta que tú, lo has sujetado!

- ¡Ha sido Blanca! - Recalcó el mediador.

- ¡No entiendo qué queréis decirme! ¡Cuando estéis dispuestos, pasamos a lo que es el Restaurante!

Blanca se retiró de la barra para visitar el local. Alejandro la iba siguiendo con la vista, no se fiaba de lo que pudiese organizar de nuevo.

El propietario también seguía con la mirada a Alejandro, y le dijo.

- Mira bien el establecimiento. El restaurante es pequeño, pero acogedor. Te gusta ¿Verdad?

- ¿Quién dices que me gusta? - Preguntó Alejandro sin prestar atención a las palabras del propietario.

- ¡Te gusta! ¿No? - volvió a repetirle.

- ¡Cómo me va a gustar si no existe, está muerta!

El propietario bastante confundido se dirigió al mediador diciéndole.

- ¡Este Restaurante no está muerto, funciona todos los días, yo sólo no doy abasto!

Alejandro no fiándose de Blanca le dio un grito diciéndole.

- ¿A donde quieres llegar?

- ¡A la cuestión! - Respondió el propietario.

El mediador hizo un gesto moviendo la mano derecha al tiempo que le decía.

- ¡No está hablando contigo sino con Blanca!

- ¡Qué locura! - Dijo el propietario - Voy a servirme también un vaso de cerveza, a ver si de esa manera se me aclaran las ideas.

El propietario se dio la vuelta hacia el barril de cerveza.

Blanca se había quedado delante de la puerta de la cocina. La traspasó y entró. Allí estaba guisando entre fogones, sartenes y cacerolas la maltratada esposa del propietario. Ella es la que se ocupa de la cocina, de hacer toda la comida. No tiene un ayudante porque su marido no se lo permite, y la tiene trabajando doce horas diarias.

Blanca tiene delante a una mujer, que en silencio y a escondidas, recibe malos tratos, por parte de su marido, la tiene esclavizada, es joven pero representa cincuenta años. Su delgadez está al límite, la expresión de ojos apagada. Las facciones de la cara son bonitas, pero se han disipado.

Mientras que mueve en una cazuela de barro un estofado de carne, dos lágrimas resbalaban por sus mejillas. Ella musita sin dejar de menear el guiso.

- ¡No tenía que haberme casado con él, cuando somos jóvenes no queremos escuchar a los mayores, creemos que lo sabemos todo!

Blanca estaba inclinada hacia el rostro triste de la mujer del propietario. Sentía pena por ella, quería ayudarla, y seguro que lo iba a hacer, pero antes saldría de la cocina, y pondría al corriente a Alejandro de la situación que había, así fue como lo hizo, volvió al Restaurante.

Alejandro hablaba con el cínico propietario sobre el arrendamiento del local. Blanca se colocó a su lado, y apuntando con el dedo al dueño, dijo.

- ¡Este es un negrero, un sinvergüenza sin sentimientos!  
¿Quieres saber por qué quiere dejar el restaurante?

Alejandro le preguntó por lo bajo.

- ¿Qué has descubierto ahora?

- ¡Asómame a la cocina y verás lo que hay!

- ¡Dímelo tú, que ahora estoy hablando!

- ¡No hagas trato con este tío, es un repugnante al que nadie quiere!

Blanca agarró de la mano a Alejandro, y estiró de él hacia la cocina. El propietario observaba cómo se iba hacia la derecha en contra de su voluntad. Algo raro estaba sucediendo desde que entraron en el Restaurante. Era lo que estaba pensando el dueño. Se giró hacia el mediador que seguía pasivo, y le preguntó.

- ¿Qué le ocurre a tu cliente? ¿Están sucediendo cosas extrañas desde que habéis llegado!

El mediador meneó la cabeza, y dijo con calma.

- Es Blanca, que está haciendo de las suyas.

- ¿Otra vez con esa tal Blanca? ¿Me estás tomando el pelo?

Blanca había conseguido llevar hasta la cocina a Alejandro. Se quedó parado al ver a esa diminuta mujer cargando con las dos manos y a pulso una olla grande llena de pasta cocida. Ella no había advertido, la presencia de Alejandro, su trabajo era demasiado pesado cómo para fijarse en algo más.

Blanca se acercó a ella y le sopló detrás de la nuca. La mujer reaccionó, y empezó de nuevo a decir.

- ¡Necesito ser libre! ¿Cómo puedo serlo? ¡Me necesita solo para trabajar!

Blanca le susurró al oído.

- ¡Déjate!

- ¡Sí, desde luego! - Respondió la mujer del dueño - ¡Dejármelo es una buena idea, terminarían mis problemas! ¿Pero cómo lo hago?

- Dile la verdad, que no lo quieres. Seguía susurrando Blanca al oído de la mujer del dueño.

- ¡En realidad, ya no lo quiero, incluso verlo, me molesta! - Iba musitando la mujer del propietario.

Blanca seguía indicándole al oído cómo tenía que hacerlo.

- Pídele el divorcio, y que se busque a otra tonta.

- ¡Realmente soy tonta, pero tonta de remate!

- ¡Ahora cuando entre en la cocina se lo sueltas! - Le siguió diciendo Blanca.

- Sí, se lo digo, y que se fastidie, como yo me estoy fastidiando desde hace siete años, el tiempo que llevamos casados. Sin poder comprarme un vestido, ni un perfume, porque todo el dinero lo guarda él.

- ¡Así me gusta, que cojas el caballo por las riendas, sólo una tonta como tú se deja dominar por su marido!

La mujer del dueño confió más en ella misma. La decisión la había tomado y no había marcha atrás. Puso orden en la cocina con empuje y tesón, al tiempo que lo hacía, dijo.

- ¡Es bueno estar sola para hablar consigo misma, elegir lo bueno y rechazar lo malo, y en este caso lo malo, es mi marido, y que muy pronto, dejará de serlo!

Alejandro salió de la esquina de la cocina donde había permanecido todo ese rato. La mujer del dueño al descubrirlo, le sonrió. Era una joven guapa y risueña. Era la primera vez que veía a este chico, de semblante alegre, y cabellos revueltos.

Alejandro se presentó, aunque no sabía que decirle, y pensó que la verdad era el mejor camino para llegar a donde se quisiera.

- ¡Hola! - Dijo con modales tímidos - ¡Estoy aquí para ver el restaurante, si me gusta, quedármelo, pero hoy por lo que he visto, me parece que no!

La mujer del dueño le cambió la cara.

- ¿Por qué dices que no? ¿Lo has visto todo?

Alejandro sentía compasión por esta pobre mujer, que sólo le faltaba hincarse de rodillas para pedirle que lo aceptara. Y contestó.

- Lo he visto, y no me convence. No quiero coger ningún negocio con la problemática que se está viviendo dentro.

- ¡Entonces, no me voy a liberar del tirano de mi marido!

Blanca negaba. Alejandro seguía sus gestos, y según vio, así dijo.

- ¡Para deshacerte de tu marido no es necesario que arrende el local, tu lo puedes dejar cuando quieras!

En ese instante hizo su presencia, en la cocina, el dueño y el mediador. El dueño con el ceño fruncido se fijó en su esposa. Al tiempo que con la vista le mandaba seguir cocinando. Pero sin dejar de observar a Alejandro. El dueño hizo la presentación.

- ¡Es mi esposa, una buena cocinera, si te quedas con el Restaurante, te la dejo para que guise, pero cobrando un salario!

Alejandro negó, al tiempo que respondía.

- Lo he pensado, no va haber trato.

- ¿Por qué dices eso? ¡Todavía no hemos tratado nada! - Contestó algo molesto el dueño - ¿Has hablado con mi mujer?

- No. Pero sé lo que quiero, y no es esto.

La mujer del propietario aprovechando que había dos hombres, a parte de su marido con ella, dirigiéndose a él, le dijo.

- Tenemos que hablar ahora.

Su marido con la mirada altanera le contestó.

- ¿Ahora? ¿No puede ser después?

- No. Es importante lo que tengo que decirte.

Ella dejó de guisar, se limpió las manos con un paño de cocina, y pasó a decirle con decisión.

- ¡Voy a pedir el divorcio!

El marido la miró extrañado.

- ¿Qué?

Ella siguió con firmeza.

- ¡Lo has oído bien! ¡Ya no te quiero, estoy harta de ser tu esclava! ¡Quiero mi libertad!

Blanca se puso a aplaudir, y dijo.

- ¡Bravo! - Blanca seguía pegada al oído de la dueña, y siguió diciéndole.

- ¡Sigue adelante, que te voy a apoyar!

La dueña cogió más fuerza, y siguió diciéndole a su marido mientras se quitaba el delantal y lo colgaba en una pequeña percha que había detrás de la puerta.

- ¡Hasta aquí hemos llegado, no guiso más para ti!

El marido se enfureció. Las facciones de la cara eran lo más parecido a un animal salvaje.

- ¿Con que estas tenemos? - Dijo con la mirada puesta en Alejandro - ¡Has traído a tu chulo para que se quede con el Restaurante!

- ¡No sé de que estás hablando, pero si crees que por decirme eso voy a seguir contigo te equivocas!

El marido arrebatado de ira se fue hacia ella, la agarró por el pelo, y con la voz ronca le dijo.

- ¡Repítemelo! ¡Te casaste conmigo, y seguirás casada hasta que la muerte nos separe!

Ella trataba salir de las garras de su violento marido, y al ver que no podía, gritó diciendo.

- ¡Me estás haciendo daño, suéltame!

No se quedó sólo en un estirón de pelo, sino que también, con la mano izquierda la abofeteaba, mientras que la insultaba diciéndole.

- ¡Grita puta, que te oigan todos, y se enteren de que tu marido te está pegando por zorra!

- ¡No me pegues, déjame en paz! - Gritaba.



Ella sangraba por la nariz, y también por el labio inferior. Se lo había partido.

El mediador no reaccionaba, dando a entender, que en las cosas de matrimonio, no se debía meter. Alejandro no pensaba lo mismo, y se interpuso entre el matrimonio. Pero Blanca que estaba a punto de explotar. Se colocó delante del dueño, y con la mano derecha lo agarró por sus partes, y con fuerza apretaba. Él enrojeció hasta lo más vivo, del dolor que sentía, y con rabia gritó a su mujer diciéndole.

- ¡Suéltame puta mala mujer! - Creyendo que era ella que se lo estaba haciendo.

Blanca apretó con más fuerza. Dentro de su mano tenía los testículos del despiadado propietario.

Él estaba rabiando de dolor. Los ojos desencajados, la boca abierta, y derramando baba.

Blanca no sentía compasión de él. Sentía desprecio por un desecho semejante. Tanto apretaba que se arrodilló por no poder tenerse de pie.

Su mujer estaba asustada, sin entender que le estaba sucediendo. Él seguía gritando, con la cara chorreándole de sudor, y los ojos casi ensangrentados. Seguía gritando pero sin fuerza.

- ¡Zorra, me las pagarás!

Ella estaba nerviosa. En el grifo de la cocina, se estuvo lavando las heridas que su marido le produjo.

Blanca había llegado hasta donde ella quería, y cuando se cansó de apretar, soltó los testículos de este miserable hombre. Él cayó al suelo protegiéndose sus partes con las dos manos, mientras gritaba.

- ¡Te mataré, te juro que te mataré!

Se puso en pie apoyando su mano izquierda en la pared de la cocina. Su vista torcida la tenía puesta en su mujer, que ella en

silencio iba secándose la nariz de la sangre que todavía salía. Con incontrolable rabia se fue hacia ella, diciendo.

- ¡Hoy acabo contigo!

Blanca no podía por más tiempo reprimirse, y de súbito, con el puño cerrado le propinó un puñetazo en medio de la nariz, que pronto apareció un hilo de sangre por el orificio izquierdo. Él se llevó los dedos a los orificios, y comprobó que las yemas estaban manchadas de sangre. Su rabia aumentó, y esta vez se lanzó con el puño cerrado hacia el rostro de su mujer. Antes de que llegara a ella. Blanca le pegó otro puñetazo, pero esta vez en el estómago. Lanzó un grito de dolor, y con asombro comprobó, que no era su mujer quien le había pegado, puesto que ella se encontraba a un metro de distancia. Alejandro estaba junto a ella para evitarle algún golpe. Tampoco había sido él. Por último miró tras de él, buscando la silueta del mediador, pero este, desde un principio había abandonado la cocina por no querer meterse en líos de matrimonio. Con espanto buscó a su alrededor a alguien más, y al no hallar a nadie, su cara cambió a la de terror, y para justificar su miedo, gritó a su mujer diciéndole.

- ¡Bruja! ¡Eres una bruja, y te voy a quemar igual que hizo la iglesia en la inquisición!

El arrebató de Blanca esta vez fue tremendo, y su rabia la descargó con un buen puñetazo en la boca del propietario. Le partió los dos dientes de delante. Este se llevó la mano a la boca, y cuando vio los dientes en la palma de su mano, retrocedió dos pasos hacia atrás buscando la salida. Era consciente de todo el proceso de la paliza que le metieron, no fue su esposa, y tampoco el joven que había ido para arrendar el local, puesto que lo separaban dos metros de distancia. Por mucho que buscaba no encontraba respuesta ante esa brutal paliza que acababa de recibir. Sin perder de vista al joven y a

su mujer, y con las manos atrás buscando la puerta, dijo a su esposa.

- ¡No voy a tocarte más, y si quieres irte, eres libre desde este instante!

Blanca dijo sacudiéndose las manos.

- ¡Misión cumplida!

Alejandro le costaba creer lo que había visto, y dirigiéndose a Blanca le preguntó.

- ¿A dónde aprendiste a pegar así?

Blanca soltó una carcajada respondiendo con ironía.

- Entre los espíritus también hay luchas, se persiguen los unos a los otros. Si en esta vida se han hecho algo malo, las palizas que se pegan son grandes en la otra vida.

- ¿Has pegado tú alguna vez a otro espíritu?

Blanca se rió y dijo.

- ¡Tú que crees!

- ¡Juzgando por lo que he visto, yo diría que sí! ¡Este hombre ha resistido porque es fuerte, pero si esos puñetazos soy yo quién los recibo, no lo cuento!

La mujer del dueño colocaba con las manos sus cabellos. Todavía estaba viviendo el trauma, no se daba cuenta ni prestaba atención a las palabras de Alejandro.

El mediador entró en la cocina, y lo primero que hizo fue fijarse en la mujer del dueño, se acercó a ella y le preguntó.

- ¿Cómo se encuentra?

- ¡Estoy regular! - Dijo algo más tranquila - ¿Sabe usted quién le ha pegado a mi marido?

El mediador fijó su vista en Alejandro, y bastante preocupado le preguntó.

- ¿Le has pegado tú?

- No.

- ¿Ha sido ella? - Preguntó apuntando con el dedo a la mujer del dueño.

- ¿Crees capaz a esta diminuta mujer de algo semejante?  
- ¡No sé, enfadados, todos somos malos! - Dijo al tiempo de reaccionar, y preguntó.

- ¿Dónde está Blanca?

Alejandro señaló con su mano izquierda el lugar donde Blanca se encontraba.

- ¡Dios mío, para haberlo matado! - Dijo el mediador.

- ¡Se lo merecía! - Replicó Alejandro - ¡Ha recibido su castigo!

- ¿Y ahora que va a pasar con esta pobre mujer?

- ¡Ahora es cuando se va a sentir libre, y rehacer su vida!

- ¿Estás seguro? ¿No la perseguirá su marido?

- ¡No lo creo, ha recibido lo suficiente como para que vuelva a intentar de nuevo pegarle, y maltratarla! - Dijo Alejandro convencidísimo.

La mujer del propietario empezaba a sentirse mejor, su serenidad se reflejaba en el modo de mirar, y de escuchar. Ella seguía con la duda de quién pudo haberle pegado a su marido, y dirigiéndose a Alejandro y al mediador, les preguntó.

- ¿Alguno de los dos habéis visto algo?

El mediador señaló hacia Alejandro.

- ¿Sabes algo de lo que ha ocurrido? - Le preguntó ella a Alejandro.

Él tardó en responder. Blanca le dio una palmadita en el hombro izquierdo diciéndole.

- ¡No impidas de que me conozcan, he salido a la tierra para vengarme de mi novio, que ya queda poco para este enlace! ¡Y también seré justiciera con todos los hechos que vea que están mal!

Alejandro se dirigió a la mujer del propietario, diciéndole.

- La paliza que tu marido ha recibido, se la ha propinado Blanca.

Ella no entendía a quién se estaban refiriendo, y pasó a preguntarle.

- ¿Quién es Blanca?

Alejandro seguía remolón. Blanca le volvió a dar otra palmadita en el hombro.

- Blanca es un espíritu - Dijo él.

Ella casi sin comprender, le preguntó.

- ¿Un espíritu es alguien que ha muerto?

- ¡Exacto!

- ¡Sigo sin comprender nada! ¿Me estás diciendo que Blanca está muerta?

- ¡Si y no! - Respondió Alejandro.

- ¡Ah! Creo que ya entiendo. Pero ¿Qué está haciendo aquí?

Alejandro se encogió de hombros. Blanca volvió a utilizar el mismo método, y Alejandro dijo.

- ¡Ha venido conmigo!

El mediador para no quedarse atrás dijo.

- ¡También conmigo, lo que ocurre es que él, puede verla y oírla y yo no!

La mujer del mediador estaba interesada en conocer toda la verdad, y dijo.

- ¡Blanca me ha defendido de los ataques de mi marido, y se lo tengo que agradecer!

- ¡Ella te está escuchando! - Dijo Alejandro.

- ¿Cómo es Blanca, descríbemela?

Blanca se rió. Reflejaba alegría en su rostro. Era feliz de que la conocieran como un espíritu justiciero. Sólo le faltaba vestir la armadura de guerrera, para convertirse en una luchadora.

Alejandro posó su mirada en Blanca, y la fue revisando de la cabeza a los pies. Quería describírsela bien y sin que faltara detalle alguno.

- ¡Blanca fue una mujer bella! - Dijo Alejandro - De cabellos rubios casi dorados. ¡Ojos azules tirando a verdosos! ¡Boca

grande y labios carnosos! ¡Senos bonitos y cintura reducida haciendo curvas en sus caderas! ¡Bonitas piernas y andares deliciosos!

Blanca empezó hablar diciendo, mientras se dirigía a Alejandro, y que sólo él, podía oír.

- ¡Alejandro tiene una mirada que enamora, su boca hace las delicias de cualquier mujer, su risa es la de un niño, su manera de andar es elegante, hace algunos años, me enamoré de él, hasta que conseguí que parara su coche!

Alejandro se había quedado con la boca abierta, no esperaba que Blanca pensara todo eso de él.

La mujer del propietario no quitaba su vista del rostro de Alejandro. Se daba cuenta que algo estaba sucediendo, pero no sabía qué.

En este instante irrumpió su entrada en la cocina el propietario. La mirada la tenía perdida, y la palabra algo difícil de pronunciar. Y aún con eso descargó su ira sobre Alejandro, reprochándole.

- ¡Todo iba bien aquí hasta que tú has llegado, has impuesto a mi mujer contra mi, y lo más seguro es que ahora se querrá ir contigo!

Alejandro no se esperaba esa contradicción impuesta por un marido celoso, sin que sus celos fueran por amor, si no por conveniencia.

- ¡Tienes una mujer que no te la mereces - Dijo Alejandro sin perder la calma - Si ahora la pierdes sólo tú tienes la culpa! ¿No te da pena de que esté todo el día metida en la cocina, sin que pueda ver la luz del sol?

El propietario no sabía que decía. Su rabia de impotencia lo hacía más salvaje y más agresivo. Fijó la vista, en su mujer, y con una mirada traicionera como si la fuera a matar, le advirtió.

- ¡En el momento que salgas de aquí, ya no entras más! ¡Ah!  
¡Esta noche no iré a casa, no quiero que me atraveses el corazón con una aguja de hacer punto, como hacen las brujas!

Su mujer trató de explicarle.

- ¡No he sido yo quién te ha hecho esas heridas, demasiado sabes que yo sería incapaz de hacerlo!

El marido le señalaba con el índice, el ojo rojizo que le habían puesto. El dolor que sentía en la boca del estómago, y por último, sus partes más íntimas. Con rabia le recalcó señalando la boca.

- ¡Sabes muy bien quién me ha hecho esto! - Y señalando el estómago continuó diciendo - ¡También sabes quién es el tío que me ha pegado aquí, que estoy que no puedo respirar! - Y por último dijo señalando sus partes - ¡Esto es lo que menos te voy a perdonar! ¡Los huevos los tengo hinchados, y tengo dificultad al andar! ¡Quiero que me digas de una vez quién ha sido el cobarde que me ha pegado, y después se ha escondido! ¡Que salga ahora y dé la cara, porque se la voy a partir!

La mujer negaba al tiempo que decía.

- ¡No lo sabrás, no puedes saberlo, y no busques quién es, porque será mejor para ti!

Él enrojeció de ira.

- ¡Ah! ¿Con que esas tenemos? ¡Estás encubriendo a tu chulo, y tienes miedo de que yo le pegue fuerte!

Alejandro no quitaba la vista de Blanca. Ella se estaba preparando para que este insulso hombre, recibiera más. Alejandro intervino.

- ¡No trates de buscarle las tres patas al gato, porque no sabes la sorpresa que te puedes llevar!

- ¡Ah! Con que chuleando ¿No? - Dijo el propietario con la cara encendida - ¡Te reto para que nos peguemos en la calle! ¡Lo mismo eres tú quién me ha pegado y luego te has escondido! ¡Demuéstramelo fuera si eres un hombre!

Blanca pegó un grito, y tiró una pila de platos limpios al suelo. El ruido fue espantoso. Los rostros de los presentes menos el de Alejandro que veía lo que iba a suceder, se quedaron sin color, mirando al suelo los trozos de platos que quedaron esparcidos.

El primero en salir de la cocina corriendo fue el mediador. Decía gritando.

- ¡Es Blanca enfurecida! ¡A mi no me pega más!

El propietario fue el segundo en salir a la ligera como disimulando para que no se le notara el miedo.

La mujer del propietario que ya sabía de qué se trataba, y aunque pasó algo de miedo, se mantuvo en su lugar. También era el momento que ella se marchara del Restaurante, para cobrar su libertad, y todo gracias al espíritu de Blanca, que si no llega a ser por ella, seguiría siendo esclava, y mal tratada por el tirano de su marido.

El dueño del Restaurante, cerró las puertas por falta de cocinera, y porque tampoco se encontraba con ganas de trabajar, después de todo lo ocurrido, y seguro que ocurrirían más cosas si no se marchaba.

El mediador por lo que había vivido con Alejandro y Blanca, no quiso seguir mediando con él. Le confió otra gestora, si quería seguir buscando un Restaurante para cambiar de trabajo.



A las cuatro de la tarde llegó Alejandro a su casa. No había comido y tampoco tenía hambre, lo vivido ese día le había cortado el apetito. Necesitaba descansar, cuando estaba llegando a su dormitorio. Su madre salió a su encuentro. Ella al ver la cara de cansancio que traía le preguntó.

- ¿Has comido?

- No. Pero no tengo apetito - Respondió abriendo la puerta de su dormitorio.

- ¿Qué te ha parecido el Restaurante?

- No es gran cosa. Seguiré buscando hasta que encuentre lo que quiero.

- Ha venido Juan - Dijo su madre cambiando de tema.

- Estuve anoche con él ¿Te ha dicho algo?

- Dice que esta noche te espera en la discoteca.

- ¿Eso ha dicho? - Preguntó Alejandro algo extrañado.

- Me preguntó donde estabas. Le hablé del Restaurante. Sólo se quedó diez minutos, y antes de marcharse me volvió a recordar, que esta noche te espera en la discoteca.

Alejandro afirmó, y entró en su dormitorio.

Su madre volvió a insistir para preguntarle.

- ¿Vas a cenar aquí esta noche?

- ¡Mamá por supuesto!

Alejandro se quitó la americana, y la dejó bien colocada en la percha de pie. Se sentó sobre la cama y se quitó los zapatos. Seguidamente se echó sobre la cama, y rápidamente se quedó dormido.

A las nueve de la noche sonó el despertador. Con los ojos medio cerrados Alejandro lo paró como algo natural, y

seguidamente recordó, que él no lo había puesto para que lo despertara. Era a esa hora que se quería levantar, y ducharse antes de la cena. Tenía que asistir a la discoteca aunque no le apetecía mucho, pero complacería la petición de su amigo Juan.

Se giró del otro lado y musitó.

- ¡Diez minutos más!

La voz de Blanca lo alertó.

- ¡De diez minutos, luego pasan a veinte!

Alejandro se removió en la cama, y abrió los ojos.

Delante de él, se hallaba Blanca sonriéndole.

- ¡La idea del despertador ha sido tuya! ¿No es cierto? - Le preguntó Alejandro haciendo pie en el suelo.

- ¡Así es! ¡Esta noche tienes que estar atractivo para ir a bailar, y necesitas tiempo para eso!

- ¡Yo atractivo! ¿Para qué? ¿Esta noche voy a conocer a mi futura esposa?

- ¿Te gustaría?

- ¡Pues, si quieres que sea sincero, sí! ¿Ocurrirá?

- No. Esta noche es toda entera para mí.

- ¿Para ti? - Preguntó Alejandro extrañado - ¿Qué quieres decir?

- ¿Recuerdas que estoy aquí para vengarme de mi novio?

- Sí.

- ¡Esta noche acudirá al baile, y entonces, me vengaré!

- ¿Piensas matarlo para que te haga compañía en el cementerio? - Preguntó Alejandro por lo que pudiera suceder.

Blanca soltó una carcajada.

- ¡No hombre! ¡Mi venganza será otra!

- ¿Lo puedes decir ahora?

- ¡Es una sorpresa, que no se espera él, ni tú tampoco!

Alejandro se llevó las manos a la cabeza.

- ¿Cómo sabes que esta noche va tu novio a la discoteca? - Preguntó él, totalmente conmocionado.

- ¿Has olvidado que soy un espíritu?

- ¡No! Pero esto me sorprende.

- ¡Tómalo como que no va contigo, tú sólo serás un espectador como los demás!

Alejandro palideció.

- ¡Pobre hombre! - Dijo - ¿Has podido reconocerlo después de tantos años?

- ¡Los espíritus nos guiamos por nuestro olfato! Los dos días que estoy a tu lado ¿Crees que no me he movido de aquí?

- ¡No lo sé, porque todo lo que haces es imprevisible!

Blanca se rió y dijo.

- ¡Esta noche podrás divertirte todo lo que quieras, también tu amigo Juan y todos los asistentes! ¡La diversión está servida!

Alejandro paseó por el dormitorio buscando una estrategia, y cuando la tuvo dijo.

- ¿No crees que harás el ridículo ante los demás?

Blanca lanzó una carcajada.

- ¿Ante los demás dices? ¡Sólo puedes verme tú!

- ¡Sí claro, no había pensado en ello! - Dijo Alejandro rectificando - ¿Por qué sólo puedo verte yo?

Blanca se encogió de hombros al tiempo que decía.

- ¡Puede que sea por tu sensibilidad, porque tu parte femenina supera a la masculina!

Alejandro frunció el entrecejo.

- ¿Me estás llamando maricón?

Blanca volvió a reírse.

- ¡El hecho que no tengas novia todavía, no quiere decir que lo seas! ¡Y estoy segura que tú de marica no tienes nada!

- ¿En qué te basas? - Preguntó algo más animado.

- ¿Quieres oír la verdad? ¿Estás preparado?

- Sí. Pero sin trucos.

- ¡Mi querido Alejandro, la verdad es, que yo te gusto!
- ¡Ja,ja,ja! ¡Cómo puedes gustarme, si solo eres un espíritu!
- ¡Sí, un espíritu pero con mucho salero! ¿No?
- ¡Bueno, yo diría que algo graciosa!
- ¡Me estás llamando sosa! - Dijo Blanca un poco enfadada.
- ¡No! ¡Ya estás pensando mal!
- ¿Qué yo pienso mal? ¡Dime una sola cosa para que me lo crea! - Dijo Blanca.
- ¡Estás haciendo que vuelva a reírme! ¡No hay enamoramiento por parte mía, en todo caso, serías tú quién te has enamorado de mí!
- ¿Me estás diciendo que he perdido la cabeza por ti?
- ¡A ver sino! - Dijo Alejandro - ¡Con esta noche es la tercera que estás pegada a mí como una lapa!

Blanca se exaltó.

- ¿Qué? ¡El día que me vaya y que ya queda poco, me vas a echar a faltar!
- ¿Quién yo? ¡Para ser sincero cada vez que no te veo, creo que te has marchado para siempre, y no te puedes imaginar cuando apareces de nuevo, la rabia que me da.
- ¡Alejandro, estás mintiendo! ¡Ignoras algo muy importante, y es que olvidas en cada momento que soy un espíritu! ¿Crees que no capto tus pensamientos y que deseas incluso besarme?
- ¿Yo? - Se exaltó también Alejandro - ¿Cómo voy a querer besarte si no existes?
- ¿Yo no existo? Entonces ¿Con quién estás hablando? ¡Quizá estés loco! ¿No?

Alejandro trató de serenarse y dijo.

- ¿Estas escenas también las utilizaste con tu novio? - Recapacitó y dijo - ¡Seguro que debo estar loco! ¿Cómo que estoy discutiendo con un espíritu? ¡Me faltará un tornillo!

Enriqueta que estaba preparando la cena, escuchó desde la cocina a Alejandro hablar dando voces. Al principio creyó que

estaba discutiendo con su marido Pablo, y al salir de la cocina para comprobar qué era lo que sucedía. Con gran sorpresa comprobó que Pablo se hallaba sentado en un sillón del salón leyendo el periódico. Enriqueta se aproximó a su marido y le preguntó.

- ¿Con quién discute Alejandro?

Pablo quitó la vista de lo que estaba leyendo, para mirar a su esposa, y contestó sin darle importancia.

- ¡Lo más seguro, que con Blanca!

Enriqueta frunció el entrecejo.

- ¿Todavía sigue con esa manía persecutoria? - Dijo ella - ¡No hay manera que vaya al médico, le daría un tratamiento y se curaría pronto!

Pablo meneó la cabeza, y respondió.

- ¡Eres testaruda, demasiado sabes que lo que tiene nuestro hijo, no se trata de una enfermedad, también lo pensé yo al principio, y cuando descubrí a Blanca, me quedé prendado de ella!

Enriqueta le hizo un desaire.

- ¡Eres un viejo tonto y verde! ¡Jamás lo he creído! ¿Sabes lo que pienso? ¡Que de tal palo tal astilla!

- ¡Qué insinúas! ¿Qué tanto tu hijo como yo, nos estamos inventando el personaje de Blanca?

- ¡Sí, eso es lo que creo, y muchas cosas más!

- ¡Te estás pasando de lista, siempre has creído que lo sabes todo, y en el fondo de las cosas no sabes nada, esa es la razón de creerte saber más que nadie! ¡Pero quiero que me aclares una cosa!

- ¡Te aclaro todas las que quieras! - Respondió Enriqueta, mientras secaba las manos con un paño de cocina.

- ¿Qué otras cosas son esas?

- ¡Demasiado sabes a qué me estoy refiriendo!

Pablo dobló el periódico y lo dejó en el brazo derecho del sillón. Se cruzó de brazos, y dijo.

- ¡Soy todo oídos, y espero que seas explícita!

Enriqueta cogió asiento en el sillón de enfrente, hizo cuatro dobleces con el paño de cocina, y lo depositó sobre sus rodillas, y dispuesta para responder dijo.

- ¿Cuánto tiempo hace que tú y yo no hacemos el amor?

- ¡Con exactitud no lo sé, creo que más de dos años, pero quiero que quede bien claro que no es porque yo no quiera!

- Exacto, tienes razón - Afirmó Enriqueta - ¡Ahora voy con Alejandro! ¡Con veintisiete años que tiene! ¿Nos ha presentado alguna chica, o sabemos que haya salido con una?

Pablo soltó una carcajada.

- ¡Ya entiendo! ¿Me estás queriendo decir que Blanca nos la hemos imaginado por falta de mujer?

- ¡Ahora me has entendido! ¡No eres tan tonto cuando tomas interés por algo que te conviene!

- ¡No sé que opinará Alejandro de todo esto! ¿Se lo piensas decir?

- ¡Si viene al caso, sí! ¿Por qué no? - Dijo Enriqueta echando la vista hacia la puerta del dormitorio de Alejandro - ¿No lo oyes cómo discute? ¡Y me gustaría saber con quién, a veces pienso que se está haciendo mayor! ¡Se parece a ti, en lo tonto!

La puerta del dormitorio se abrió. Alejandro salía llevando en la mano izquierda una toalla de baño bien doblada. Al llegar al lugar de sus padres les reprochó.

- ¡No paráis de discutirlos, os estoy oyendo desde mi habitación!

- ¡Qué cara más dura tienes! - Dijo Enriqueta.

- ¡Alejandro está diciendo la verdad! - Dijo Pablo reclinándose hacia atrás del asiento - ¡Cada día tenemos que discutirnos por algo, es la fuerza de la costumbre!

Enriqueta se armó de valor y preguntó a su hijo.

- ¿Con quién discutías?

- ¿Has estado escuchando mi conversación?

- ¡No hacía falta que escuchara, se te oía por toda la casa gritar! ¿Con quién mantenías esa deliciosa conversación? -  
Dijo con guasa.

Alejandro miró a su padre que mantenía una leve sonrisa. Desdobló la toalla y se la echó al hombro izquierdo. Se dispuso a entrar en el baño.

- ¡Hablabas con Blanca! - Contestó.

- ¡Hijo, tienes que casarte! - Le recomendó su madre.

- Mamá, ¿Sabes que eres muy pesada? ¿Te estorbo en casa?

- ¡Demasiado sabes que no! ¡Pero si tuvieras una mujer a tu lado, todas esas tonterías desaparecerían, y estoy segura que te ocurre todo esto porque necesitas que te amen y tu amar.

- ¡Eso por supuesto, pero todo llegará a su hora, tengo yo más ganas que tú de que llegue a mi camino la mujer de mis sueños!

- ¿Y cual es esa mujer? ¿Por que princesas y príncipes azules, no existen!

- Mamá ¡No estoy esperando a una princesa, puesto que no me gustaría por esposa, sino una mujer que me colmara de atenciones, y también yo a ella, que compartiéramos todo!  
¡Para mí, ese es, el verdadero amor!

- ¿En veintisiete años que tienes, no has conocido a una chica que te guste?

- ¡Por sorprendente que te parezca, no! ¡Pero vivo con la esperanza que un día sucederá!

- ¡Qué bien! - Dijo Enriqueta en tono sarcástico - ¿Y para cuando crees que puede ocurrir? ¡En diez años, en veinte!

Pablo lanzó una carcajada. Enriqueta le echó una mirada, y lo previno.

- ¡Esta postura de tu hijo la ha heredado de ti! ¡No fuiste capaz de lanzarte y pedirme en matrimonio, todo fue un simulacro mío, el de comprarme el anillo de pedida, de unos ahorrillos que yo tenía, antes que a nadie te lo mostré a ti! ¡Y cuando lo miraste metido en mi dedo, no se te ocurrió otra cosa que preguntarme! ¿Te lo has encontrado? ¡Cuando te dije para qué fin la había comprado, me volviste a preguntar! ¿Has pensado en casarte conmigo? ¡Qué remedio me queda! - Te respondí - ¡Hace diez años que salimos como novios!

Alejandro meneó la cabeza, mirando a su padre. Y sin parar de reírse le dijo.

- Papá ¡Lo tuyo no tiene nombre! ¿Todo esto que ha contado mamá es cierto?

- ¡Ya conoces a tu madre lo exagerada que es! - Dijo Pablo.

Enriqueta saltó diciendo.

- ¡Demasiado sabes que no me he inventado nada!

Alejandro trató de tranquilizar a su madre.

- ¡Te aseguro que no soy como papá, y cuando aparezca en mi vida la mujer de mis ideales, te aseguro que no la dejaré escapar!

- ¡Mis deseos son los de verte casado, y yo de tener nietos que jueguen y corran por aquí, cada día sueño con esto!

- Mamá ¡Tus sueños se cumplirían, y puede, que más pronto de lo que tú piensas!

Enriqueta dio un grito de alegría, y dirigiéndose a su marido le dijo.

- ¡Es posible que tenga novia y no lo sepamos!

Alejandro intervino, diciendo.

- Mamá ¡no te precipites, no he querido decir eso!

- ¡Ah! ¿No? - Exclamó algo contrariada - ¿Por qué has dicho, que quizá sería pronto?



- ¡Ha sido una insinuación, pero nada más! - Rectificó Alejandro - ¡Cuando conozca a la mujer que comparta mi vida, os la presentaré!

Alejandro pasó al cuarto de baño, tras la mirada de su madre pensativa y algo dudosa.

La mesa para la cena estaba preparada. Enriqueta se esmeraba para que su marido y su hijo estuviesen bien alimentados, y nunca faltaba de nada. Alejandro casi siempre se quejaba de abundancia, y de que sobraba demasiada comida.

Durante la cena apenas hablaron. Alejandro comía aprisa por el tiempo que lo llevaba justo, aún se tenía que vestir. En el reloj de pared del comedor marcaba, las once menos cinco minutos, y lo más seguro, Juan lo estaría esperando en la puerta de la discoteca como hacia siempre, él era el primero en llegar.

Comió el trozo de redondo con patatas aliñadas, y se fue a levantar para prepararse. Su madre le señaló el frutero que se hallaba en el centro de la mesa, y señalando la fruta le dijo.

- ¡Cómete una naranja o una manzana!

- Mamá ¡No tengo tiempo! ¿Has visto la hora que es?

Enriqueta echó la vista hacia el reloj, y afirmando, contestó.

- ¡Las once! ¡Te queda toda la noche para divertirme!

- ¡Si, eso por seguro, pero no quiero hacer esperar a Juan!

Enriqueta asintió sin ánimos de seguir recomendando a su hijo que comiera una pieza de fruta. Lo siguió con la vista hasta que entró en su dormitorio, y cerró la puerta tras él.

Alejandro observaba en el espejo del armario, la tez fina que le había quedado después del afeitado. Su gran coquetería le hacía pensar que era un hombre con armas de seducción, y aunque a sus veintisiete años no hubiese tenido novia formal, no era por no gustar a las chicas. Lo que ocurría era que no se

comprometía con ninguna hasta estar convencido que podría llegar a ser su esposa.

Abrió la puerta del armario. Miró en una de las perchas, un traje color teja estaba bien colocado, era el único que tenía para salir de fiesta. Lo cogió junto a una camisa color crema que se ponía con esta prenda.

La luz que desprendía la lámpara que colgaba del techo, era bastante luminosa, reflejaba en la luna del espejo como una aureola plateada.

Alejandro empezó a desnudarse, mientras silbaba una melodía de moda. La camisa que iba a llevar esa noche la estaba abotonando por encima del pantalón. Fijó su vista en la luna del espejo. El rostro de Blanca lo observaba con una sonrisa algo maliciosa. Alejandro se dio la vuelta para arrebatarse de las manos de ella, la corbata color crema que había dejado sobre la cama, para ponérsela esa noche.

Blanca tenía ganas de jugar. Esa noche estaba revoltosa, y sus deseos eran grandes de hacer travesuras. Sostenía la corbata de una mano, y mientras la agitaba, se la mostraba a Alejandro para que fuera a buscarla.

Alejandro no quería perder la paciencia, y con su mano derecha extendida le pidió.

- ¡Dame la corbata!

Blanca sin cesar de reírse dijo.

- ¿Esta corbata te vas a poner esta noche? ¡No te pega con ese traje color teja!

- ¡Me da igual! - Respondió levantando la voz - ¡Sólo te pido que esta noche me dejes tranquilo y desaparezcas de mi lado y de mi vista! ¿Verdad que eres un fantasma? ¡Pues, desaparece!

Blanca se acaloró y dijo.

- ¿Me has llamado fantasma?

Alejandro lanzó una carcajada.

- ¿No lo eres? ¡Ah! ¡Pues, perdona por lo de fantasma! ¿Estás vivita y coleando?

Blanca vino a razones.

- ¡Te dejo tranquilo con una condición!

Alejandro volvió a reírse.

- ¡Entre humanos y fantasmas no hay condiciones! - Dijo él.

Blanca se mostró más juguetona, y sin dejar la sonrisa, colocó la corbata al cuello de ella, hizo con habilidad el nudo.

Alejandro la miraba con asombro. Él que estaba acostumbrado a hacer nudos, no hubiese sido capaz de haber hecho el suyo tan rápidamente y tan perfecto. La miraba mientras pensaba, la vuelta de mano con habilidad que ella había hecho. No la imaginaba en vida haciéndole el nudo de la corbata a su novio.

Alejandro quería reconciliarse.

- ¿De qué condición se trata? ¡Algo quieres pedirme! ¿No?

Mientras que Blanca deshacía el nudo de la corbata, y después de tenerla en la mano, la pasó a la mano de Alejandro. Le dijo.

- ¡Quiero pedirte, que esta noche me ayudes a desenmascarar al que fue mi novio!

- ¡Yo! - Exclamó Alejandro - ¡Tú sola te bastas y te sobras para todo lo que te propongas hacer!

- ¡Sí de acuerdo pero sólo te estoy pidiendo que me ayudes!

Alejandro frunció el entrecejo al tiempo que le preguntaba.

- ¡No sé en que puedo ayudarte! ¿Me lo quieres decir?

Blanca afirmó al tiempo que respondía.

- La mejor manera de ayudarme, y quiero que colabores conmigo es, que cuando veas que estoy en la pista de baile, o en otro lugar de la discoteca, no trates de interrumpir lo que estoy haciendo. Son tres días y tres noches, las que puedo y me permiten estar fuera del cementerio, y del ataúd.

Alejandro se estremeció al oír esto. Por su cuerpo corrió un escalofrío, y se puso a temblar. Quería decir algo, y no le salía palabra de su boca.

Blanca mantenía la misma sonrisa, y no tuvo más remedio que preguntarle.

- ¿Te has asustado por lo que he dicho?

Alejandro parpadeó varias veces seguidas, al tiempo que levantaba los hombros sin saber qué decir. Se encontraba ridículo ante aquella situación. Pero la verdad sea dicha, no se esperaba que Blanca le hablara tan claramente sobre un tema que causaba terror. Hizo un esfuerzo por responder, y dijo.

- ¿Es verdad que puedes estar aquí fuera tres días? ¿No te lo has inventado para asustarme?

Blanca dio una carcajada, y sin parar de reírse dijo.

- ¡No me puedo creer que tengas miedo! ¡Eres el único que me ve, y eres presente en todos los estragos que hago! ¿Ahora me dices que te doy miedo?

- ¿Has hablado antes en serio? ¡Es por eso que te pido que colabores esta noche, no llamando la atención cuando veas que yo actúo!

Alejandro se precipitó para decir.

- ¡Según lo que hagas puedes ir a la cárcel!

- ¿Quién yo? - Respondió Blanca con sarcasmo - ¿Has olvidado que soy un espíritu, y como tal, invisible?

Alejandro recapacitó, y con la mano abierta, dio en su frente al tiempo que dijo.

- ¡Seré tonto!

- ¿Te vas enterando? - Preguntó Blanca.

- ¡Sí desde luego! ¡Pero no me hacía a la idea ... de que te quedara sólo esta noche de estar aquí!

Blanca aplaudió, y dijo.

- ¿Pensabas que me iba a quedar contigo toda una vida? ¡El otro lado también es mi hogar, es el verdadero hogar mío!

Alejandro tenía los ojos como platos, preguntó.

- ¿Cuál de los dos te gusta más?

- ¡Es como si me das para elegir un pastel de chocolate, y otro de nata! ¡Los dos me gustan, el de chocolate sería, la noche, y la nata, el día, los dos son buenos!

- ¡Ah! - Exclamó Alejandro algo aturdido - ¿Entonces la muerte no es nada malo?

- ¡Tal como se piensa cuando se está vivo, da repeluzno, pero cuando se está muerto, esa repelusa se convierte en positivo!

- ¡Claro qué remedio queda! ¡Ahí abajo a donde tú vives! ¿Echas a faltar algo?

- ¿A que te refieres?

Alejandro sacudió la cabeza por lo sorprendido que estaba. En ese instante no le venía nada a la mente, y dijo lo primero que pensó.

- ¡Unos padres, hermanos, novio y amigos!

- ¡De todo hay en ese mundo de chocolate! ¡Los espíritus entre nosotros nos ayudamos, hay quién hacen de padres, de hermanos, y lo que más hay, son amigos!

- ¡Pero novios y novias no! - Dijo Alejandro.

- ¡También, pero no son como los de el mundo de los vivos!

- ¿De qué manera se comportan? ¿Se enamoran?

- ¡Hay atracción, nos gustamos, y podemos estar uno al lado del otro!

Alejandro vio conveniente en rebobinar y preguntó.

- ¿Has dicho, nos enamoramos?

Blanca sonrió, y dijo.

- ¡Aunque sea difícil de creer, también yo me he sentido atraída por otro espíritu!

- ¡Aquí hay algo que no entiendo! - Dijo Alejandro.

- ¿Qué es lo que no entiendes?

Alejandro se aclaró la garganta, y tragó saliva.

- ¡No entiendo la razón por la que vienes para vengarte de tu novio!

- ¡Ah! ¡Te lo dije el primer día que nos conocimos, dejó de pensar en mí, no viniendo al cementerio con el ramo de flores que cada semana me traía, también eché a faltar, el rato que pasaba hablando conmigo!

- Blanca ¡Ha transcurrido quince años, y lo más seguro, es que debe de estar casado, y tendrá hijos!

- ¡Por supuesto, tiene las dos cosas, pero me vengaré, por haberme prometido amor eterno!

- ¡Y si por el contrario fuera él, quién hubiese muerto! ¿Estarías cada semana yendo al cementerio?

- ¡Quizá cada semana no, pero una vez al mes, sí!

- ¿Estás segura?

Blanca lo miró con desplante. Le había molestado la pregunta, y respondió.

- ¡Aunque no lo creas, lo hubiese hecho así!

En ese instante se escuchó en la puerta dos golpes dados con el puño. Y la voz de Enriqueta avisando a su hijo.

- Alejandro ¿Te has fijado en la hora que es?

Enriqueta no halló respuesta al instante. Cogió el pomo de la puerta y la abrió. Alejandro se hallaba delante del espejo del armario, semi-desnudo, y portando en su mano derecha la corbata. Enriqueta encontró el dormitorio algo revuelto, más de lo que acostumbraba tenerlo Alejandro. Sintió rabia de no ver a nadie más en la habitación con su hijo. Últimamente la traía medio loca de oírlo hablar sólo, aunque él decía que hablaba con Blanca, ella no lo creía. Se puso a buscar por el dormitorio a alguien sospechoso, el culpable que hizo perder la cabeza a su hijo. Y cómo no podía permanecer callada, le preguntó.

- ¿Con quién estabas hablando?

Alejandro meneó la cabeza en señal de protesta.

- Mamá ¡Últimamente sólo haces que espiarme!

Enriqueta, afirmó, y dijo.

- ¡Es que últimamente tu comportamiento no es el correcto! ¿A que vienen esos gritos contigo mismo? ¡Y no digas ahora de que estabas hablando con Blanca, porque esa tal Blanca sólo existe en tu mente!

Blanca se había sentado sobre un baúl que contenía en su interior algunos juguetes de Alejandro, de cuando era niño. Observaba la conversación que Alejandro mantenía con su madre. Blanca dijo.

- ¡Para qué tu madre crea que existo, es necesario que ocurra un milagro!

- ¡Mi madre tiene algunos años, y para ella no es fácil de aceptar lo que me está sucediendo contigo! - Respondió Alejandro sin pensar en la presencia de su madre.

Enriqueta volvió a mirar en los cuatro rincones del dormitorio. No saldría de la habitación hasta encontrar a esa tal Blanca, que estaba convirtiendo a su hijo en un loco desahuciado. Cómo no hallaba tal persona le preguntó otra vez.

- ¿Con quién estabas hablando?

- Mamá ¡Por segunda vez te digo que, con Blanca!

Enriqueta se enfadó.

- ¡No digas más tonterías! ¿Quieres señalar donde está Blanca en estos instantes?

Alejandro miró hacia el baúl. Blanca permanecía sentada, con la rodilla derecha posando sobre la izquierda.

Enriqueta rápidamente comprendió el sitio que su hijo le había señalado. Su vista se fue a parar al mueble arca. Era incomprensible que su hijo la engañara, jamás lo había hecho, estaba más enfermo de lo que ella pensaba. Le habló con cautela.

- Alejandro hijo, tendrías que ir a que te visitara el Doctor madrigal. Será una consulta de rutina, estoy segura que los dos os vais a entender bien.

Alejandro negó, al tiempo que dijo.

- ¡No estoy enfermo, y jamás lo he estado, es más, me siento mejor que nunca! ¿Por qué no crees lo que te digo? ¿Te he mentido alguna vez?

- No. Y eso es lo que me extraña - Contestó Enriqueta con el semblante sereno - ¡Hijo, puedes contarme el problema que tengas! ¿Recuerdas cuando eras un niño y venías de la calle llorando porque otros niños te habían acorralado?

Alejandro se rió, y con un gesto de olvido dijo.

- Mamá ¡Estás confundiendo las cosas! En la época que te estás refiriendo, yo sólo era un chiquillo inocente de siete u ocho años. Los demás niños se metían conmigo, y no sé porqué.

- ¡Yo sí lo sé! - Dijo Blanca.

- ¿Tú lo sabes? - Contestó Alejandro algo extrañado, y otra vez sin pensar que su madre estaba allí. Enriqueta alarmada preguntó.

- ¿Con quién estabas hablando ahora?

- Con Blanca - Contestó con suma paciencia.

Enriqueta no podía más. Su capacidad de aguante había tocado su fin, y se puso a gritar.

- ¡Blanca, sal de tu escondite! ¿Me tienes miedo?

Alejandro rápidamente intervino.

- ¡Mamá! ¡Deja en paz a Blanca, es mejor que no te metas con ella!

Enriqueta se puso en jarras haciéndose la chula, seguía llamando la atención.

- ¡Blanca! ¿Por qué no vienes a por mí?

Alejandro se dirigió a Blanca.

- ¡No le hagas caso a mi madre, no sabe lo que dice!



Enriqueta se alteró.

- ¿Le estás diciendo que no me haga caso? - Dijo descarándose con su hijo. Seguía con los brazos en jarras como si fuera a cantar una jota.

Blanca se levantó de encima del baúl. Alejandro que ya la conocía bastante bien, se colocó delante de ella para impedirle el paso hasta llegar a donde estaba su madre. Blanca lanzó una carcajada, y dirigiéndose a Alejandro le dijo.

- ¡Otra vez has olvidado que soy un espíritu! El hecho que te pongas delante de mí, no significa que no pueda llegar hasta donde quiero ¿Te parece bien que pase atravesando tu cuerpo?

- ¡No! - Exclamó.

- ¡Entonces, apártate!

Enriqueta estaba hecha un lío. Por un lado no sabía qué era lo que estaba sucediendo, y por otra parte, su hijo se había alterado gritando un no, muy profundo.

- ¡Qué está ocurriendo! - Dijo Enriqueta dando un grito.

Alejandro que conocía las intenciones de Blanca, le aconsejó a su madre.

- ¡Mamá, sal del dormitorio rápidamente!

- ¡Por qué razón voy a salir! ¡Dime antes que está ocurriendo!

- ¡Más tarde te lo explicaré! ¡Por favor mamá haz lo que te digo!

Blanca no tenía paciencia, y era rápida como el rayo. De un empujón trasladó a Alejandro al lateral de la cama. Se colocó ella frente a Enriqueta, y con los brazos también en jarras le dijo en un tono de voz alto.

- ¡Ya me tienes delante de ti!

Enriqueta estaba impresionada sobretodo de haber presenciado cómo su hijo casi volaba por los aires. Se rebotó y gritó a plena pulmón.

- ¿Qué está pasando aquí?

Blanca seguía en jarras, se dio la vuelta hacia Alejandro, y le dijo en un tono de voz salvaje.

- ¡Tu madre quiere pelea, pues, eso le voy a dar!

- ¡Deja en paz a mi madre! - Gritó Alejandro.

- ¡Es que la señora es de armas tomar! - Gritó Blanca.

Alejandro saltó por encima de la cama, y se dirigió a sacar a su madre del dormitorio. La agarró por el brazo hacia la puerta.

Enriqueta se molestó, y la emprendió con su hijo.

- ¡Déjame, y no me cojas de ese modo! - Dijo mientras bregaba para escapar de las manos de él - ¡Quiero saber que es lo que está ocurriendo!

En vista que Enriqueta se negaba a abandonar el dormitorio. Fue Alejandro quien actuó de otro modo.

- ¡Papá! - Llamó a su padre.

Pablo no tardó en acudir a la llamada de su hijo. Cuando vio que estiraba de la mano de Enriqueta, comprendió lo que debía de ocurrir.

- ¡Mujer, ven conmigo al comedor! - Le sugirió a su esposa.

Enriqueta cabezona donde las hallan, estaba agarrada de la mano izquierda al quicio de la puerta. Y de la mano derecha estiraba para que Alejandro saliera de su dormitorio. Ella gritaba para que la soltara.

- ¡No saldré de tu habitación hasta que no sepa lo que se está cocinando! - Gritaba Enriqueta a pleno pulmón - ¡Aquí hay gato encerrado!

- ¡Mamá, te aseguro que esta noche será la última que ocurran cosas! ¡Mañana estaré liberado de todo! ¡Te lo prometo!

Enriqueta desaflojó la mano y se desenganchó del quicio de la puerta. Miró fijamente a su hijo, y con alivio le preguntó.

- ¿Quién viene a exorcizarte?

- Mamá, yo no necesito tal cosa.

- ¡Entonces! ¿Por qué me has dicho que mañana te sentirás libre?

Alejandro giró la cabeza para mirar a Blanca, que seguía plantada y dispuesta a todo.

- Es posible que esta noche, o como más tarde mañana, Blanca se marchará para siempre - Confirmó Alejandro.

- ¡Y dale con Blanca! - Dijo Enriqueta llevándose las manos a la cabeza en señal de no poder más - ¡Qué idea se te ha metido en la mente!

Alejandro le echó una mirada a su padre. Éste comprendió que era necesario llevar a su mujer al salón o comedor. Él entendía a su hijo, porque según él, había tenido el privilegio de haber visto a Blanca, y haber quedado, encandilado por su belleza.

Agarró a Enriqueta por un brazo, y como siempre, manteniendo cuidado en que ella no se ofendiera, le dijo.

- Vamos a dejar a que termine de vestirse Alejandro. Hace rato, su amigo lo está esperando.

Enriqueta accedió con resignación. Siguió a su marido hasta el salón, cogió asiento en un lado del sofá, y se quedó mirando el programa que daba en televisión. Pablo ocupó el mismo sitio de antes, agarró el periódico y siguió leyendo la página de deporte.

Esta vez Juan estaba esperando a que llegara Alejandro en la barra del bar de la discoteca. Con el vaso de cuba libre en la derecha, comprobaba la hora en su reloj de pulsera. El camarero algo mosqueado por el espectáculo y bochorno que le hicieron pasar a él, y al encargado del local, la noche anterior le advirtió.

- ¡A la menor cosa que ocurra, llamo a la policía! ¿Me has entendido?

Juan asintió. En ese instante hacía su presencia Alejandro bien vestido, como si fuera a pedir esa noche la mano de la mujer que amaba.

El recibimiento que Juan le dio fue indicándole con el índice, la hora que marcaba en su reloj.

- ¿Te has fijado en la hora que es?

Alejandro no tenía que poner excusas, sólo decir la verdad.

- ¡Ha sido imposible llegar antes!

- ¿Qué has estado haciendo todo este tiempo? - Le inquirió Juan.

El camarero se adelantó a la barra, su cabeza la colocó en medio de las de Alejandro y de Juan, y repitió de nuevo como advertencia.

- ¡Estáis avisados los dos! ¡Un solo movimiento en falso, y la policía viene para arrestaros!

- ¿Qué le pasa a este? - Preguntó Alejandro.

- ¡No hay que hacerle caso! - Respondió Juan - ¡Como esta noche le ha tocado trabajar, está amargado!

El camarero que seguía pendiente de lo que ellos dos decían, respondió algo camorrista.

- ¡Anoche también trabaje! ¡Es por eso que estáis avisados!  
Alejandro lo miró de lado y le dijo.

- Sírveme un cubalibre con bastante hielo.

La discoteca estaba a tope, y en la pista no cabía un alfiler bailando al ritmo del cha - cha - cha.

Alejandro sabía que esa noche iba a ser movida. Y así se lo comunicó a Juan.

- Es posible de que esta noche llamen a la policía, y nos lleven detenidos.

- ¿Por qué lo dices? - Preguntó Juan alarmado.

- ¿Te acuerdas de Blanca?

Juan, se puso a pensar, y de pronto le vino el recuerdo imborrable que le dejó ella.

- ¡Ah! ¡Cómo no me voy acordar! ¿Va a suceder algo?

Alejandro afirmó, y seguidamente dijo.

- Exactamente no sé qué sucederá. Pero tengo que estar preparado a lo que sea.

- ¿Cómo lo sabes? - Preguntó Juan.

- ¡Si yo te contara!

- ¿Es la razón por la que has llegado tarde?

- ¡Exactamente!

Una chica rubia que se hallaba sentada en una mesa acompañada de su amiga de cabellos color caoba, levantó la mano y saludó a Juan. Él le correspondió del mismo modo.

Alejandro se percató, y preguntó a Juan.

- ¿Quiénes son?

- ¡Son la razón por la que esta noche estamos aquí!

- ¡Ahora entiendo el motivo por el que me has hecho venir!

- ¿No te parece suficiente?

- ¡Más que suficiente! ¡Pero esta noche no estoy para enrollarme con nadie, tengo que mantener los ojos bien abiertos!

Juan meneó la cabeza desaprobando lo que Alejandro dijo.

- ¿No has venido a divertirte?
- ¡Estoy aquí porque me has llamado! ¿De qué conoces a esas dos chicas?
- ¡Era una sorpresa que te quería dar! ¿Verdad que son dos bombones?
- ¡No están mal! - Dijo Alejandro observando la entrada de la puerta a la discoteca, mientras hablaba y también su interior.
- No están mal ¿Eso es todo lo que sabes decir? ¡Están para comérselas!
- ¡Eso! - Contestó Alejandro ajeno a las palabras de Juan.
- ¡Estás que no pareces el mismo! ¿Tan pillao estás, por esa tal Blanca?
- ¿Qué?
- ¡Has entendido bien lo que te he dicho!

Alejandro consultó su reloj, marcaba la una y media de la madrugada. Sabía que Blanca no tardaría en aparecer o quizá ya estaba allí, y con tanto público no la había visto, no cesaba de mirar por toda la discoteca. Por entre las mesas, el ir y venir de los camareros.

Los ojos se le pusieron como platos al descubrir a Blanca en medio de la pista, desde allí podía bien perfilarla. Su belleza resaltaba, los cabellos largos y rubios como la manzanilla, sus ojos azules y sus facciones bien marcadas. Hacia un conjunto tan extraordinario en toda su silueta que hasta muerta podía enamorarse de ella. Necesitaba llegar hasta donde estaba, pero tendría cautela en no entrometerse en lo que hiciera. Eso fue lo que ella hacía sólo unas horas, le había pedido.

Alejandro giró la vista hacia donde estaba Juan, y le dijo.

- ¡Ahora vengo!
- ¡Eh! ¡Espérame que vaya contigo!
- No, espérame aquí - Exigió Alejandro.

- ¡Esas chicas nos están esperando! - Dijo Juan elevando la voz por la distancia que había entre él y Alejandro - ¡Qué morros tiene el tío! - Musitó.

Alejandro no tardó en ponerse dentro de la pista. No iba a intervenir en nada de lo que Blanca hiciera, pero lo quería presenciar.

Ella estaba junto a una pareja de aproximadamente cuarenta años. Bailaban bien pegados un bolero. Ella era una mujer corriente, sin muchas descripciones que hacer. Él, estatura media, más bien regordete, y medio calvo.

Alejandro, se hallaba a un metro de distancia, su nerviosismo era grande. No sabía por donde iban a salir los tiros. Blanca apuntó con su dedo la cabeza del hombre que bailaba, y le dijo a Alejandro.

- Este era mi novio. Mira lo que queda de él.

- Blanca ¿Qué vas hacer? - Preguntó Alejandro.

- ¡Eso es cosa mía! ¿Recuerdas lo que te dije en tu casa mientras te vestías?

- Sí.

- Pues, respétalo. Te aseguro que después me marcharé, y nunca más me volverás a ver.

La pista estaba llena de parejas que bailaban cuerpo con cuerpo un romántico bolero.

Blanca se colocó detrás del que fuera su novio. La calva la tenía al descubierto, ella pasó su mano por encima acariciándola.

El novio notó que algo se había posado encima de su desnuda cabeza. La giraba de un lado a otro para poder quitárselo, y al sentir que no se iba, se pegó un manotazo encima de la calva. Su esposa notó el revés que se pegó, lo miró de frente y le preguntó.

- ¿Qué te ocurre?

- ¡Mira encima de la calva para ver qué tengo!

Su mujer le cogió la cabeza, la inclinó para verla mejor, y al comprobar que no había nada, le dijo.

- No tienes nada.

- ¿Estás segura?

- Sí, lo estoy. Desde hace un tiempo estas bastante raro ¿No será porque echas de menos el cabello que tenía antes?

- Eso me afecta un poco, pero no es lo que ahora me está ocurriendo.

Alejandro estaba sufriendo por lo mal que lo estaba pasando este pobre hombre ajeno a todo. Le había prometido a Blanca que no extorsionaría nada de lo que hiciera esa noche. Lo que había empezado hacer era de mal gusto, y aún no sabía lo que tenía reservado para la noche.

Alejandro se fue a poner cerca de la pareja, de esa manera, vigilaba mejor los movimientos de Blanca. Ella cambió de sitio, y fue a ponerse detrás de la mujer de su novio.

Alejandro no pudo callarse y le dijo a Blanca.

- ¿Qué haces ahora aquí?

El novio creyó que Alejandro se estaba dirigiendo a su esposa. Entonces, Él le preguntó.

- ¿De qué lo conoces?

Ella observó a Alejandro, y respondió.

- ¡De nada! ¡No sé quién es!

- Porque te ha preguntado ¿Qué haces aquí?

- ¡Será un tarao! - Respondió ella sin dejar de bailar.

Él se dirigió a Alejandro llamándole la atención.

- ¡Qué haces aquí plantado! ¿No tienes pareja?

Alejandro levantó los hombros al tiempo que sonreía.

La mujer dijo.

- ¡Te busca a ti!

- ¿A mi?

- ¡Creo que sí! ¡Te mira fijamente!



- ¡Vamos lo que faltaba! ¿Crees que yo puedo gustarle a un tío?

- ¡Por lo que se ve sí! ¡No cesa de mirarte!

- ¡Connmigo lo lleva claro, soy muy macho!

Blanca empezó acariciar la mejilla izquierda del que fue su novio. Lo hizo como cuando ella estaba en vida. Él sonrió recordando aquellos tiempos. Pero se puso algo más serio cuando notó que la caricia descendía por debajo de su camisa, y llegaba hasta la tetilla izquierda, aquí fue cuando le dijo a su mujer.

- ¡Cariño! ¡Aquí no me toques de ese modo! ¿Recuerdas que tengo poco aguante?

Ella se separó de la mejilla de él y bastante extrañada le respondió mirándolo de frente.

- ¡No te estoy tocando!

Él hizo el gesto de mirar la distancia que lo separaba de Alejandro. Ella le confirmó.

- ¡Ese chico tampoco te ha tocado! ¿Por qué lo dices?

Él hacía gestos con el pecho queriéndose quitar lo que le molestaba, o le gustaba.

- ¿Qué te ocurre? - Le preguntó su mujer.

- ¡Estoy sintiendo una clase de magreo que no se si voy a poder resistirlo!

Su mujer se separó de él, y lo miró cara a cara reprochándole con asco.

- ¡Tus vicios te siguen a donde vas!

- ¡No digas tonterías y ayúdame!

Su mujer se enfadó.

- ¡En qué quieres que te ayude! ¡Todo esto te pasa por pegarte tanto a mí! ¡Tienes una subida de calentura!

- ¡No sé lo que es! ¡Me siento raro, y cada vez va más abajo! - Decía haciendo movimientos raros con el vientre.

- ¿Quieres parar de hacer esas sinvergüencerías?

Él no sabía qué hacer. Su mujer tenía razón, se estaba comportando como un sinvergüenza, un degenerado ante tanto público que ya empezaban a fijarse en él. Lo único que le podía suceder era, que el joven que no paraba de mirarlos, tendría que tener poderes para conseguir excitarlo de ese modo, y de esa manera se lo comunicó a su esposa.

- ¿Te has fijado en ese chico?

- ¿Sí? - Contestó ella bastante ruborizada.

- ¡Es maricón! - Dijo señalándolo con el dedo - ¡Me está tocando a base de bien!

- ¡No digas tonterías! - Respondió ella - ¡Está a un metro de ti!

- ¡Lo está haciendo con la mente!

- ¿Con qué dices? - Preguntó ella casi desolada y a punto de echarse a llorar.

- ¿No crees en los poderes de la muerte?

- ¡Eso tiene que ver! - Dijo ella indignada.

- ¡Mucho! ¡Yo le gusto, y conmigo se lo está pasando bomba! ¡Te he dicho, que es maricón!

Alejandro se estaba cansando de que lo tomaran por algo que no era. Y se dirigió a Blanca y le dijo.

- ¡Deja a este hombre tranquilo! ¿No te da pena de hacer esto con él?

Blanca reía de la travesura que estaba llevando a cabo. Le recordó el pacto que habían hecho.

- ¡Quédate callado! ¡Me prometiste que no dirías nada!

- ¿No será mejor que abandones la discoteca?

- ¿Ahora? - Respondió Blanca - ¡El espectáculo acaba de empezar!

- ¿Todavía hay más?

Blanca fue deslizándose la mano, hasta acceder al ombligo del que fue su novio. Él estaba rojo a punto de explotar. Alejandro se había alejado más de él, por el comentario que el

matrimonio estaba manteniendo referente a su persona. El marido intuyó que todo el tocamiento que estaba viviendo, venía de parte de su esposa, lo hacía de manera cuidadosa para que nadie lo notara.

- ¡Cariño, no me toques de ese modo! - Dijo él a su esposa.

- ¿Qué dices? - Dijo ella algo molesta - ¿Por quién me tomas?

- ¡No lo tomes a mal! ¡Cuando llegemos a casa haremos todo lo que tú quieras!

- ¡Eres un guarro si piensas eso de mí!

- ¡Te he dicho que no sigas! - Siguió arremetiendo él.

Alejandro tuvo que llamar de nuevo la atención a Blanca.

- ¡Para de una puñetera vez! ¡Este hombre está sufriendo un martirio! ¿Por qué no te plantas frente a él, y le dices quién eres?

- ¡Por la sencilla razón de que no me puede ver ni oír!

- ¡Pues, déjalo tranquilo! ¿Esta es la venganza que le tenías preparada?

- ¡Parte!

- ¿Le estás provocando un infarto?

- ¡No estaría mal! - Respondió Blanca con los ojos chispeantes de alegría.

Alejandro señaló con el dedo al que fuera el novio de ella, y dijo elevando la voz.

- ¡Este hombre tiene una esposa, y también hijos!

El matrimonio seguía bailando, esta vez un tango. Ella se ruborizó al oír las palabras de este joven, y rápidamente le fue a pedir explicaciones a su marido.

- ¿Es cierto de que tienes hijos?

- ¡Bien sabes que no! ¡Qué idea es esta! ¡Ese es un gilipollas! Está tratando de echar a perder nuestro matrimonio.

Ella paró de bailar. Se encaró con su esposo, y le dijo en medio de la pista.

- ¡Dime la verdad! ¿Tienes un hijo con otra mujer?

- ¿Desconfías de mi? - Preguntó el esposo.

- ¡A estas alturas creo que sí!

- ¡Vaya lo que me faltaba! - dijo él.

Blanca estaba disfrutando a lo grande. Alejandro sin haberlo querido había levantado en la pareja desconfianza por parte de ella, y enfado por parte de él. El matrimonio había llegado a una polémica que al parecer no tenía fin.

Alejandro estaba desolado, toda aquella disputa transcurría por culpa suya. Quiso arreglarlo y se aproximó a la pareja en son de paz y de poner en claro el mal entendido.

Blanca lo alertó diciéndole.

- ¡No es el momento para que tú entres en la cuestión!

- ¡No me digas lo que debo de hacer! - Grito él.

- ¡Allá tú! - Contestó Blanca.

Alejandro se aproximó a la pareja. Con su mano derecha tocó el hombro del esposo llamando su atención. Él se dio la vuelta, y al encontrarse cara a cara con este intruso, lo agarró por la solapa, y trayéndolo hacia él, le dijo con la cara roja de ira.

- ¡Ahora le vas a explicar a ni mujer de qué me conoces!

- ¡Sí de qué! - Dijo ella esperando una respuesta concluyente.

Alejandro separó las manos del esposo que lo sostenía por la solapa de su americana, y trató de dar una explicación.

Blanca se había situado junto a Alejandro, con la sonrisa a flor de piel esperando una respuesta por parte de él. Antes de hablar Alejandro echó una mirada a Blanca. Aclaró la garganta, y humedeció sus labios. Y se dispuso a decir.

- ¡Todo es un mal entendido!

La esposa frunció el entrecejo y dijo muy afectada.

- ¡No vengas ahora con eso! ¡Di todo lo que sepas!

El esposo miraba atónito la reacción de Alejandro, de la manera que se había venido abajo. Entonces él, tuvo coraje para arremeter contra él.

- ¿No has dicho que tengo hijos? ¿Los conoces tú? ¿Me conoces a mí?

- No. Es la primera vez que te veo.

Blanca no se divertía lo suficiente y quería crear más tensión. Era la última noche que le quedaba de estar en el mundo de los vivos, y necesitaba echar más leña al fuego. La música que estaban poniendo esa noche en la discoteca era demasiado suave, y para la meta que ella quería conseguir, no era la suficiente. Y en el momento que se discutían, Alejandro con el que fue su novio y su mujer, salió de la pista de baile.

Juan se hallaba sentado en una mesa, conversando con una de las chicas que conocía. Estaba ausente a todo lo que sucedía. El camarero hacía rato que observaba la situación que se estaba viviendo en la pista. Fue directamente para hablar con Juan, puesto que él, no había advertido nada.

- ¿Te has fijado en la conducta que está llevando tu amigo?

Juan se giró algo preocupado, observó con detenimiento lo que sucedía. En ese instante, Alejandro había pedido perdón a la pareja, y cada uno ocupaba su puesto. El matrimonio continuaron bailando, y Alejandro salió de la pista mirando si veía a Blanca, no sabía a donde había ido.

Juan vio que iba algo despistado, se puso en pie para que lo viera. Alejandro llegó hasta donde estaba Juan con las dos chicas, y el camarero que lo iba siguiendo con la vista.

- ¿Qué te ha ocurrido? - Le preguntó Juan

En el tiempo que Alejandro cogía asiento, contestó.

- He tenido un tropiezo con un matrimonio que están bailando.

- ¿Un tropiezo tú? ¡Es raro! - Dijo Juan - ¡Sobre qué!

- Los líos de Blanca - Dijo Alejandro.

- ¿Está aquí Blanca? - Preguntó Juan bastante sorprendido.

- Sí, pero ahora no sé a donde ha ido.

Juan cambió de tema, y pasó a presentarle a las dos chicas que conocía. Ya hechas las presentaciones, siguieron tomando los cuatro, vodka con naranja.

Juan había ido a la discoteca para bailar, y eso era lo que iba a hacer. Él, y la chica rubia se pusieron en pie, y se dirigieron hacia la pista. Un cha - cha - cha estaba sonando.

Alejandro prefirió no salir a bailar, la noche no había acabado, y quizá terminara con muchas sorpresas. La otra chica compañera de la rubia salió ella sola a bailar. Se había dado cuenta que con Alejandro no iba hacer nada. Él se quedó solo en la mesa, pero para poco tiempo.

Blanca se incorporó en el asiento de al lado.

- ¿A dónde había ido? - Le preguntó Alejandro.

- He estado revisando en la sala donde se pinchan los discos.

- ¿Para qué?

- Esta música es pachanguera, necesito algo más fuerte. El último favor que te voy a pedir esta noche.

- ¿De qué se trata?

- Ve a la sala de discos, y dile al disjockey que ponga mucha música de rock.

Aquí no ponen esa clase de música - Respondió Alejandro.

- Da igual. Sólo quiero que le digas que ponga rock.

- No. Me niego hacerlo, me va a tomar por un loco ¿Para qué quieres que ponga un rock?

- Quiero darle la última sorpresa al que fue mi novio.

- ¡Deja a ese hombre en paz! ¿No has tenido bastante con lo que le acabas de hacer?

- ¡Es lo último, te lo prometo!

- ¡Aún así me niego a ir a pedirle al disjockey que ponga un rock!

- ¿No quieres hacer esto último por mi?

- No. Va a pensar que estoy sonao.

- ¡Iré yo! - Dijo Blanca levantándose del asiento.

Alejandro estaba seguro que iba de nuevo a liarla, y para que no ocurriera cedió.

- ¡Ya voy yo! - Dijo - Tú no te muevas de aquí.

Alejandro se puso en pie, y se dirigió a la sala donde pinchan los discos.

El Disjokey al verlo que entró tan decidido, le preguntó.

- ¿Qué quieres?

- ¡Me gustaría que pusieras un rock!

- ¿Un rock? - Preguntó el disjokey algo sorprendido.

- ¡Sí tío! ¿No sabes lo que es un rock?

- ¡Por supuesto que lo sé! El público que viene aquí es, para bailar boleros, tangos, cha - cha - cha, y cosas de esas, pero no rock.

Alejandro insistía.

- ¡Por esta noche puedes ponerlo!

- ¡Es que aquí no tengo discos de rock! - Dijo el disjokey para quitarse de encima a Alejandro.

- ¡Antes de asegurarlo míralo! - Insistió Alejandro.

El pincha se enfadó.

- ¡Si no te vas de aquí llamo a seguridad!

Alejandro no quiso meterse en más líos, y notó en el semblante de él, que no había conseguido el objetivo, y rápidamente le preguntó.

- ¿Dices que aquí no se pone rock?

Blanca no pudo esperar y se plantó en la cabina de discos a la velocidad del rayo. Alejandro no quiso participar en nada, y fue a sentarse en la mesa donde estaban.

Blanca entró en la sala de discos dispuesta a todo.

El disjokey acababa de pinchar una samba. El público lo agradeció moviendo su cuerpo al son del caribe.

Blanca se dirigió a un montón de discos que estaban en desuso, y los habían amontonado en un rincón. Necesitaba encontrar lo que quería.

El disjockey ajeno a lo que sucedía tras de sus espaldas miraba con entusiasmo al público que bailaban felices y contentos en la pista.

Blanca iba mirando disco a disco lo que buscaba.

Los discos que no le servían los iban lanzando al aire.

El disjockey ante tanto estruendo se dio la vuelta para ver que estaba sucediendo. El miedo se apoderó de él, y de tal manera, que dejó la maquina de pinchar sola, y se quedó clavado de espaldas y con los brazos casi en cruz, en una de la paredes de la sala. Su ojos emanaban espanto, casi terror. Era la primera vez que estaba viviendo un hecho tan real y espantoso. La salida la había cerrado Blanca, él buscaba por donde podía escapar. En este tiempo los discos iban lanzados de derecha a izquierda. Él sólo tenía tiempo en cubrirse la cara con sus manos. De la impotencia y el miedo que sentía, fue hasta la cristalera y empezó a pedir auxilio y socorro. Su mente le transmitía un pensamiento - ¡Voy a morir aquí y nadie se dará cuenta!

Blanca no entendía las suplicas de este pobre chico con apenas veinte años. Los discos seguían lanzándose, ahora en todas direcciones.

Al fin Blanca encontró un disco 33 del Bellísimo, extraordinario y bueno, Adriano Celentano. Cinco años de rock, el título. En la carátula, se distinguía un jovencísimo Adriano tocando su guitarra y bailando rock. Extrajo el disco de la funda, y miró los títulos. 24.000 baci. Este le gustaba, veinticuatro mil besos. Esos eran los que ella hubiese querido dar a su novio en vida. Ese rock era el que ella quería bailar con el que fue su novio, y que seguía más tranquilo en la pista bailando con su esposa.

Blanca llegó hasta la máquina de discos. Con gran asombro, el disjockey, miraba cómo se trasladaba en el aire un disco, y llegaba hasta la máquina. La samba estaba llegando a



su fin, y antes de que acabara, Blanca retiró ese disco, y colocó el de Adriano Celentano. El pincha iba de sorpresa en sorpresa, sus dos ojos no eran suficientes para abarcar tanto desenfreno, y en tan sólo dos minutos, no había transcurrido más, a él, se le hizo una eternidad. Dejó que todo transcurriera de la manera más normal. El miedo le impedía que diera un paso hacia delante, y permaneció quieto. Miraba el disco que había pinchado de samba, se levantaba, y se colocaba a un lado de la máquina y el disco que iba en el aire se colocó sólo para ser escuchado.

El rock de Adriano empezó a oírse. Blanca de un vuelo llegó hasta la mesa que ocupaba Alejandro. Lo agarró de la mano, y estiró de él, diciéndole.

- ¡Quiero bailar este rock!

- ¡No sé bailar rock! - Contestó Alejandro.

- ¡No importa, yo te enseñaré!

El encargado de la discoteca, entró en la sala donde se pinchan los discos, y dirigiéndose al disjockey le pidió explicaciones.

- ¿Por qué has pinchado un rock?

El pincha no sabía que contestar, el aturdimiento no se le había ido. Y no sabía tampoco que iba a decir, nadie lo iba a creer, pero tuvo que responder a la pregunta.

- ¡No le he puesto yo!

- ¿Quién ha sido?

- ¡Tampoco lo sé!

El encargado mostró su enfado y dijo.

- ¿Me estás tomando el pelo? ¡Sabes que está prohibido tomar en las horas de trabajo ninguna sustancia!

En la pista de baile, Blanca bailaba con ritmo el rock. Alejandro para ser la primera vez que lo bailaba lo hacía bien. El público que se quedó en la pista y era la mayoría, miraban

extrañados a Alejandro de la manera que bailaba sólo este bonito rock.

Juan que se había quedado en la pista con la chica rubia, se quedó maravillado de cómo bailaba. Él se percató, que quién lo hacía bailar era Blanca. Daría lo que fuera para transformarse y poder conocerla, según Alejandro se la había descrito, era una mujer bella, bastante hermosa. ¿Por qué Alejandro podía verla y él no? - Esa pregunta se la hacía a menudo.

El público que bailaba y los que no, también tenían sus ojos puestos en Alejandro, era la primera vez que veían a alguien bailar un rock tan bien bailado, con cambios y piruetas tan perfectos.

El que fue el novio de Blanca, bailaba con su esposa el rock a su manera. Él sintió curiosidad de acercarse a Alejandro para decirle cuatro cosas por lo de antes. Siguiendo el ritmo del rock se acercó con su esposa.

Blanca seguía encendida, y aún todavía quedaba hasta donde ella había pensado llegar. Él se lo estaba poniendo bastante fácil.

Se había acercado a Alejandro. Y con una risa de oreja a oreja, le preguntó con cachondeo.

- ¿A quién coges y sueltas?

Alejandro estaba pendiente de los pasos que le iba marcando Blanca, y no oyó bien la pregunta.

- ¿Qué dices? - Preguntó.

Fue Blanca quién le respondió.

- ¡Se está burlando de ti! ¡Pero ahora voy a encargarme de él!

Blanca soltó a Alejandro. Se acercó a la pareja, a ella la empujó y cayó hacia atrás dando con el trasero en el suelo. Agarró al que fuera su novio por las manos, y las pasó rodeando su cintura. Fue acercando su boca a la de él, hasta

que se juntaron. Bailaban 24.000 Baci. Toda esa cantidad de besos eran los que ellos iban a darse.

Blanca y su novio estaban bien agarrados, los dos se besaban con pasión. Él no veía a Blanca, pero algo le estaba ocurriendo maravillosamente bueno. Los dos se correspondían de la misma manera. El público que bailaban en la pista lo habían tomado por un loco, que no sabía lo que hacía.

Su esposa, se levantó del suelo, y con cara de gresca llegó hasta su marido. Le pegó un empujón en el hombro izquierdo, al tiempo que le preguntaba.

- ¿Qué razón tienes para empujarme?

Él no podía contenerse y seguía besándose con Blanca, de tal manera que estaba viviendo un momento de frenesí, que no oía las palabras de su mujer, y aún menos el puñetazo que ella le dio. La que se sintió ofendida fue Blanca, pero no hizo nada contra la esposa. Ella estaba pasando una noche bastante desagradable sin tener culpa de nada.

El rock 24.000 Baci faltaban las últimas notas para que acabara. Blanca tenía que seguir besando a su novio al tiempo que bailaban. Se despegó de él, y con la rapidez del rayo se puso en la cabina. Al momento de finalizar la última nota, colocó la aguja en el mismo disco, y esta vez pinchó Tu beso es como un rock.

Con la misma velocidad llegó a la pista, y se agarró a su novio bailando este bonito rock de Adriano Celentano.

En la cabina de discos el disjockey palideció de pánico, y la abandonó con la rapidez que sus piernas le permitía. Fue a encontrarse con el encargado. Este al verlo le preguntó.

- ¿Has continuado con otro rock?

El joven no respondía, no sabía que respuesta darle, al fin y al cabo nada de lo que le dijera se lo iba a creer. Y sólo se limitó a decir.

- ¡Tengo mucho miedo!

El encargado se opuso a que siguiera allí, y le pidió que fuera a ocupar su trabajo.

La pista de baile se llenó de parejas con este segundo rock. Cada pareja lo bailaba a su modo y se divertían a lo grande. Nadie se ocupaba de mirar al novio de Blanca, la mayoría, lo habían tomado por un chalado que sólo quería llamar la atención. Cada vez que su esposa quería agarrarse a él para bailar, era rechazada por Blanca, y la mayor parte de veces acababa en el suelo, por el empujón que recibía por parte de Blanca. Ella se ponía de pie y seguía insistiendo, hasta que de nuevo volvía a caer.

Alejandro hubiera intervenido, lo estaba pasando fatal, pero no podía ir contra corriente, eran las últimas horas que le quedaba a Blanca de seguir entre los vivos, y sobretodo, junto al hombre que había amado.

El control de la sala de discos lo llevó el encargado de la discoteca. El disjockey dijo, que se iba a su casa.

Blanca había bailado toda la noche con el que fue su novio en vida. Se estuvieron besando hasta perder el sentido. Él jamás supo que ese domingo por la noche había bailado, y se había besado con verdadera pasión, con la novia que tuvo y que murió.

Alejandro y Juan abandonaron la discoteca a la una de la madrugada. Al día siguiente era lunes, y tenían que incorporarse al trabajo.

Alejandro había metido su coche dentro del parking, sólo estaba a una calle de su casa. La última vez que vio a Blanca fue en la discoteca besándose con el que fue su novio. Alejandro no se había despedido de ella, y no sabía si la volvería a ver, puesto que era su última noche de estar entre los vivos.

Introdujo la llave en la cerradura de la puerta del piso y abrió. Detrás de la puerta lo estaba esperando Key. Cada vez que Alejandro salía de noche, el perro lo esperaba en un sitio habitual. Key se puso de pie y saludó a su amo posando sus manos en las rodillas de Alejandro. Esperaba la caricia que cada vez se ganaba por su fidelidad.

- ¿Te has portado bien? - Le dijo Alejandro al tiempo que le acariciaba la cabeza.

La casa estaba en silencio. Era raro que Enriqueta no estuviese levantada esperando a su hijo. La noche que Alejandro salía, Enriqueta lo solía esperar medio dormida en el sillón y con la televisión encendida. No estaba tranquila hasta que no la veía llegar.

Alejandro se dirigió al dormitorio de sus padres, quería confirmar que los dos dormían. La puerta del dormitorio estaba entornada con una rendija de dos palmos. Su padre dormía profundamente, los ronquidos, lo aseguraba. Su madre le habló desde la cama.

- ¿Qué hora es? - Le preguntó.

- La una y media - Respondió Alejandro.

- Esta noche has vuelto pronto - Dijo ella.

- Sí mamá, mañana trabajo.

- ¡Buenas noches hijo!

Alejandro se dirigió al cuarto de baño. Después de hacer sus necesidades y el aseo conveniente, fue a su dormitorio. No podía quitarse de la mente lo que había vivido esa noche en la discoteca ¡Blanca era extraordinaria! - Era lo que pensaba de ella.

Encendió la luz del dormitorio. Su semblante era triste y algo apagado, no era por cansancio. Había un sentimiento en su interior algo nuevo que desconocía. Se quitó la americana y la colocó en la percha de pie. La camisa la iba desbotonando lentamente. El tórax lo tenía al descubierto, lo cogió por sorpresa oír la voz de Blanca diciéndole.

- ¡Eres guapo y sexy! ¿Lo sabías?

Alejandro sorprendido la busco con la vista por la habitación. Delante de la ventana se hallaba Blanca, radiante como siempre, y con el rostro repleto de felicidad. Su sonrisa se marcaba más que nunca.

Alejandro la miraba emocionado, tenía los ojos húmedos. Blanca había sido una chavala enormemente bella.

- ¡También tu eres guapa, y sexy para qué decir!

Blanca seguía de pie delante de la ventana con la mirada traviesa y sonrisa en los labios.

- ¡En otros tiempos si tu y yo nos hubiéramos conocido, hubiésemos hecho buena pareja! - Dijo Blanca.

- ¡Estoy seguro que si!

Alejandro iba acercándose con su mirada puesta en la de ella, seguidamente en su boca, en sus pechos y caderas. Revisó todo su cuerpo, y luego dijo.

- ¡La vida no es justa y nunca lo será!

- ¡Dímelo a mí! - Respondió Blanca.

Alejandro tenía muchas cosas que preguntarle y dijo.

- ¿Por qué te has fijado en mi?

- Tenía que vengarme de mi novio, te lo dije al principio.

- ¡Eso no tiene sentido! - Respondió él.
- ¡Para mí si lo tiene!
- ¿Entonces lo que ha sucedido esta noche es una venganza?
- Sí.

Alejandro posó sus ojos en los labios de ella, y luego le preguntó.

- ¿Cuándo te vas?
- ¿Cuándo quieres tú que me vaya?

Alejandro se quedó sin palabra, y sin saber qué responder, no se esperaba a que Blanca le hiciera esa pregunta.

- ¡A mi no me estorbas! - Respondió él.
- ¡Te has enamorado de mi! ¿No es cierto?

También se quedó sin saber qué responder.

- ¡Qué tontería! ¿No? ¡Pero si tú lo dices es posible de que sea verdad!
- Eres un hombre honesto y bueno. Estoy segura de que encontrarás a la mujer que te haga feliz. Perdóname por todas las veces que te las he hecho pasar mal.

Alejandro tenía la garganta seca, apenas podía tragar saliva, y la emoción hizo que derramara una lágrima.

- ¡No importa, te echaré mucho de menos! ¡Y desde luego, me gustaría encontrar una mujer que fuera tu doble!
- ¡En todos sitios está el doble de otra persona! ¡Si lo deseas con todas tus fuerzas, la llegarás a encontrar!
- ¡Ojalá así sea! ¡Sería el hombre más feliz de la tierra si esto me ocurriera!

Blanca se fue aproximando a Alejandro. Los dos se miraban de muy cerca. Los dos se habían enamorado uno del otro. Blanca posó sus labios en los de Alejandro, y con un beso suave pero que estaba lleno de amor, le dijo.

- ¡Hasta siempre amigo mío! ¡Y gracias por todo!
- ¿Hasta siempre dices? - Preguntó Alejandro.

- Si. El día que tú dejes la tierra, nos encontraremos en el más allá. Te prometo, que el día que ocurra lo celebraremos.

Alejandro quiso gastarle una broma.

- ¿Lo celebraremos con champagne?

- ¡Porque no! ¡En el más allá no falta de nada!

Blanca tenía que volver al cementerio, y estas fueron sus últimas palabras.

- ¡Cuídate mucho Alejandro!

- ¡Te prometo que lo haré! ¡Adiós Blanca!

Blanca salió del dormitorio sin hacer ruido. Alejandro fue tras de sus pasos, deseaba verla otra vez, y ver porqué lugar de la casa salía. Miraba su silueta fina y esbelta andando despacio. Sintió un deseo vivo de querer abrazarla y atraerla hacia él, pero esto no podía ser, era un espíritu maravillosamente bello, y tenía que seguir, y esta vez evolucionando hasta que volviera a reencarnarse de nuevo. De esa manera lo creía Alejandro, y estaba convencido de que así era. Dos lágrimas resbalaban por sus mejillas, a pesar del temperamento de Blanca, ella le había dejado mucho amor, había estado a su lado tres días y tres noches que vivió con intensa inquietud, pero que ahora se había transformado en verdadera pasión.

Blanca al llegar al final del salón, se dio la vuelta. Alejandro pudo comprobar que ella también estaba llorando. Levantó la mano derecha y la agitó despidiéndose de él. Alejandro no tuvo tiempo de responderle, porque al instante ella desapareció.

Alejandro aligeró el paso y llegó hasta el salón, la pequeña lámpara que reposaba encendida en una mesa que hacía rinconera, daba la suficiente luz para ver lo que había. Buscó con la vista a Blanca ansioso de volverla a ver, ella ya no estaba, se había marchado para siempre.



Alejandro volvió a su dormitorio. Se sentó sobre la cama, y se quitó los zapatos. Sueño no tenía, pero eran las dos y media de la madrugada, y a las siete se tenía que levantar, cuatro horas de sueño le vendría bien. Se puso un pijama azul, se dirigió a la ventana donde hacía pocos minutos Blanca le había hablado. Descorrió la cortina, a través de los cristales miró a la calle. La noche era oscura y silenciosa. El suelo estaba mojado de haber estado lloviendo gran parte de la noche.

Miró la hora en su reloj de pulsera, marcaba, las tres menos diez minutos. Lentamente echó la cortina y se dirigió a la cama, se acostó. Los ojos los tenía como platos, intentaría cerrarlos para conseguir dormir un rato.

Estirado en la cama con la mirada puesta en el techo, las manos cruzadas, por detrás de la nuca. Pensaba con nostalgia en Blanca, no podía quitársela de la mente, dijo escuchando su propia voz - ¡Una mujer con el temperamento de ella y su belleza, es lo que yo necesito!

A las siete y media de la mañana, Alejandro entró en su coche para dirigirse a su trabajo. Estaba obligado a pasar por delante del cementerio. Detuvo el coche frente a la puerta de hierro, y salió fuera, se quedó de pie observando el lugar donde tres días atrás Blanca lo estaba esperando. Musitó - ¡Qué raro es todo esto! ¡El primer día llegué a odiarla, y hoy, la hecho de menos!

El ruido del motor de un coche hizo que girara la cabeza, se trataba de Juan que se dirigía al trabajo. Paró el coche detrás del de Alejandro, y descendió, se aproximó a él, y algo extrañado le preguntó.

- ¿Qué haces aquí?

- ¡Pensando! - Respondió Alejandro - Este es el lugar donde ella me esperaba el viernes pasado.

- ¿Te estás refiriendo a Blanca?

- Si.

- Toda esta historia siempre me ha parecido bastante extraña -  
Dijo Juan.

- ¿No la crees? - Le preguntó Alejandro.

- ¡Ni la creo, ni la dejo de creer!

- ¡Fuiste testigo de lo que ocurrió el sábado por la noche en la discoteca! ¿No es cierto? ¡Y también anoche!

- Alejandro, eres mi mejor amigo, y por nada del mundo quisiera hacerte daño. Es cierto que el sábado por la noche y ayer domingo, sucedieron cosas raras. El sábado bailaban como dos desesperados en la discoteca, el encargado y el camarero. Creo que todos los asistentes pensaron como yo, que los dos estaban zumbaos. Ayer noche pasó casi lo mismo, había en la pista un pobre hombre bailando más solo que la una un rock. Pero eso se ve todos los fines de semana en todas las discotecas. Son gente que están deseando de que llegue ese día para sacar tensiones acumuladas durante la semana.

Alejandro quedó decepcionado, no esperaba que Juan un amigo de años pensara de esa manera, después de haber estado presente en todo lo que ocurrió.

- ¡También yo estoy pirao! ¿No? - Dijo a Alejandro - ¡Bailé un rock con Blanca! ¿No lo recuerdas?

Juan se aproximó a Alejandro, posó su mano derecha en el hombro izquierdo de él, y le dijo.

- No quiero que esto que te voy a decir, te siente mal. Soy tu amigo, me has pedido mi opinión y te la voy a dar ¡Pasé vergüenza de verte bailar! ¡Aunque lo hacías bien, tuve que retirarme de la pista por no oír comentarios desagradables!

Alejandro desvió la mirada de la de Juan, y la volvió a poner en la puerta del cementerio. Nadie lo iba a creer. Su madre que era lo que más quería, se había negado a seguir hablando de ese tema, Juan su mejor amigo, negaba toda

evidencia. El único que lo creía, era su padre, y todo porque Blanca dejó que él la conociera.

Juan prosiguió diciendo.

- ¡En tres días has cambiado un montón! ¡Y ahora que pienso! ¿No te habrás enamorado de un fantasma, en caso de que todo este enredo sea verdad?

- ¡Estoy hecho un lío! - Contestó Alejandro.

- ¿Te has enamorado de un espíritu? ¡No me lo puedo creer! ¡No te creía tan romántico!

- ¿Crees que lo soy?

- ¡Estoy seguro! ¡Hoy te quería hablar de algo más importante!

- ¿Más importante que todo esto que me está ocurriendo?

- ¡Mucho más! ¿Recuerdas las dos chicas que anoche nos estaban esperando en la discoteca?

- Si.

- ¡Esta noche he quedado con ellas en el casino!

- ¿Para que? - Preguntó Alejandro algo sorprendido - ¿Has olvidado que es lunes?

- ¡Sé muy bien en qué día de la semana estamos! ¡Por sorprendente que lo encuentres, la chica de pelo castaño quiere conocerte mejor!

- ¿A mí?

- Si.

- ¿Para qué?

Juan lanzó una carcajada al aire.

- Dice que bailas bien, y que no le importaría hacer pareja de baila contigo.

- ¿Conmigo?

- ¡Si tío contigo!

- ¡Yo no sé bailar, lo hacía Blanca por mí!

- ¡Corta el rollo! ¡Nadie lo iba a creer, y si sigues diciendo eso, te tomaran por loco!

Sólo faltaba cinco minutos para que ocuparan sus puestos en el trabajo. Alejandro decidió.

- ¡Está bien! ¿A qué hora has quedado con esas chicas?

- ¡A las diez, después de cenar!

Juan se dirigió a su coche, entró y arrancó antes que Alejandro. Él lo hizo seguidamente.

---

Enriqueta había preparado una cena succulenta, hacia tres días que no comían bien. Alejandro había ido bastante ajetreado, en la casa sucedió algo muy extraño, ella no encontraba la razón, y tampoco la buscaba.

En la mesa no faltaba de nada, había más de lo que pudiesen comer. Alejandro iba cortando el entrecot acompañado de patatas fritas y champiñones revueltos con ajo y perejil.

Enriqueta había elegido para ella y su marido algo más suave, una rueda de merluza hecha a la plancha, patatas y ensalada. Ella levantó los ojos del plato y miró a su hijo, quería hacerle varias preguntas.

- ¿Lo pasaste bien anoche? - Le preguntó.

- ¡Muy bien mamá!

- ¿Has conocido a alguien?

- ¿A quién te refieres? - Preguntó Alejandro sabiendo el contenido de la pregunta.

- ¡Demasiado lo sabes! ¡Una chica!

- Mamá, el día que suceda la traeré a casa, y tiene que ser una mujer como las que a mí me gustan. Soy hombre clásico, y como tal, no quiero salir hoy con una y mañana con otra. Eso

acarrea tanto en el hombre como a la mujer, un desequilibrio mental que más tarde se paga.

Pablo habló con la boca llena.

- ¡Hijo tienes razón! Tu madre y yo hace treinta años que llevamos de casados, porque yo fui su primer y único hombre para mi, tu madre fue lo mismo.

Enriqueta intervino diciendo a su hijo.

- ¡La mujer que esté destinada para ti, no se la llevará otro hombre! ¡Pero con todo y con eso, no te duermas en los laureles!

Alejandro dejó que su madre terminara de hablar y dijo.

- ¡Esta noche salgo!

Pablo seguía comiendo sin prestar demasiada atención al comentario que su hijo hizo. Fue Enriqueta que exclamó mirándolo de frente y dijo.

- ¿Hoy es lunes, lo recuerdas?

- ¡Sí mamá, sé el día que es!

- ¿A dónde vas? - Le inquirió.

- ¡Al casino!

- ¡Estas cambiando de hábitos! ¿No te parece?

- Juan que se ha empeñado en que vaya.

- ¡Uf! Esto me huele a faldas.

Pablo levantó los ojos del plato para intervenir.

- ¡Hace escasamente unos minutos le estabas discriminando su soltería! ¿Por qué no le dejas en paz? ¡No paras de preguntarle! ¿A dónde vas? ¿Con quién sales?

- ¡No voy a decirle nada mas, y que haga lo que quiera! - Dijo Enriqueta algo molesta.

- ¡Eso es lo que debías haber hecho hace años!- Le contestó Pablo.

Alejandro terminó de comerse el plato de deliciosa carne. Se levantó de la mesa, y se dirigió al cuarto de baño y

prepararse, para salir. Había quedado con Juan a las diez, y sólo faltaban quince minutos.

Alejandro como casi siempre llegó tarde a la cita. Juan y las dos jóvenes estaban esperándolo en una mesa. No habían pedido nada hasta que él llegara.

- ¡Hola que tal! - Dijo saludando.

- ¡Pensábamos que no venías! - Agregó Juan.

- ¡Perdóname, no he podido venir antes!

Juan pasó hacer las presentaciones, aunque la noche anterior ya las había hecho, pero con todo el tumulto, que se montó, nada quedó claro. A Juan le interesaba presentarle a la joven de cabellos castaños, ya que la rubia le gustaba a él.

- ¿Te acuerdas de Amalia? - Le preguntó.

- ¡Como no me voy a acordar! - Respondió Alejandro con una sonrisa galante hacia la joven.

Amalia observaba con atención el modo de vestir de Alejandro. Para ser tan atractivo, vestía de manera clásica, y parecía que tuviese más edad. Ella era más moderna. La minifalda hacia mostrar sus bonitas piernas, y el escote del jersey de punto, mostraba un perfecto canalillo. Ella sólo tenía ojos para Alejandro, le gustaba sobretodo el rock que bailó la noche anterior en la discoteca, y su cuerpo varonil.

Todas las noches después de la cena el casino llenaba sus mesas de clientes que lo frecuentaban casi a diario. Para tomar un café y la copa. Otros clientes acompañaban la copa de licor con una partida de cartas, o de dominó.

El camarero se acercó a la mesa y les preguntó, que iban a tomar.

- ¡Dos batidos de chocolate! - Pidieron las dos jóvenes.

- Dos whisky con hielo - Alejandro y Juan.

La gente hablaba en alto, y había algo de alboroto, lo normal en una noche donde la gente se reúne después de un día de trabajo.

Alejandro trataba de ser lo más amable posible con Amalia, su interés estaba en el baile, y lo más importante en él.

- ¿A dónde has aprendido a bailar el rock? - Le preguntó con la mirada puesta en la de él.

Alejandro estaba hecho un lío, no sabía qué decir ni por donde empezar, y dijo lo primero que se le ocurrió.

- ¡Todo es práctica, lo aprendo en la discoteca!

- ¡Si, estoy de acuerdo! - Respondió ella - ¡No he visto a nadie marcarse un rock de la manera que lo bailaste!

Alejandro recordó al que fue novio de Blanca, y dijo para salir del paso.

- ¿No te fijaste en la pareja que se encontraba a mi derecha? ¡Él también bailó el rock en solitario!

Amalia trató de recordar, y a los pocos segundos dijo.

- ¡Pobre hombre, me dio pena! ¡Su mujer no sabía bailar y se quedó apartada a un lado! ¡Él no se daba cuenta de que estaba haciendo el ridículo! ¡No era normal el estado en que se encontraba!

La vista de Alejandro se fue a posar en una mesa donde había dos chicas tomando unas bebidas, y hablando. La chica que tenía frente a él, era morena y de cabellos recogidos atrás de la nuca. Pero quién le llamó la atención, fue la joven que daba la espalda. Su mirada la tenía puesta en ella hasta el punto de no oír la conversación que Amalia estaba manteniendo con él, estaba totalmente ausente. Algo en su cuerpo se alborotó al contemplar, que esta joven era de espaldas igual que Blanca. Una melena larga y rubia que reposaba por debajo de los hombros. Vestía con un vestido blanco, no podía seguir sentado sin poder averiguar de quién se trataba, y pensó - ¡Y si fuera Blanca que le estaba jugando



otra partida! - Se levantó del asiento, Amalia le estaba contando algo sobre el baile de pareja.

Juan al ver que se ponía de pie y daba dos pasos hacia delante, lo llamó para preguntarle, ya que no había dicho nada, y dejó a Amalia con la palabra en la boca.

- Alejandro ¿A dónde vas?

Él se dio la vuelta, y dijo con voz pausada.

- Enseguida vengo, seguir vosotros.

Juan insistió.

- ¡Hombre, no hagas eso!

- ¡Son dos minutos! - Recordó Alejandro.

Juan se excusó ante Amalia.

- ¡No sé que habrá visto! Volverá pronto.

Alejandro pasó por dos mesas hasta llegar en la que estaban las dos chicas hablando y comentando algo gracioso por la sonrisa que mantenía la joven morena. Ella al ver que un joven de aspecto agradable se acercaba a ellas, lo miró de frente sin dejar la conversación. Alejandro estaba situado de espaldas a la joven rubia, aunque trataba de disimular, el corazón le iba a cien. Se quedó en medio de las dos jóvenes, y fijándose en la rubia, la saludó diciéndole.

- ¡Hola Blanca!

La joven alzó la vista, sus ojos azules se clavaron en los de Alejandro. Él se quedó sin respiración, el parecido de esta joven con el de Blanca, era asombroso, parecían gemelas.

Ella contestó al saludo de Alejandro.

- ¿Ahora me llamo Blanca?

Alejandro reía feliz, y respondió.

- ¡Si no te gusta este nombre! ¿Qué te parece Carmen?

- ¡Debe haber una tal Blanca por ahí que te ha roto el corazón!  
¿Voy descaminada?

- ¡No! ¿Cómo lo sabes?

- ¡No es difícil adivinarlo! ¡En tu manera de mirar puede saberse que estás enamorado!

Alejandro se la comía con la mirada. Tenía delante de él, al doble de Blanca, era como tenerla a ella, pero en carne y hueso. Cogió una silla y pidió permiso.

- ¿Puedo sentarme?

- ¡Desde luego! - Respondió la joven rubia.

En la mesa donde se hallaba Juan y sus dos amigas, surgieron los comentarios.

- ¡Qué tío, parecía tonto! - Dijo Juan.

Amalia, la joven con la que estaba hablando Alejandro, algo recelosa, comentó a su amiga y a Juan.

- ¡Está camelando a la rubia! ¿Os habéis dado cuenta?

Juan estaba molesto por esta chica, por lo mal que lo debía estar pasando.

Alejandro seguía con el juego de los nombres.

- ¿Te llamas Juana? - Le preguntó a la joven rubia.

Las dos amigas rieron a la vez. Alejandro era muy divertido.

- ¡Mi nombre es Isabel! - Dijo la chica.

- ¡Ese es el nombre que estaba yo buscando! - Respondió Alejandro mientras reía alegremente.

Isabel posó el codo derecho sobre la mesa, y con la mano sostenía su barbilla. Miraba a Alejandro con curiosidad, luego sonrió y le dijo.

- ¡Blanca no tendría que estar bien al dejarte escapar!

Alejandro levantó los hombros como respuesta.

- ¿La querías mucho? - Siguió preguntando la joven.

- ¿A quién? - Preguntó Alejandro como evasión.

- ¡No digas ahora que no estabas enamorado! ¡El nombre de Blanca ha salido de tu boca con gran ternura! ¿La querías mucho?

En esos instantes apareció Juan, se mostraba algo descontento por la acción de Alejandro, dejándolos en la mesa, para ir a la conquista de otra chica.

- ¡Alejandro, Amalia te está esperando! - Dijo Juan.

Isabel moderna donde las hubiera, miró a Alejandro, y le guiñó un ojo, pasó a decirle.

- ¡No es Blanca la mujer que te ha robado el corazón, sino Amalia!

- ¡No, no! ¡Aquí hay un mal entendido! - Replicó Alejandro en su defensa.

Juan abrió los ojos como platos al escuchar el nombre de Blanca en boca de esta joven, y pasó a preguntarle.

- ¿Qué sabes tú de Blanca?

Isabel hizo una mueca al tiempo que sonreía, y contesto.

- ¡Nada! ¡Pregúntaselo a tu amigo! ¡Me ha confundido por esa persona!

Juan abrió los ojos aún más. Su vista la recreó en la silueta de Isabel - Realmente era, más que guapa, atractiva. Sus ojos azules, sus labios carnosos de color fresa y sus cabellos dorados como rayos de sol, hizo apaciguar el enfado que llegaba para descargarlo sobre Alejandro.

Echó la vista sobre él, buscando una respuesta.

Alejandro se limitó a callar. Todo este pasado lo tenía que olvidar, y qué manera mejor, que no decir nada.

Juan se quedó con la duda, si esa chica era el vivo retrato de Blanca, en caso que fuera verdad que su espíritu hubiese hecho en la vida de Alejandro un hueco de recuerdos, merecía la pena no olvidarla. Se dirigió a Alejandro, para decirle.

- ¡Quédate aquí con estas dos señoritas hasta que quieras!

Isabel intervenido para decir.

- ¡Nosotras ya nos íbamos!

Juan se alejó de la mesa y llegó a la otra, donde las dos jóvenes lo estaban esperando.

Isabel había quedado impresionada con la personalidad y el físico de Alejandro. No le importaba quién era Blanca. Y Amalia lo que realmente le interesaba era Alejandro, y si los dos se gustaban, nadie se iba a interponer en cortar su camino.

Alejandro no se había presentado.

- ¡Me llamó Alejandro! - Dijo - ¿Podemos seguir viéndonos?

Isabel afirmó.

Su amiga no pasó a presentarse. Los veinte minutos que hacía que estaban hablando, se dio cuenta que Isabel y Alejandro se gustaban, y quizá fuera un verdadero amor que duraría para siempre.

- ¡Me gustaría seguir viéndonos! - Respondió Isabel, abrió el bolso y extrajo una tarjeta de visita, y entregándosela a Alejandro dijo - ¡Aquí tienes mi número de teléfono!

Alejandro no tenía tarjeta para darle, pero daba igual puesto que sería él, quién la llamaría a ella.

- ¡Pronto nos volveremos a ver! - Dijo Alejandro mientras se levantaba de la silla - ¿Puedo llamarte mañana?

- ¡Incluso esta noche si te apetece! - Respondió ella.

- ¿Te apetece a ti?

- Sí.

Los dos estaban hechos el uno para el otro. Cupido supo esperar el momento más adecuado para que el amor se manifestara en ellos, y triunfará para toda la vida.

Isabel y su amiga salieron del casino. Alejandro fue a sentarse en la mesa donde lo seguían esperando Juan y las dos jóvenes.

Amalia que llevaba una intención favorable para Alejandro, renunció a seguir seduciéndolo. Había notado en la mirada de él, un brillo especial, una luminosidad que se pone en las pupilas de las personas que están enamoradas. Demasiado sabía, que no debía seguir insistiendo puesto que la batalla la tenía perdida. Había mirado de cara a Isabel, su belleza

resaltaba, y también vio de la manera que Alejandro la miraba, y los dos se correspondían.

A Juan le había quedado una espina clavada, no resolver en el instante preciso el parecido de Isabel con Blanca, pero pronto iba a salir de dudas. No es que creyera a un cien por cien en la existencia de Blanca, pero algo había que podía explicarse.

Alejandro fue a reunirse con Juan y las dos jóvenes.

- ¡Es encantadora la chica que has saludado! - Empezó diciendo Juan.

- ¡Sí mucho! - Respondió Alejandro, atento a la pregunta que venía después.

- ¿Por qué ha mencionado a Blanca? ¿Ella sabe quién es?

- ¡No lo sabe!

- ¡La has confundido por ella! ¿No es cierto?

Alejandro sonrió al tiempo que afirmaba.

Juan repuso bastante extrañado.

- ¡No sabía yo que un espíritu tuviese un aspecto tan agradable!

Amalia seguía una conversación con su amiga, dejando todo interés a la persona de Alejandro, y sin quitar oído a las palabras de él y de Juan. Esto último que Juan había mencionado le llamó la atención. Miró de frente a Juan y le preguntó.

- ¿A qué espíritu te estás refiriendo?

Juan se quedó algo cortado, por no estar a la altura de saber responder. Con la mano derecha hizo un gesto señalando a Alejandro y respondió.

- ¡Yo no entiendo de esas cosas, quién te puede responder es él!

- ¡Yo! - Replicó Alejandro - ¡De espíritus sé tanto como tú!

- ¡Venga hombre, no te hagas de rogar! - Dijo Juan.

- ¿Qué quieres que diga?

- ¡No sé! ¡Diles algo, y si no te lo inventas!
- ¡Eso que estás diciendo no está bien! - Atajó Amalia.
- ¿Sabes tú algo de espíritus? - Pregunto Juan.

Amalia pasó su vista por los tres que la rodeaban, y que la miraban. Recelosa por lo que iba a responder, dijo.

- ¡He oído algo acerca de los espíritus!
- Inés su amiga y también de Juan, intervino para decirle.
- ¡No te cortes delante de ellos, y di la verdad!

Amalia enrojeció. Este era un tema que nunca quería tocar por lo mal que lo había pasado en unas circunstancias malas, y en otras para bien.

- ¡No tengas miedo cuéntalo! - Insistió Inés.

Alejandro tenía los codos apoyados sobre la mesa, con las manos sostenía sus mejillas. La mirada puesta en Amalia esperando a que contara algún hecho que le hubiese sucedido.

Juan era menos creyente. Tenía la espalda apoyada en el respaldo de la silla, y mantenía los brazos cruzados, también esperando oír el relato de Amalia. Ella bebió un sorbo del vaso que contenía el batido de chocolate que estaba tomando, y se preparó para decir.

- ¡Nací gemela con un varón! Mi hermano y yo nos queríamos mucho, cuando me dolía el estómago, a él, le dolía también. El uno sentía lo que le ocurría al otro. Hasta en los estudios sacábamos las mismas notas. Éramos lo que se suele decir, dos gotas de agua, a excepto a una afición, a él le gustaban las motos, y hacer carreras. A mi las motos nunca me han gustado. Hace un año, en esas malditas carreras perdió la vida. Mis padres quedaron destrozados, y creo que nunca se van a recuperar. Yo quedé medio muerta, y es ahora que poco a poco me voy recuperando.

¡Un miedo espantoso se apoderó de mí! Mi hermano murió en un accidente, y yo temía de morir en otro. Las noches las pasaba llorando en mi dormitorio. Una noche trataba de

dormir y era imposible. Mi hermano y el accidente lo tenía dentro de mi cabeza sin posibilidad de echarlo. Acababa de apagar la luz de la mesita de noche. Los ojos aún no los había cerrado, lo recuerdo perfectamente como si de anoche se tratara. Estaba acostada del lado derecho, y nunca lo podré olvidar, por muchos años que pasen. De pronto sentí una inmovilidad en todo mi cuerpo, me pesaba de tal manera que no podía mover un brazo. Mi sorpresa fue enorme al ver a mi difunto hermano sentado en el borde de la cama, me miraba con una sonrisa. Levantó su mano derecha, y acarició mi cabeza. Sentí su contacto suave, muy delicado. Por último me dijo - ¡No tengas miedo de morir como yo! Tú tendrás una larga vida, pero cuando llegue tu hora no tengas miedo de morir, pues, no te darás cuenta.

Amalia hizo una pausa para tragar saliva.

Los tres presentes mantenían la boca abierta, ensimismados en lo que Amalia estaba contando. Juan que era el más escéptico, un Tomás de Aquino, tenía los ojos plasmados en el rostro de Amalia. Este relato que narraba lo impresionó, y esperaba como el resto de los demás a que terminara. Ella siguió.

- El pesar mío es, no haber podido hablar con él, tenía paralizada la boca, trataba de moverme y era imposible. Todo mi cuerpo era cómo una masa pesada.

Juan levantó el índice para preguntar.

- ¿No estarías soñando? ¡Es posible que te quedaras dormida!

Alejandro intervino como mediador.

- ¡Tampoco has creído nunca la historia de Blanca! ¡La has tenido a un palmo de ti, y sigues negándolo!

Juan se defendió diciendo.

- ¡Lo que no veo no lo creo! ¡Soy así, que le voy hacer!

Se dirigió a Amalia para disculparse por lo que había dicho.

- ¡Comprendo el dolor que sientes por lo de tu hermano! ¡Y es posible que todo esto que nos has contado sea real, y no haya sido un sueño!

Inés hacia rato que quería hablar.

Amalia y ella se conocían desde que eran niñas. Habían ido al mismo colegio, y compartían los mismos gustos y los mismos juegos. La conocía muy bien, ella jamás se inventaría una cosa semejante. Había vivido de cerca la muerte de su hermano, y sabía lo mucho que los padres y ella sufrían.

- ¡No eres justo diciendo esto! - Le reprochó a Juan - ¡Desconoces su dolor! ¡Y ten por seguro de que ha dicho la verdad!

Juan juntó las manos en señal de perdón, con la mirada puesta en Amalia le dijo con humildad.

- ¡Siento mucho lo que he dicho, no me lo tengas en cuenta! ¿De acuerdo?

Amalia afirmó.

Alejandro consultó la hora en su reloj de pulsera, y exclamó.

- ¡Son las doce y media!

- ¡Nosotras nos tenemos que marchar! - Dijo Inés - ¡Mañana sigue otro día de trabajo!

- ¡Os acompaño! - Dijo Juan.

Salieron del casino. En la puerta se despidieron. Juan acompañó en su coche a las dos amigas. Alejandro entró en el suyo en dirección a su casa, llevaba grandes deseos de llegar para hablar por teléfono con Isabel. La tarjeta que ella le había entregado, la guardó en el bolsillo izquierdo de su americana. Mientras iba conduciendo, la sacó, revisó la inscripción que tenía - Isabel Arroyo - Licenciada en arte moderno - teléfono - Alejandro besó la tarjeta en donde estaba escrito el nombre de Isabel, y lleno de alegría, dijo.

- ¡Ella es la mujer que yo estaba esperando!



Al introducir la llave en la cerradura del piso y abrir la puerta, Key vino a su encuentro. Posó sus patas delanteras en las rodillas de Alejandro en señal de saludo, esperando una caricia y unas palabras cariñosas.

- ¡Hola key! ¿Te has portado bien? - Le dijo Alejandro acariciando su cabeza.

Depositó las llaves en un platillo que había encima de la mesita de la entrada, y que servía para este menester. Según avanzaba hacia el salón donde se hallaba el teléfono, extrajo de su bolsillo la tarjeta, le echó una ojeada y sonrió.

Cogió asiento en uno de los sillones, donde a la derecha se encontraba el teléfono. Con la tarjeta en mano descolgó y marcó el número. Una llamada, a la que hizo dos descolgaron el teléfono, se oyó la voz firme y segura de Isabel.

- ¡Diga!

Las pulsaciones del corazón de Alejandro pasaban de cien, tragó saliva para serenarse, y controlando su voz dijo.

- ¡Hola Isabel! ¿Llamo en un momento inoportuno?

- No. Estaba esperando tu llamada.

Para Alejandro era la primera vez que se encontraba en esa situación, sobretodo porque Isabel le gustaba demasiado. Lo que le dijera tenía que ser convincente para ella, y no alargarse mucho, no fuera a meter la pata, quería ganársela de la mejor manera.

- ¡Tenía la necesidad de hablar contigo! - Dijo él - Quiero que nuestra amistad sea duradera.

- También pienso yo lo mismo - Respondió ella.

Alejandro tenía el camino abierto. Respiró profundamente sacándose de esa manera una espina.

- ¡Me gustaría que nos volviéramos a ver! ¿Qué te parece?

- ¡Bien!

Alejandro sentía unos deseos grandes de que fuera al día siguiente, y le preguntó.

- ¿Te parece bien mañana?
- Si, a las ocho - Respondió ella.
- ¿Tienes predilección por algún sitio? - Preguntó él.
- ¡Me gustaría que paseáramos! Para hablar y conocernos mejor. He pensado en el paseo marítimo.
- ¡En la entrada estaré esperándote! - Concretó Alejandro.
- ¡Ahí estaré yo! - Dijo finalizando Isabel.
- ¡Que tengas bonitos sueños! - Le deseó Alejandro.
- ¡Igual te digo!

Alejandro colgó el teléfono después de que Isabel lo hiciera. No se había percatado de la presencia de su madre, tan lleno de alegría estaba por dentro, que no vio la vigilancia que le había montado Enriqueta. La tenía casi enfrente, de pie y en pijama, con una sonrisa de picarona, y afirmando casi todo el rato que duró la conversación con Isabel.

Fue Enriqueta que se acercó, con cara de satisfacción, le preguntó a su hijo.

- ¿Has quedado con una chica que has conocido? ¡Si has dado ese paso de salir con ella, es que la chica lo merece!

Alejandro se sorprendió al ver a su madre de cara a él. No hizo grandes elogios para que su madre no cogiera alas, y la tuviera siempre detrás.

- ¡Mamá! ¿Por qué me estabas espiando? ¡Quiero que me dejes tranquilo!

Enriqueta no le dio importancia a las palabras de su hijo. Su emoción era tan fuerte, que lo único que se le ocurrió hacer fue, coger entre sus manos las mejillas de Alejandro, y besar su frente repetidas veces, al tiempo que le decía.

- ¡Al fin nos vas hacer abuelos!

¡Alejandro quiso poner las cosas en su sitio!

- ¡Mamá! ¡Esta chica a la que he llamado, la he conocido esta noche! ¡No eches las campanas tan pronto al vuelo!

- ¡Eres mi hijo y te conozco! Estoy segura que te gusta y mucho, en tu manera de hablarle, mientras lo hacías la estabas acariciando. Sé cómo eres, te he parido.

Alejandro meneó la cabeza, y dijo.

- Mamá, no tienes remedio.

- ¿Es guapa? - Preguntó Enriqueta.

- ¡Mucho! - Respondió él, sin dejar de sonreír.

- ¿Tardarás mucho de traerla a casa?

- ¡Mamá por favor! ¡Sólo hace unas horas que la conozco!

Con todo el alboroto que Enriqueta estaba liando, se despertó Pablo y salió del dormitorio, al llegar junto a ellos Enriqueta le anunció.

- ¡Nuestro hijo tiene novia!

Pablo seguía medio dormido.

- ¿Qué dices? - Preguntó al tiempo que bostezaba.

- ¡Despierta! - Le grito Enriqueta - ¡Estamos ante un futuro marido!

- ¿Quién se casa? - Preguntó Pablo frotándose los ojos.

- ¡Por ahora nadie! - Replico Alejandro.

- ¿Entonces por qué me habéis hecho levantar?

- ¿Por qué dices siempre tonterías? - Le recriminó Enriqueta - ¡Nadie te ha dicho que te levantarás!

- ¿No? ¿Pues, porque estoy levantado?

Enriqueta meneó la cabeza.

- ¡Vuelve a la cama! - Le dijo ella.

Pablo se sentó en el lado derecho del sofá, con la cabeza apoyada en el respaldo y dijo.

- ¡Exijo que me digas quién se casa!

Enriqueta lanzó un suspiro de resignación, y se preparó a decir.

- ¡Nuestro hijo ha...! - No tuvo tiempo de explicar más. En el salón se oían los ronquidos que Pablo daba, se había dormido, con la cara hacia arriba, y la boca abierta.

- ¿Ves lo que has conseguido? - Recriminó Alejandro a su madre.

- ¡Siempre tengo yo la culpa de todo! - Trató de defenderse Enriqueta - ¿Sabías que tu padre es sonámbulo, y que cuando se ha levantado estaba durmiendo?

Alejandro miraba a su padre con el ceño fruncido, explorando el modo en que dormía.

- ¿Estás segura de lo que dices? - Preguntó - ¡Es lo primero que oigo sobre papá! ¡Nunca mencionaste que fuera sonámbulo! ¡Nos ha preguntado sobre lo que estábamos hablando!

- ¿Lo encuentras extraño? - Le preguntó su madre.

- ¡Extraño y raro! - Respondió él.

- ¡Raro lo que sucedió hace años! Tú debías tener cinco años. Una noche de madrugada y mientras dormíamos, me despertó e hizo que viniéramos hasta el salón, aquí mismo donde él duerme, pero otro sofá. Hizo que me sentara a donde ahora está él. En ningún momento creí que estaba dormido. Me miraba fijamente, y me preguntó.

- Enriqueta ¿Tú me quieres?

- ¡Por supuesto que sí! - Le respondí.

- ¿Tratarás de hacerme feliz?

- ¿Por qué me lo preguntas?

- ¡No lo sé! - Me respondió - Vámonos a la cama que tengo sueño - Dijo después.

A la mañana siguiente le pregunté por lo ocurrido, me respondió, que lo debía yo haber soñado, puesto que estuvo durmiendo toda la noche.

- ¡Uf! - Exclamó Alejandro - ¡Mañana lo más seguro es que dirá que esta noche no se ha despertado!

- ¡Exacto! - Dijo Enriqueta.

- ¡Ahora está dormido! ¿Lo dejamos ahí? o lo llevamos a la cama - Expuso Alejandro.

- ¡Es mejor dejarlo donde esta! Cuando se de cuenta irá sólo a acostarse.

Alejandro consultó el reloj de pared que estaba situado a la derecha de una chimenea falsa. Exclamó.

- ¡Mamá, son las tres y media!

- ¡Si hijo vete a dormir!

Aunque había dormido pocas horas Alejandro estaba activo en su trabajo, contaba el tiempo que le quedaba para terminar su jornada y reunirse con Isabel, apenas la conocía y la sentía muy adentro, estaba ocupando un sitio en su corazón. Estaba seguro que ella era el amor de su vida, era imposible que fuera otra mujer.

A las siete en punto entró en su coche, antes era necesario ir a su casa para ducharse, y ponerse ropa adecuada. Juan al verlo que iba tan aprisa quiso saber la causa. Le chocó que esa tarde a la salida del trabajo no hablara apenas con él, ni con otro compañero. Por delante de la ventanilla le propuso.

- ¿Quedamos para tomar unas copas?

- ¡Esta noche no! - Contestó Alejandro al tiempo que arrancaba el coche - ¡He quedado con Isabel!

- ¿La joven con la que hablaste anoche se llama Isabel?

- Sí.

- ¡Me lo temía!

- ¿Por qué? - Preguntó Alejandro extrañado.

- ¡Me di cuenta como la mirabas! Es la primera vez que te he visto mirar a una mujer del modo que tú lo hacías.

- ¿Y eso te sabe mal?

- ¡En tal modo si! ¡Dejaremos de pasarlo bien como lo hacíamos antes!

- ¿A ti no te gusta Inés? - Le preguntó Alejandro.

- ¡Es buena chica, pero, para formar una relación seria, no!

Alejandro dio prisa.

- ¡Tengo que marcharme!

Juan se quedó con la boca abierta sin saber qué decir. No conocía a su amigo Alejandro, tantos años de tratarse desde la infancia, y ahora era un perfecto desconocido - ¡Hay que ver lo que hace el amor! - Pensó.

Alejandro salió pitando, el tiempo lo tenía justo. Al pasar por delante del cementerio, miró la puerta de hierro, y dijo en voz alta.

- ¡Blanca ayúdame! Necesito a Isabel cómo las flores, el rocío.

Entró en el piso, todo fue rápido, el ducharse y cambiarse. Enriqueta trató de intercambiar unas palabras, las tuvo que hacer mientras Alejandro se vestía, pero nada importante.

Sentado frente al volante consultó su reloj de pulsera, faltaban quince minutos para las ocho. Era la primera cita con Isabel, no podía llegar después que ella, quedaría mal si ocurriera, y pisó fuerte el acelerador aunque de sobra sabía que no lo podía hacer conduciendo por el centro de Barcelona. Estaba dispuesto a pagar la multa que le impusieran en caso que lo detuviera la policía.

Con cinco minutos de adelanto llegó a la cita, y también Isabel, los dos coincidieron al mismo tiempo. Su belleza resaltaba, aunque vestía con un ligero vestido gris, cuello cisne y manga larga, cubriéndole las rodillas. Los cabellos de un rubio dorado reposando por encima de los hombros, y la mirada color de cielo puesta en los de Alejandro. Se acercaron y se saludaron con dos besos en las mejillas.

Alejandro se había quedado mudo, no le salían las palabras de la boca. Sus ojos los había clavado en los labios de ella, pintados de un carmín rojo luminoso. Isabel no perdía detalle siguiendo la mirada de él, y en qué lugar de su cuerpo se posaba.

Era bien cierto que el uno estaba hecho para el otro. Química había mucha, sólo era cuestión de que se conocieran entablando una amistad, después, todo vendría sólo.

En la mente de Alejandro no faltaban palabras y frases preciosas dedicadas a Isabel, pero la garganta se le había cerrado, los nervios de verse frente a ella, le habían jugado una mala pasada. Pensaba - ¡Tierra trágame! - Necesitaba que alguien fuera en su ayuda, y pensó en Blanca ¡No, Blanca no! Tenía su imagen delante de él.

Isabel no sabía lo que Alejandro estaba pensando, pero de lo que si se daba cuenta era lo mal que lo estaba pasando quedándose encasquillado, su única salida era ella.

- ¿Paseamos? - Le preguntó Isabel.

Alejandro, primero afirmó, y luego dijo.

- Sí.

Alejandro si hubiera estado sólo, estaría dándose bofetadas hasta caérsele la cara, con Isabel a su lado trataba de disimular al máximo. También ella no estaba igual que de costumbre y hasta que Alejandro no se serenara, no podrían hablar tranquilamente. Era Isabel quién iba a seguir la conversación hasta que Alejandro recobrara la palabra, no encontraba anormal lo que sucedía, a muchos hombres les ocurrían que se ponían nerviosos ante una mujer que les gustaba, y no encontraban las palabras adecuadas.

Alejandro sentía mucha vergüenza, y también impotencia, y gritó para sus adentros - ¿No eres un hombre? ¡Demuéstralo! ¡Isabel te gusta más que nada! ¿Por qué te estás portando como un imbécil?

Tragó saliva, colocó bien el cuello de su americana, miró que las mangas estuvieran bien, y que llegara al hueso de la muñeca

Isabel iba siguiendo sus gestos con una sonrisa triunfal. Se percató, que Alejandro estaba poniendo fin a este pequeño



problema que había tenido. Ya más tranquilo dijo disculpándose.

- Isabel ¡No vayas a pensar que esto me ocurre siempre! ¡Es la primera vez en mi vida que me ha ocurrido!

Como para Isabel este suceso carecía de importancia dijo para disimular.

- ¡No tienes que disculparte por nada! También yo estoy nerviosa, es nuestra primera cita.

Alejandro respiró profundamente, respondiendo.

- ¿Qué te parece si vamos a sentarnos a la terraza de un bar para hablar y tomar algo?

- ¡Buena idea! - Concretó Isabel.

Fueron paseando hasta el bar más próximo. Eligieron una de las mesas que había vacías, y se sentaron. Un camarero se acercó, y preguntó.

- ¿Qué van a tomar?

- ¡Té para mí! - Dijo Isabel.

- ¡Café por favor! - Le siguió Alejandro.

Poco tardó el camarero en traer el pedido.

Alejandro más relajado, e Isabel más tranquila trataban de llegar a frases más personales. Y para llevar la conversación y empezar por algo, lo hizo Isabel.

- ¿Anoche te fuiste tarde a dormir?

Alejandro se dio perfecta cuenta que todo era para romper el hielo.

- Sí bastante, las tres y media.

- ¡Hasta esa hora no estuvimos hablando!

- ¡Es cierto! - Contestó Alejandro - Me pasé un buen rato hablando con mi madre.

- ¿Se acuesta tarde?

- ¿Quién?

- Tú madre ¿Espera a que llegues?

- Siempre. No se acuesta hasta que no me ve aparecer por la puerta. Y después quiere que hablemos.

- ¿Eres hijo único?

- Si. Creo que lo hace porque se aburre y necesita hablar - Contesto Alejandro.

- ¡Por lo que veo, no es partidaria que un día te cases!

Alejandro hizo un gesto, sacudió la cabeza y se rió al mismo tiempo que respondía.

- ¡Está deseando que ese día llegue! Cada vez que salgo me pregunta si he conocido alguna chica. Anoche para no ir más lejos, estaba escuchando la conversación por teléfono que tenía yo contigo. Fue a causa de esto que me tuvo levantado hasta las tantas.

- ¿Ocurrió algo? - Preguntó Isabel algo confusa.

- ¡Nada! Sólo quería saber si la chica con la que estaba hablando era la elegida.

Isabel apoyó el codo derecho sobre la mesa mientras con la mano sostenía su barbilla. En su boca se perfilaba una sonrisa, esperando la respuesta.

- ¿La chica con la que hablaba por teléfono es la elegida? - Preguntó con ironía.

Alejandro tenía su mirada clavada en la de ella. Los dos se correspondían del mismo modo. Después de revisar con su vista el rostro de Isabel, respondió.

- ¡Si ella quiere, si es la elegida!

Los dos se miraban sin decirse nada. Alejandro le preguntó también con ironía.

- ¿Piensas que esa chica me diría que si?

Isabel seguía el juego, era delicioso.

- ¡Qué piensas decirle a esta chica! ¿Que te gusta? ¿Que es guapa? ¿Que estas loco por ella?

Alejandro se aproximó al rostro de Isabel.

Sus pupilas echaban chispas brillantes con el contacto de la mirada azul casi violeta de Isabel.

- Le diría la tercera frase que has mencionado que estoy loco por ella.

Isabel seguía jugando.

- ¿Ella te creerá? - Le preguntó mientras se reía.

- ¡Estoy seguro que si!

- ¡Oh! - Exclamó ella - ¿Por qué estás tan seguro?

- ¡Porque ella también está loca por mí!

Isabel cubrió su cara con sus manos por no poder parar de reírse. Tenía frente a ella a un hombre maravilloso, y por si era poco, cautivador.

Isabel lloraba de la risa. Abrió su bolso y extrajo un pañuelito blanco, lo dejó doblado por la mitad y se estuvo secando las lágrimas cubriendo sus ojos con las yemas de sus dedos. Luego trató de serenarse, bajo la mirada de Alejandro que también compartía su risa y su alegría. Isabel le preguntó.

- ¿Desde cuando sabes que ella está loca por ti?

Alejandro se puso serio y dijo.

- ¡Desde el primer momento que sus ojos y los míos se miraron!

Ahora Isabel no bromeaba, y con luz color violeta en sus pupilas preguntó.

- ¿Ha transcurrido mucho tiempo de eso?

Alejandro miró la esfera de su reloj, y respondió.

- ¡Pasados unos minutos va hacer veinticuatro horas!

Los dos se miraban en silencio observándose, sin perder gesto uno del otro. De manera maquinal, Alejandro pasó sus manos por encima de la mesa, y cogió suavemente las de Isabel. Ella apretó las suyas. Los dos en ese momento sentían el mismo deseo, y lo llevaron a cabo.

Sus bocas se juntaron, y ardió un beso de pasión, llegando a estremecerse profundamente.

Para Isabel no era la primera vez que la besaban, pero si la primera que sintió un amor profundo y auténtico. Alejandro tampoco era la primera vez que besaba a una chica, pero de lo que sí estaba seguro es que Isabel era la mujer que compartiría su vida. La noche anterior cuando se conocieron, y entablaron media hora de conversación. Era como si se conocieran de toda la vida. Sus frases estaban llenas de confianza, y de una gran amistad.

- ¿Crees en la reencarnación? - Preguntó Isabel.

Alejandro le sorprendió la pregunta.

- ¿Por qué lo dices? - Le respondió.

- ¿Crees? - Volvió ella a insistir.

- ¡Algo he oído, pero de eso nada se sabe!

- ¡Tampoco lo sé con certeza, pero yo creo!

- ¿Qué es lo que crees?

- Pues, que tu y yo fuimos pareja en otra vida, y en esta, nos volvemos a encontrar, para acabar de hacer lo que no pudimos.

A la mente de Alejandro vino el recuerdo de Blanca, y también sus palabras cuando le dijo - ¡He venido a vengarme de mi novio! - No estaba seguro si esas frases tenían que ver con la reencarnación. Lo que él vivió al lado de Blanca era muy distinto. Era cierto que ella pertenecía al más allá, y vino en espíritu para terminar algo que se había quedado sin hacer, y cuando lo tuvo hecho se tuvo que marchar. Ella misma le dijo, que tenía tres días para terminarlo. El tema de la reencarnación no era eso, sino muy distinto, de alguien que muere, y vuelve a nacer en el mismo lugar o en otro, ser hombre o mujer, y puede encontrarse con la persona o personas que vivieron alguna historia juntos, y en esta vida se vuelven a encontrar, y vuelven a vivir otra parecida a la que antes hicieron. La historia siempre se repite, y si no, es muy parecida.

Alejandro estaba bastante interesado en el tema, y al mismo tiempo fascinado en que fuera Isabel quién le hablara, y le preguntó.

- ¿Crees o has pensado que tu y yo nos conocimos en otra vida?

- ¡Más que pensarlo, lo creo!

- ¿Qué te hace estar tan segura?

- Sólo hace veinticuatro horas que nos conocemos, y la impresión que yo tengo de nosotros dos, es de haber estado incluso casados en otra vida ¿No has notado la confianza que hay en nosotros?

Alejandro lo había advertido, pero no había pensado en que podría ser eso.

- ¡Es cierto lo que dices! - Respondió - ¿Qué te parece la idea si en esta vida nos volvemos a casar?

Isabel rió alegremente.

- ¡Me parece bien! ¡Pero todavía no nos conocemos!

Alejandro soltó una carcajada, y respondió en broma.

- ¡Acabas de decir que nos conocemos de toda la vida! ¿Por qué ahora nos tenemos que conocer?

Isabel volvió a reírse con ganas y con alegría.

- ¡Estoy hablando de esta vida! - Repitió - ¡Todavía tú no sabes cómo yo soy, ni yo cómo tú eres!

- ¡Yo si sé cómo eres tú! - Dijo Alejandro.

- ¿Cómo soy?

- Una persona extraordinaria. Una mujer bellísima y fuera de lo común.

- ¡Gracias! - Agradeció Isabel - ¡Tú no te quedas tampoco atrás! ¡Eres un hombre extraordinario, y de buenos sentimientos!

- ¿Te das cuenta como sí me conoces? - Volvió a bromear - Estamos hechos el uno para el otro.

Era la primera noche que salían juntos, y la declaración de amor la estaban haciendo en ese instante. Alejandro sabía que Isabel era la mujer de su vida. También ella estaba convencida de lo mismo. Los dos sentían una gran atracción el uno del otro. Sólo deseaban estar juntos y unidos para siempre.

Isabel consultó su reloj de pulsera, y comentó.

- Son las diez. Mañana tengo que madrugar, me espera un día fuerte de trabajo.

Alejandro hizo una señal al camarero para que se acercara y cobrara la consumición. Una vez efectuada, se levantaron de los asientos, y fueron andando hasta donde habían dejado sus respectivos coches.

- ¡Espero que pronto nos volvamos a ver! - Dijo Alejandro -  
¿Cuándo podrá ser?

- Toda esta semana tengo mucho trabajo, y va a ser imposible  
¿Qué te parece el sábado?

- ¡Son muchos días de espera para mí! ¡Pero si no hay más remedio, me someto a tus órdenes!

- ¡Eres un chico bueno! - Dijo Isabel sin dejar de sonreír -  
También para mí será larga la espera.

Alejandro cogió las manos de Isabel. Se miraban como dos enamorados. Él llevó las manos de ella a su boca y las besó, dejando en esos besos todo el amor que sentía por ella. Para despedirse se besaron en los labios.

- Nos vemos el sábado en el parque Güell a las once de la mañana - Dijo Isabel.

Alejandro le chocó el lugar, y preguntó.

- ¿Por qué en el parque Güell?

- Necesito sacar unas fotografías de arte moderno.

- ¡Entonces será una cita de trabajo! - Dijo Alejandro.

- No tengo más remedio que hacerlo de ese modo si queremos estar juntos.

- ¡Por mi formidable! - Respondió Alejandro.

Isabel se despedía con una sonrisa. Abrió la puerta del Ford fiesta metalizado y ocupó su asiento.

Alejandro lo hacía en el Opel azul oscuro. Los dos arrancaron al mismo tiempo diciéndose adiós.

Eran las once cuando Alejandro llegaba a su casa. Sus padres se hallaban sentados delante del televisor, viendo una película española en blanco y negro, Plaza Mayor, del actor desaparecido José Suarez. La cena la tenía en la mesa en un plato cubierto con una servilleta. Se acercó a sus padres y los saludó diciéndoles.

- ¡Ya estoy en casa!

Pablo estaba atento a la película, estaba en el mejor momento. Enriqueta no se estaba perdiendo ni una secuencia pero había advertido la presencia de su hijo. Quitó los ojos de la pantalla y miró a Alejandro para preguntarle.

- ¿Cómo te ha ido con esa chica?

- ¡Muy bien!

Pablo algo distraído preguntó sin dejar de mirar la pantalla del televisor.

- ¿De qué chica habláis?

- ¡De una joven estupenda que tu hijo ha conocido!

- ¡Ah, bueno! - Le respondió a su mujer sin mirarla.

Alejandro se acercó a la mesa y se sentó a cenar. Su felicidad se marcaba en su rostro. La tortilla de patatas y las cinco croquetas que estaba comiendo, le sabía a gloria bendita.

Enriqueta se puso de pie y se acercó a la mesa. Ella no podía quedarse sin saber más sobre la chica que había conocido su hijo. Apoyó las manos sobre la mesa y con astucia le dijo.

- ¡Me estoy dando cuenta de la alegría que traes! ¿Cómo se llama esta chica?

Alejandro tragó la media croqueta que estaba masticando, y con brillo en los ojos respondió.

- Isabel.

- ¡Para que te hayas fijado en ella tiene que ser encantadora! - Dijo Enriqueta posando su mano derecha en el hombro izquierdo de Alejandro.

- Sí mamá. Pero más que encantadora tiene unos ojos color violeta que hechizan.

- ¡ya decía yo que algo bueno tenías que haber visto en ella!

Pablo seguía mirando la película, quería enterarse de lo que hablaban su mujer y su hijo, y también ver cómo acababa esta bonita película, y sin perderse detalle, preguntó.

- ¿Quién tiene los ojos color violeta?

Enriqueta meneó la cabeza, y sin mirar a Pablo le respondió.

- ¡La chica que Alejandro ha conocido!

- ¿Cuándo ha sido eso? - Siguió preguntando.

- ¡Yo que sé, pesado! - Respondió Enriqueta.

Enriqueta siguió preguntando.

- ¿La vas a traer pronto a casa?

- Mama. Nos conocimos anoche.

Pablo que no estaba dispuesto a perderse nada, protestó contra su mujer.

- ¡No te enteras, la conoció anoche!

Enriqueta atacó a Pablo.

- ¿Crees que soy tonta? ¡Por supuesto sé que hace poco que se conocen!

Alejandro estaba terminándose de comer el último pinchito de tortilla y la última croqueta. Se limpió las manos con la servilleta. Se puso en pie, y llevó los platos a la cocina. Enriqueta lo siguió, se puso frente a él, lo agarró por los brazos y le preguntó.

- ¿Te vas a casar con Isabel?

- Sí mamá, si ella me acepta la haré mi esposa.



- ¡Cómo no te va aceptar ángel mío! Eres bueno, guapo y tienes un buen trabajo. Cualquier mujer querría casarse contigo.

- Mamá no vayas tan aprisa, no creas que las mujeres de ahora, son como las de antes, que necesitaban un esposo para que las mantuvieran. En esta época en la que vivimos, las mujeres son independientes, muchas tienen un trabajo mejor pagado que muchos hombres, y si se quieren casar no es para que las mantengan, sino, porque están enamoradas.

Enriqueta había entendido perfectamente lo que su hijo le quiso decir, aunque ella no compartía esa idea. Pensaba que la mujer había nacido para casarse, cuidar del marido y de los hijos, la función de la mujer era esa.

Contestó a su hijo.

- ¡Hijo es lo que he querido decir! ¡Que un hombre como tú, ninguna mujer lo deja escapar!

Alejandro necesitaba irse a su habitación, pero antes tenía que pasar por el cuarto de baño para lavarse la boca, y asearse un poco.

En su dormitorio y metido en la cama, pensaba en Isabel, el parecido físico que tenía con Blanca, era como mirar dos fotos de la misma persona. Se había enamorado perdidamente de Isabel, por que lo estaba de Blanca. En realidad de quién se había enamorado era del espíritu de Blanca. Sentía mucha pena que hubiese muerto tan joven, sin haber conocido la vida, ni haber disfrutado de ella ¡Así es la vida de injusta! - Pensaba ¿Tendría Isabel un carácter travieso y juguetón como el de Blanca? - ¡Daría lo mucho o lo poco que poseía porque lo tuviera! - Lo único que se diferenciaba Isabel de Blanca, era la voz. Isabel la tenía aterciopelada, y Blanca algo más potente y mandataria. Deseaba que llegara el sábado para estar con ella. Con estos pensamientos en mente, Alejandro se quedó dormido.

La semana transcurrió con normalidad, pero no fue tan rápida como Alejandro hubiese querido. Del martes al viernes, Alejandro e Isabel se llamaron por el móvil, ningún día perdieron el contacto. El deseo de los dos era volver a estar juntos.

El sábado a las once de la mañana se encontraron en una de las entradas del parque Güell. Isabel vestía un pantalón gris y jersey dorado claro, hacía las delicias de su delicada belleza. En el hombro derecho colgaba una cámara moderna de hacer fotos, en el hombro izquierdo un bolso marrón. Los botines marrones de medio tacón, la hacía más esbelta.

Alejandro avanzó hacia ella con la sonrisa en la boca, con la mirada brillante de un enamorado. Cuidó su manera de vestir, esa mañana que apuntaba la primavera y que estaba algo cálida, vestía un pantalón blanco y camisa azul cielo. Los dos se saludaron con un beso en los labios.

- ¿Has dormido bien? - Preguntó Alejandro.

- ¡Sí, demasiadas horas! Tengo la cabeza un poco aturdida de haber dormido tanto.

Fueron andando hasta introducirse en el parque. Se quedaron en el estanque mirando los peces de varios colores, con la gracia que subían a la superficie del agua, para coger unas migas de pan que los visitantes le echaban.

- ¡No he parado de pensar en ti todos estos días de la semana!- Dijo Alejandro mostrando su amor.

- ¡Los días a mí se me han hecho largos! - Contestó Isabel - La semana en la que entramos iré más tranquila y podemos vernos con más frecuencia.

- ¡Todos los días de la semana! - Puntualizó Alejandro.

- ¡Hecho! - Afirmó Isabel.

Isabel hacía fotos a todo lo bello y extraordinario que creó Gaudí, a toda esa maravillosa arquitectura que van a visitar gentes de todo el mundo. Alejandro disfrutaba de verla trabajar, parecía una verdadera artista manejando la cámara.

Se habían adentrado en el bosque. Isabel seguía haciendo fotos a todo lo bello que se iba encontrando. Alejandro se separó unos metros de ella observando la antigüedad de los árboles. De súbito apareció por entre los ramajes el rostro de Isabel sonriente y alegre, le pedía a Alejandro un beso. Alejandro separó con las manos algunas ramas para poder llegar con más felicidad a los labios de Isabel. Cuando estaba cerca de su boca se besaron, ella con gestos pedía que la besara más. Alejandro la besó repetidas veces, en uno de estos besos, oyó la voz de Isabel que lo llamaba. Alejandro se dio la vuelta y descubrió a Isabel apoyada en un árbol dos metros más debajo de donde él estaba. Ella tenía preparada la cámara para hacerle una foto. La sorpresa de Alejandro fue enorme ¡No era a Isabel a quién había besado! Se dio la vuelta y miró entre los matorrales. El rostro de Isabel seguía allí, sonriente y feliz. Ella le hablo, pero era la voz de Blanca diciéndole.

- ¡Me fui con las ganas de besarte! ¿Sabes que besas muy bien?

Alejandro bastante aturdido retrocedió. Tocó sus labios con las yemas de su mano derecha y miró, por la señal que hubiese dejado Blanca.

- ¡Alejandro! - Era Isabel que lo llamaba por segunda vez - ¡Quédate como estabas quería hacerte una foto en esa posición!

Alejandro volvió a mirar en el matorral donde Blanca había estado, pero ya se había ido, y para asegurarse, retiró las ramas y miró bien - Pensó - ¡Ahora no está aquí, pero no debe de estar lejos! ¿Qué se trama de nuevo?

- ¿Alejandro me estás oyendo? - Repitió Isabel.
- Sí... Estoy aquí - Respondió con la voz algo débil.
- ¿Te ocurre algo? - Le preguntó Isabel acercándose a él - ¡Estás blanco!
- No es nada estoy bien - Dijo esforzándose por disimular - ¿Cómo quieres que me ponga para la foto?

Isabel pellizco las mejillas de Alejandro para sacarle el color, al tiempo que comentó.

- Se te ha quedado una cara rara, parece como si hubieras visto a un muerto.

- ¡Es que lo he visto! - Dijo Alejandro sin poderlo remediar.

Isabel soltó una carcajada, y dijo.

- ¡Me gusta tu sentido del humor!

- ¿Piensas que soy gracioso?

- ¡Gracioso, simpático y encantador! ¡No eres aburrido! La mayoría de los hombres lo son.

Alejandro todavía no había reaccionado.

- ¿No has visto nada extraño? - Le preguntó.

- ¿Cómo qué? - Dijo ella - ¡Por aquí pasa mucha gente, y los hay muy raros! ¿Te estás refiriendo a eso?

Alejandro no estaba en los comentarios que hacía Isabel, su preocupación era, que Blanca lo había besado en los labios, y que aún notaba su contacto, los labios de ella en los suyos. Volvió a palpar su boca con las yemas de sus dedos varias veces, no se daba cuenta que estaba llamando la atención de Isabel. Ella frunció el entrecejo y le preguntó.

- Alejandro ¿Qué te está ocurriendo?

- ¿Crees que me ocurre algo? - Preguntó dispuesto a olvidarlo todo.

- ¡Pienso que tienes un problema!

- ¡Yo! - Exclamó.

- ¡Sigues todavía blanco como el papel!

- ¡No lo menciones! - Dijo cortándole la palabra.

- ¿Qué es lo que no tengo que mencionar?

- ¡Lo que viene antes del papel! - Dijo expresándose algo nervioso.

- ¿Lo que viene antes del papel? ¿Qué quieres decir?

Alejandro no quería que se dijera la palabra blanco, porque era igual que Blanca y podría hacer en el bosque fechorías ¡Tan juguetona como era, podría esperarse de ella cualquier cosa!

Alejandro quiso acabar con esta historia, que sólo le podría acarrear problemas con Isabel, y no estaba dispuesto a que lo creyera un loco desequilibrado. Y dijo disimulando.

- ¡Una broma mía! ¿No te parece gracioso?

- Sí, eres simpático, y muy ocurrente. Contigo no me voy a aburrir.

- ¿No querías hacerme una foto? - Propuso Alejandro.

- ¡He pensado de que nos la hagan a los dos!

Dos chicos que se cruzaban, Alejandro les pidió.

- ¿Podéis hacernos una foto?

- ¡Desde luego! - Dijo uno de ellos.

Isabel se colocó sonriente. Alejandro no tenía seguro la postura que iba a tomar, y estuvo dudando en colocarse de diferentes formas. Al final Isabel le dijo.

- ¡Pasa tu brazo por encima de mis hombros!

Esa fue la posición adecuada que tomaron para la foto. Alejandro dio las gracias al joven.

Habían recorrido casi todo el parque Güell, y debían regresar a sus respectivas casas. Por Alejandro no se hubiese separado en todo el día. Fue Isabel que exigió volver a su casa para la hora de la comida, tenían invitados.

Había transcurrido un año desde que Alejandro e Isabel se conocieron. La ilusión para ellos era el contraer matrimonio, y los preparativos se estaban llevando a cabo.

Enriqueta estaba loca de alegría de poder ver a su hijo pronto casado con una noble mujer que para ella lo tenía todo.

Pablo desde el primer día que vio a Isabel siempre se hacía la misma pregunta - ¡La he visto en algún lugar! - Incluso una tarde que tomaban café en su casa le hizo la pregunta.

- ¿Verdad que nos hemos visto en otro lugar?

Isabel no recordaba conocer a Pablo anteriormente, y respondió.

- ¡No lo recuerdo!

- ¡Pues yo diría que hasta hemos hablado!

Quién conocía la verdad era Alejandro, el día que Blanca bailó con su padre en el comedor de su casa. Todo esto pertenecía al pasado, Blanca también. La última vez que la vio fue en el parque Güell, y era posible que lo fuera a ver para despedirse y no volver más. Eso era lo que Alejandro pensaba. Lo había besado con tierna pasión, y fuera un beso de despedida.

La familia de Isabel estaba bien acomodada, ella era la mayor de tres hermanos, que también estudiaban para hacer una carrera. Los padres veían con buenos ojos que su hija se casara con Alejandro. Era un chico honrado y trabajador, y sobretodo amaba a Isabel.

El día que iban a contraer matrimonio, y que sería en la catedral de Barcelona, el que más nervios tenía era Alejandro. Isabel en todo, era más serena, más tranquila y equilibrada. Y la que peor estaba era Enriqueta. Tenía ganas de ver a su único hijo casado para la tranquilidad de ella, y que lo hiciera con una mujer que valiera la pena. Isabel reunía muchas virtudes, las necesarias para ser buena esposa y buena madre. Echaría de menos a su hijo, pero también era necesario para ella y su esposo, tener nietos y verlos crecer.

En el altar donde el sacerdote los estaba casando, Enriqueta observaba con lágrimas a Isabel y a su hijo. Isabel estaba radiante y con el rostro sereno y feliz. EL vestido de blanco encaje, escotado por encima de los hombros, hacía resaltar su belleza con el tono color violeta de sus ojos.

Alejandro para qué decir, era su hijo, y siempre lo había visto el hombre más guapo de la tierra, y este día con más razón, vistiendo un traje gris marengo, camisa blanca de seda, y pajarita negra. EL mechón de pelo que le caía sobre la frente, este día no lo pudo evitar, era el nacimiento de su cabello que le daba esa gracia.

El sacerdote les estaba leyendo las reglas de los que contraían matrimonio. De súbito Blanca aparece a la derecha del sacerdote, sonriéndole a Alejandro. Él se desconcertó totalmente, y con los ojos como platos, no podía desviarlos del rostro sonriente de Blanca.

El sacerdote quitó la vista del libro de leyes para dirigirla a los futuros esposos, y se encontró con la mirada sorprendente de Alejandro mirándolo de una manera rara. EL sacerdote miró a su derecha, y luego a su izquierda esperando encontrar la causa, al no encontrar nada, volvió su vista y miró a Alejandro, y sin mencionar palabra levantó los hombros pidiéndole una explicación. En ese instante, Blanca que no

cesaba de mirar a Alejandro, le guiñó un ojo dándole su bendición. Alejandro le devolvió el guiño, sin apercibir que lo observaba el sacerdote. Este, frunció el entrecejo, y dirigiéndose a Alejandro le llamó la atención diciéndole.

- ¿Quiere usted guardar la compostura?

Alejandro seguía entusiasmado mirando el rostro juvenil y risueño de Blanca, sin apercibir las palabras del enfurecido sacerdote.

Alejandro seguía sonriéndole a Blanca, pero que para el sacerdote creía estar sonriéndole a él, y de nuevo volvió a decirle.

- ¡Le ruego que se comporte! - Y le preguntó - ¿Quiere usted casarse?

Blanca le hizo una pregunta a Alejandro.

-¿Es a mí a quien quieres?

- no - Respondió Alejandro.

El sacerdote le preguntó exaltado.

- ¿No quiere usted casarse?

Blanca le preguntó por segunda vez.

- ¡Es a Isabel a quién quieres! ¿Verdad?

- Si - Respondió Alejandro.

El sacerdote ya cansado dijo algo enfadado.

- ¡Esto parece la canción de la parrala!

Blanca con la mano le echó un beso a Alejandro, y le dijo.

- ¡Os deseo mucha felicidad a los dos!

- ¡Gracias! - Respondió Alejandro.

- ¿Por qué me das las gracias? - Le preguntó el sacerdote.

Blanca agitó la mano derecha y le dijo adiós.

Alejandro le respondió del mismo modo.

El sacerdote esta vez se enfadó y dijo.

- ¿Estas diciéndome que me vaya?

Isabel se acercó al oído de Alejandro, y en voz baja le preguntó.



- ¿Te ocurre algo?

Blanca había desaparecido. Alejandro volvió a recobrar la normalidad. Giró la vista para mirar a Isabel que esperaba una respuesta. Le respondió.

- ¿Por qué me lo preguntas?

- ¡Es que el sacerdote nos está cansando! - Respondió Isabel -  
¡No te estás comportando con normalidad!

Alejandro fue donde se dio cuenta de lo sucedido con Blanca y rectificó.

- ¡Perdóname cariño! Estaba distraído.

Isabel que estaba llena de ternura sonrió al mismo tiempo que afirmaba.

El sacerdote terminó de casarlos y se retiró con cara de cansancio.

Ese día todo era hermoso y lleno de esplendor para Alejandro e Isabel. Dos almas bellas que habían nacido para encontrarse y caminar los dos en la misma dirección.

Alejandro nunca más volvió a ver a Blanca, y no la echó a faltar. Tenía a su lado a la esposa perfecta, y la madre de sus dos hijos. Isabel aunque era juguetona no podía compararse con el carácter travieso y divertido del espíritu de Blanca.

CLARA EISMAN PATÓN